

# ARDORES DE AGOSTO

ANDREA  
CAMILLERI



**Un mundo de novela ...**  
**[www.miscolecciones.org](http://www.miscolecciones.org)**



Un calor asfixiante arrasa Sicilia como una llamarada; durante el día el aire se vuelve irrespirable, las piedras queman y ni siquiera un baño en el mar ofrece algo más que alivio momentáneo. Con la ciudad sumida en un letargo incandescente, Salvo aguarda la llegada de Livia, que viene con unos amigos a pasar las vacaciones en una solitaria casita frente a la playa. Pero el idílico plan se tuerce cuando, oculto en los sótanos de la casa, aparece un baúl con un cadáver dentro.

El macabro hallazgo desata los instintos investigadores del comisario, que muy pronto se ve envuelto en una maraña criminal de múltiples facetas que involucra a políticos, banqueros y empresarios, todos bajo la omnipresente tutela de la mafia. Y como si la canícula no fuera suficiente para causar estragos en el comportamiento de los personajes, la presencia casi mágica de una bellísima veinteañera hace flaquear la proverbial lucidez del propio Montalbano, hasta el punto de tentarlo a dar ese paso trascendental que había evitado hasta el momento.

Una nueva aventura de Salvo Montalbano, en la que el inimitable comisario sigue haciendo gala de ese vitalismo socarrón y melancólico mientras se asoma a los abismos más profundos del alma humana.

Andrea Camilleri

# **Ardores de agosto**

**Comisario Montalbano - 10**

Título original: *La vampa d'agosto*  
Andrea Camilleri, 2006  
Traducción: María Antonia Menini Pagès

Editor digital: Titivillus



# 1

Estaba durmiendo de tal forma que ni siquiera un cañonazo lo habría despertado. O mejor: un cañonazo no, pero el timbre del teléfono sí.

Un hombre que en los tiempos que corren vive en un país civilizado como el nuestro (es un decir), si oye en pleno sueño unos cañonazos, está claro que los confunde con los truenos de un temporal, las tracas de las fiestas del santo patrón o el desplazamiento de unos muebles por parte de esos cabrones del piso de arriba, y sigue durmiendo como si tal cosa. En cambio, el sonido del teléfono, la melodía del móvil, el timbre de la puerta, eso no, esos son ruidos de llamadas ante las cuales el hombre civilizado (es un decir) no tiene más remedio que emerger de las profundidades del sueño y contestar.

Por consiguiente, Montalbano se levantó de la cama, consultó el reloj, miró hacia la ventana, comprendió que iba a hacer mucho calor y se dirigió al comedor, donde el teléfono sonaba como un desesperado.

—Salvo, pero ¿dónde estabas? ¡Llevo media hora llamando!

—Perdona, Livia, estaba en la ducha, no oía nada.

Primera mentira de la jornada.

¿Por qué la había dicho? ¿Porque se avergonzaba de decirle a Livia que todavía estaba durmiendo o porque no quería disgustarla diciéndole que su llamada lo había despertado?

—¿Has ido a ver el chalet?

—¡Pero Livia! ¡Son solo las ocho!

—Perdona, pero es que estoy muy impaciente por saber si servirá...

La cosa había empezado unos quince días atrás, cuando tuvo que comunicarle a Livia que en la primera quincena de agosto, en contra de lo acordado, él no podría moverse de Vigàta porque Mimì Augello había tenido que adelantar las vacaciones a causa de una complicación con sus suegros. El

asunto no había tenido los devastadores efectos que se esperaba porque Livia apreciaba a Beba, la mujer de Mimì, y al propio Mimì. Se quejó un poquito, eso sí, pero Montalbano estaba convencido de que todo había terminado. Sin embargo, se equivocaba de medio a medio. En su llamada de la noche siguiente, Livia le salió con una historia inesperada:

—Busca enseguida una casa por esa zona con dos dormitorios y salón en primera línea de playa.

—No lo entiendo. ¿Por qué tenemos que irnos de Marinella?

—¡Pero qué tonto eres, Salvo, cuando quieres hacerte el tonto! Yo estaba hablando de una casa para Laura, su marido y el niño.

Laura era la amiga del alma de Livia, aquella a quien le confiaba los misterios gozosos y también los menos gozosos de su vida.

—¿Vienen aquí?

—Sí. ¿Te molesta?

—Para nada, ya sabes que Laura y su marido me caen muy bien, pero...

—Explícame ese pero.

¡Bueno, ya empezaban!

—Yo pensaba que por fin podríamos pasar un poco más de tiempo solos y...

—¡Ajajá!

Estilo bruja de *Blancanieves y los siete enanitos*.

—¿Por qué te ríes?

—Porque sabes muy bien que la que va a quedarse sola seré yo, yo, ¿comprendes?, mientras que tú te pasarás todo el día y puede que también toda la noche en la comisaría con el asesinato de turno.

—No, Livia, pero qué dices, aquí en agosto, con el calor que hace, hasta los asesinos esperan a que llegue el otoño.

—¿Eso qué es, un chiste? ¿Tengo que reírme?

Y así se había iniciado la larga búsqueda con la ayuda poco decisiva de Catarella.

—*Dottori*, creo que he encontrado una casita como la *qui* busca usía en el término de Pezzodipane.

—¡Pero el término de Pezzodipane está a diez kilómetros del mar!

—Muy cierto, pero en compensación hay un lago artificial.

O bien:

—Livia, he encontrado un pequeño apartamento francamente bonito en una especie de apartahotel que está...

—¿Un pequeño apartamento? Te había dicho con toda claridad una casa.

—¿Y un pequeño apartamento no es una casa? ¿Qué es, una tienda de campaña?

—No, un pequeño apartamento no es una casa. Vosotros los sicilianos creáis la confusión y llamáis casa a lo que es un apartamento, mientras que yo, cuando digo casa, quiero decir casa. ¿Quieres que me explique mejor? Tienes que buscar un chalet unifamiliar.

En las agencias de Vigàta se le rieron en la cara.

—¿Y el dieciséis de julio pretende usted encontrar un chalet a la orilla del mar para el uno de agosto? ¡Pero si ya está todo alquilado!

Le dijeron que dejara el número de teléfono: si por casualidad alguien rescindía el acuerdo en el último minuto, le avisarían. Y el milagro ocurrió cuando ya prácticamente había perdido la esperanza.

—¿Oiga, *dottor* Montalbano? Aquí la Agencia Aurora. Ha quedado libre un chalet como el que usted busca. Está en Marina de Montereale, en la urbanización de Pizzo. Pero tendría que pasarse enseguida por aquí; estamos a punto de cerrar.

El comisario interrumpió de golpe un interrogatorio y acudió a toda prisa a la agencia. A juzgar por las fotografías, parecía justo lo que quería Livia. Acordó con el señor Callara, el propietario de la agencia, que a la mañana siguiente sobre las nueve iría a recogerlo para ver el chalet, que se hallaba por la parte de Montereale, a menos de diez kilómetros de Marinella.

Montalbano pensó que diez kilómetros de la carretera de Montereale en pleno verano igual podían significar cinco minutos de coche como dos horas, según el tráfico que hubiera. Paciencia; Livia y Laura tendrían que aguantarse, eso era lo que había.

Una vez en el coche, el señor Callara se puso a hablar y ya no paró. Empezó por la historia más reciente, comentando que el chalet lo había alquilado un tal Jacolino que trabajaba como empleado en Cremona y había entregado la preceptiva paga y señal. Pero justo la víspera, el tal Jacolino llamó a la agencia para explicar que la madre de su mujer había sufrido un



accidente y ya no podrían moverse de Cremona. Y por eso lo habían llamado a él, Montalbano.

Después el señor Callara contó una historia anterior, es decir, el cómo y el porqué de la construcción del chalet, con todo lujo de detalles. Unos seis años atrás, un septuagenario que se llamaba Angelo Speciale, natural de Montereale pero que se había pasado toda la vida trabajando en Alemania, decidió construirse un chalet para regresar definitivamente a su pueblo con su mujer alemana, la cual se llamaba Gudrun, era viuda y tenía un hijo veinteañero de nombre Ralf. ¿Estaba claro? Muy claro. Angelo Speciale viajó a Montereale en compañía de su hijastro Ralf, se pasó todo un mes buscando el lugar adecuado, lo encontró, lo compró, le encomendó el proyecto al aparejador Spitaleri y esperó un año a que terminaran la obra. Ralf permaneció constantemente con él.

Después ambos regresaron a Alemania para el traslado de los muebles y todo lo demás a Montereale. Pero sucedió una cosa muy rara. Como a Angelo Speciale no le gustaba volar, viajaron en tren. Sin embargo, al llegar a la estación de Colonia, el señor Speciale no encontró a su hijastro, que viajaba con él en la litera de arriba. La maleta del joven estaba en el compartimento, pero de él no había ni rastro. El revisor de noche dijo que no lo había visto bajar del tren en las estaciones anteriores. En resumen, Ralf había desaparecido.

—Pero ¿después lo encontraron?

—¡Qué va, señor comisario! Desde entonces jamás se ha sabido nada de nada de ese chico.

—¿Y el señor Speciale vino a vivir a la casa?

—¡Eso es lo bueno! ¡Nunca! El pobre señor Speciale, cuando no hacía ni un mes que había regresado a Colonia, cayó por la escalera, se golpeó la cabeza y murió, pobrecillo.

—¿Y la señora Gudrun, dos veces viuda, vino a vivir aquí?

—¿Qué iba a hacer la pobre aquí sin marido y sin hijo? Nos llamó por teléfono hace tres años para encargarnos que alquiláramos el chalet. Y nosotros lo alquilamos desde hace tres años, pero solo en verano.

—¿Y durante el año no?

—*Dottore*, queda demasiado aislado. Usted mismo lo verá.

En efecto, estaba muy aislado. Se llegaba hasta allí abandonando la carretera provincial y siguiendo un camino empinado a lo largo del cual solo había una casita rural, otra casa un poco menos rústica y, al final, el chalet. Era una zona casi sin árboles ni plantas, abrasada por el sol. Pero al llegar al chalet, que se levantaba en la cima de una especie de altozano muy grande, el panorama cambiaba de golpe. ¡Una auténtica belleza! Más abajo, a derecha e izquierda, estaba la playa dorada, salpicada por algún que otro parasol, y delante un mar claro, abierto, acogedor. El chalet, de una sola planta, contaba efectivamente con dos dormitorios, uno doble y otro individual con una camita, y un salón con ventanas rectangulares a través de las cuales solo se veían el cielo y el mar, y tenía incluso televisor. La cocina era espaciosa y con un enorme frigorífico. También había dos cuartos de baño. Y, por si fuera poco, una terraza impagable, muy apropiada para cenar en ella.

—Me parece bien —dijo el comisario—. ¿Cuánto cuesta?

—Mire, *dottore*, nosotros no alquilamos un chalet como este por quince días, pero tratándose de usted...

Y disparó una suma que era un mazazo. Montalbano ni siquiera acusó el golpe; total, Laura era muy rica y podía contribuir a aliviar la pobreza del Sur.

—Me parece bien —repitió.

Al percatarse de la situación, el señor Callara, que se consideraba un experto, decidió apretar un poco más.

—Como es natural, aparte hay que contar con...

—Como es natural, aparte no hay que contar con nada —zanjó Montalbano, que no quería pasar por idiota.

—Bueno, bueno.

—¿Cómo se baja a la playa?

—Mire, usted sale por la verja de la terraza, recorre diez metros y allí empieza una escalerita de toba que lo lleva abajo. Son cincuenta escalones.

—¿Podría esperarme una media horita?

El señor Callara lo miró perplejo.

—Si es solo una media horita...

Nada más verlo, Montalbano había experimentado el deseo de darse un buen chapuzón en aquel mar que parecía llamarlo. Se lo dio en calzoncillos.

A la vuelta, justo el tiempo de subir los cincuenta escalones, el sol ya se los había secado.

La mañana del primer día de agosto, Montalbano fue al aeropuerto de Punta Raisi para recoger a Livia, Laura y su hijo Bruno, que era un chiquillo de tres años. Guido, el marido de Laura, iría después en tren con el coche y el equipaje. Bruno era un niño que no conseguía estarse quieto ni dos minutos seguidos. A Laura y Guido les preocupaba un poco que el pequeño no hablara y solo se comunicara con gestos. Ni siquiera dibujaba garabatos como todos los niños de su edad, pero, en compensación, era capaz de tocarle los cojones a todo el universo.

Se fueron a Marinella, donde Adelina había preparado el almuerzo para todo el grupo. Pero cuando llegaron, la asistenta ya no estaba, y Montalbano supo que no volvería a verla en el transcurso de los quince días que Livia iba a pasar en Marinella. A Livia le caía muy mal Adelina y esta le correspondía de la misma manera.

Guido llegó sobre la una. Comieron, e inmediatamente después Montalbano subió al coche con Livia para servir de guía al de Guido con su familia. Cuando Laura vio el chalet, se sintió tan entusiasmada que abrazó y besó a Montalbano. Hasta Bruno, por medio de gestos, expresó que deseaba que el comisario lo levantara en brazos. Y en cuanto estuvo a la altura de su rostro, le escupió en un ojo el caramelo que estaba chupando.

Acordaron que al día siguiente Livia iría a ver a Laura con el vehículo de Salvo, quien, total, podía pedir que fueran a recogerlo a casa con un automóvil de la comisaría, y se quedaría todo el día con su amiga.

Por la tarde, cuando terminara su trabajo, Montalbano pediría que lo llevaran a Pizzo y juntos decidirían dónde cenar.

Al comisario le pareció una solución estupenda, pues de esa manera a mediodía podría zamparse lo que más le gustara en la *trattoria* de Enzo.

Los males en el chalet de Pizzo empezaron la mañana del tercer día. Livia, que había ido a ver a su amiga, lo encontró todo revuelto: la ropa fuera del

armario y amontonada encima de unas sillas de la terraza, los colchones apoyados bajo las ventanas de los dormitorios, los utensilios de la cocina por el suelo en la explanada que había delante de la entrada principal. Bruno, en cueros y con la manguera en la mano, se dedicaba a regar la ropa, los colchones y las sábanas. Intentó regar incluso a Livia, pero esta, que lo conocía muy bien, lo esquivó. Laura se hallaba tendida en una tumbona al lado del murete de la terraza, con un paño mojado sobre la frente.

—Pero ¿qué es lo que sucede?

—¿Has entrado en la casa?

—No.

—Mira desde la terracita, pero ni se te ocurra entrar.

Livia cruzó la verja de la terraza y miró hacia el interior del salón.

Lo primero que vio fue que el suelo se había vuelto casi negro. Lo segundo, que el suelo estaba animado, es decir, que se movía en todas direcciones. Después ya no vio nada más porque, tras haber comprendido de qué se trataba, lanzó un grito y huyó corriendo de la terraza.

—¡Pero si son escarabajos! ¡Miles!

—Esta mañana al amanecer —dijo Laura con dificultad, pues apenas le quedaba aliento—, desperté para beber un vaso de agua y los vi, pero aún no había tantos... Desperté a Guido, intentamos poner a salvo todo lo que pudimos, pero no lo conseguimos. Seguían saliendo de una grieta del suelo del salón...

—¿Y ahora Guido dónde está?

—Se ha ido a Montereale; ha llamado al alcalde, que ha sido muy amable, y vuelve enseguida.

—Pero ¿no podía llamar a Salvo?

—No se atrevía a llamar a la policía por una invasión de escarabajos.

Un cuarto de hora después llegó Guido. A sus espaldas había un vehículo del ayuntamiento con cuatro barrenderos armados con bidones de desinsectación y escobas.

Livia se llevó a Laura y a Bruno a Marinella mientras Guido se quedaba en Pizzo para coordinar las operaciones de desinsectación y limpieza de la casa. A las cuatro de la tarde él también se presentó en Marinella.

—Salían precisamente de la grieta del suelo. La hemos rociado con dos bidones enteros y después la hemos tapado.

—¿Y no habrá otras grietas parecidas? —preguntó Laura, no demasiado convencida.

—Quédate tranquila, hemos mirado bien por todas partes —contestó Guido en tono definitivo—. No volverá a ocurrir. Podemos irnos tranquilamente a casa.

—Pero ¿por qué habrán salido...? —terció Livia.

—Uno de los empleados me ha explicado que anoche el chalet debió de sufrir un imperceptible movimiento de dilatación y asentamiento que provocó la grieta. Y los escarabajos que estaban bajo tierra subieron atraídos por el olor de la comida, de nuestra presencia, vete tú a saber.

Al quinto día hubo una segunda invasión. Esa vez no de escarabajos, sino de ratones. Al levantarse, Laura vio unos quince por toda la casa, chiquitos y hasta graciosos. Huyeron a toda prisa por la puerta cristalera de la terraza en cuanto ella se movió. Encontró otros dos en la cocina, comiéndose las migajas de pan. A diferencia de casi todas las mujeres, a Laura los ratones no le causaban demasiada impresión. Guido llamó nuevamente al alcalde, fue a Montereale y regresó con dos trampas para ratones, cien gramos de queso picante y un gato pelirrojo, simpático y paciente, que no reaccionó de mala manera cuando Bruno trató enseguida de sacarle un ojo.

—Pero ¿cómo es posible que, después de los escarabajos, ahora salgan también ratones? —le preguntó Livia a Montalbano cuando ambos acababan de acostarse.

A él, teniendo a Livia desnuda a su lado, no le apetecía hablar de ratones.

—Bueno, verás, es que la casa ha estado un año deshabitada, y claro... —fue su vaga respuesta.

—A lo mejor, antes de que Laura la ocupara habrían tenido que limpiar, quitar el polvo, desinfectar...

—Yo también lo necesito —la interrumpió Montalbano.

—¿Qué? —preguntó Livia perpleja.

—Lo segundo que has dicho.

Y la abrazó.

Al octavo día hubo una tercera invasión. Fue una vez más Laura, que se levantaba primero, quien descubrió su presencia. Vio una criatura por el rabillo del ojo, pegó un brinco y, sin siquiera saber cómo, aterrizó sobre la mesita de la cocina, donde, sintiéndose suficientemente a salvo, temblando y empapada de sudor, abrió despacio los ojos y miró al suelo.

Allí se paseaban tranquilamente una treintena de arañas que parecían una escogida representación de la especie: una era bajita y peluda, otra era solo una cabeza redonda y unas patas muy largas que semejaban hilos de telaraña, una tercera era rojiza y tan grande como un cangrejo, una cuarta era la viva imagen de la terrible viuda negra...

Laura, que no se impresionaba demasiado en presencia de los escarabajos y a quien los ratones no le daban ningún asco, se ponía histérica en cuanto veía una araña. Sufría eso que se denomina con una palabra muy difícil, aracnofobia, y que, en palabras sencillas, significa miedo irracional e incontrolable a las arañas.

Así pues, mientras se le erizaba el vello de la nuca, lanzó un grito espantoso y cayó desmayada al suelo desde la mesita. Al caer, se golpeó la cabeza y empezó a sangrar.

Guido, despertado de golpe, se levantó precipitadamente de la cama y acudió en auxilio de su mujer. Pero no se percató de la presencia de Ruggero, que así se llamaba el gato, el cual huía a toda prisa de la cocina, aterrorizado en un primer momento por el grito de Laura y, en un segundo, por el estrépito de su caída.

El caso fue que Guido salió volando en sentido horizontal al suelo hasta que su cabeza hizo de parachoques contra el frigorífico.

Cuando Livia llegó como de costumbre para bañarse en la playa con sus amigos, tuvo la sensación de encontrarse en un hospital de campaña.

Laura y Guido llevaban la cabeza vendada, y a Bruno, por su parte, le habían vendado el pie izquierdo porque, al levantarse de la cama, había provocado la caída del vaso de agua de la mesilla, el vaso se había roto y él había pisado los añicos de vidrio. Extrañada, Livia observó que hasta

Ruggero cojeaba levemente como consecuencia de su encontronazo con Guido.

Al final se presentó la consabida cuadrilla de exterminadores enviada por el alcalde, que ahora ya se había convertido en amigo de la familia. Mientras Guido dirigía las operaciones, Laura, todavía trastornada, le confió en voz baja a Livia:

—Esta casa no nos quiere.

—¡Quita, mujer! Una casa es una casa; no puede querer ni odiar.

—¡Pues yo te digo que esta casa no nos quiere!

—¡Anda ya!

—¡Está embrujada! —insistió Laura con los ojos brillantes, como si tuviera fiebre.

—Laura, te lo ruego, no digas esas chorradas. Comprendo que tienes los nervios destrozados, pero...

—¿Sabes una cosa? Estoy pensando en todas esas películas que he visto sobre casas malditas, casas habitadas por espíritus infernales.

—¡Pero todo eso son fantasías!

—Ya verás si tengo razón o no.

La mañana del noveno día se puso a llover a cántaros. Livia y Laura se fueron al museo de Montelusa, y Guido, invitado por el alcalde, fue a visitar la mina de sal y se llevó a Bruno. Por la noche arreció la lluvia.

La mañana del décimo día seguía diluviando. Laura llamó a Livia para decirle que iba a llevar al niño al hospital con Guido porque uno de los cortes le estaba supurando. Livia decidió aprovechar la ocasión para ordenar las cosas de Salvo. A última hora de la tarde el cielo se despejó y todos estuvieron seguros de que el día siguiente sería claro y caluroso, un día perfecto para ir a la playa.

## 2

No se equivocaron en su previsión. El mar grisáceo había recuperado su color; la arena mojada tiraba a marrón claro, pero dos horas de sol le devolverían el tono dorado. Quizá el agua estaba un poco fría, pero a mediodía, con el calor que ya hacía a las siete de la mañana, estaría como un caldo. Esa era justo la temperatura que le gustaba a Livia, mientras que a Montalbano le desagradaba, le daba la impresión de introducirse en una bañera de balneario, y cuando salía, se sentía debilitado y sin fuerzas.

Livia llegó a Pizzo a las nueve y media y se enteró de que el inicio de la mañana había sido normal; no habían encontrado ni escarabajos ni ratones ni arañas, y tampoco se habían registrado nuevas visitas tipo escorpiones o víboras. Laura, Guido y Bruno ya estaban preparados para bajar a la playa.

Estaban a punto de cruzar la pequeña verja de la terraza cuando sonó el teléfono. Guido, que era ingeniero, trabajaba en una empresa especializada en la construcción de puentes y a quien dos días atrás habían llamado desde Génova a causa de un problema que él había intentado explicarle a Montalbano pero acerca del cual este no había entendido absolutamente nada, dijo:

—Id bajando que ya os alcanzo.

Y entró en la casa para contestar al teléfono.

—Tengo que hacer pis —le dijo Laura a Livia.

Y entró también en la casa. Livia la siguió, porque, como todo el mundo sabe, orinar es contagioso; basta con que alguien se esté aguantando para que en cuestión de un momento a todos les ocurra lo mismo. Fue al otro cuarto de baño.

Cuando todos hubieron terminado de hacer sus cosas y se reunieron en la terraza, Guido cerró la puerta cristalera, la verja, cogió el parasol porque le



correspondía llevarlo a él siendo el hombre, y se encaminaron hacia la escalerita de toba que llevaba a la playa. Pero antes de iniciar el descenso, Laura miró alrededor y preguntó:

—¿Dónde está Bruno?

—A lo mejor ha empezado a bajar solo —dijo Livia.

—¡Dios mío, pero si solo no puede! Siempre tengo que cogerlo de la mano —replicó Laura.

Se asomaron a mirar. Desde allí se veían unos veinte peldaños, pero después la escalerita giraba hacia un lado. Bruno no estaba a la vista.

—Es imposible que haya podido bajar más —dijo Guido.

—¡Ve a ver, por el amor de Dios! ¡Puede haberse caído! —exclamó Laura, que ya empezaba a ponerse nerviosa.

Guido, seguido por las miradas de Laura y Livia, bajó corriendo, desapareció al llegar a la curva y volvió a aparecer en ella al cabo de menos de cinco minutos.

—He recorrido toda la escalera. No está; id a ver en casa, a lo mejor lo hemos dejado encerrado dentro —indicó, levantando la voz y respirando afanosamente.

—Pero ¿cómo lo hacemos? ¡Las llaves las tienes tú!

Guido, que había tratado de ahorrarse la subida, llegó arriba soltando maldiciones, abrió la verja de la terraza y la puerta cristalera. E inmediatamente se oyó un coro:

—¡Bruno! ¡Bruno!

—Este imbécil de niño es capaz de pasarse todo un día escondido debajo de una cama solo para fastidiarnos —dijo Guido, que ya estaba perdiendo la paciencia.

Lo buscaron por toda la casa, debajo de las camas, dentro del armario, encima del armario, debajo del armario, en el trastero de las escobas. Nada. En determinado momento, Livia dijo:

—Pues tampoco se ve a Ruggero.

Era verdad. El gato, que por regla general se metía entre los pies de la gente como bien sabía Guido, también parecía haber desaparecido.

—Cuando lo llamamos, Ruggero suele venir o maullar. Vamos a llamarlo —sugirió Guido.

Era una ocurrencia lógica: puesto que el niño no hablaba, el único que en cierto modo podía contestar era el gato.

—¡Ruggero! ¡Ruggero!

No hubo respuesta gatuna.

—Pues entonces Bruno tiene que estar fuera —concluyó Laura.

Salieron todos a buscar alrededor de la casa, comprobaron el interior de los dos vehículos aparcados. Nada.

—¡Bruno! ¡Ruggero! ¡Bruno! ¡Ruggero!

—A lo mejor se ha ido por el caminito que lleva a la carretera provincial —apuntó Livia.

La reacción de Laura fue inmediata:

—Pero si llega hasta allí... ¡Oh, Dios mío, allí hay un tráfico tremendo!

Entonces Guido subió al coche y recorrió el caminito que llevaba a la provincial; al volver atrás vio que ante la puerta de la casita rural había un campesino de unos cincuenta años muy mal vestido y tocado con una sucia boina, mirando al suelo con tanta atención que parecía estar contando las hormigas.

Guido paró y se asomó por la ventanilla:

—¿Ha visto pasar a un niño?

—¿Qué?

—Un niño de tres años.

—¿Por qué?

«¿Qué coño de pregunta es esa?», pensó Guido, que tenía los nervios a flor de piel. Pero aun así contestó.

—Porque no lo encontramos.

—¡Ay, ay, ay! —exclamó el cincuentón, adoptando de repente una expresión preocupada y girándose unos tres cuartos de circunferencia hacia la casa.

Guido se sorprendió.

—¿Qué significa «ay, ay, ay»?

—Ay, ay, ay solo significa ay, ay, ay. Yo a ese niño no lo he visto, y de todos modos, nada sé y nada quiero saber de esa historia —declaró el hombre en tono perentorio; luego entró en la casa y cerró la puerta.

—¡Pues no, oiga! —gritó Guido enfurecido—. ¡Esa no es manera de contestar! ¡Usted es un maleducado!

Tenía ganas de armar jaleo y desahogarse un poco. Bajó del coche y llamó a la puerta, la emprendió a patadas con ella, pero no hubo forma: la puerta permaneció cerrada. Soltando maldiciones volvió a subir al coche, lo puso en marcha, pasó por delante de la otra casa, la que tenía un aspecto más civilizado, se le antojó que estaba vacía, siguió adelante y regresó al chalet.

—¿Nada?

—Nada.

Laura abrazó a Livia y se echó a llorar.

—¿Habéis visto? ¿No os decía yo que esta es una casa maldita?

—¡Tranquilízate, Laura, por el amor de Dios! —exclamó su marido. El único resultado que obtuvo fue que arreciara el llanto de Laura.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Livia.

Guido tomó una decisión.

—Voy a llamar a Emilio, el alcalde.

—¿Por qué precisamente al alcalde?

—Le pediré que me mande la consabida cuadrilla. O algún vigilante. Cuantas más personas lo busquemos, mejor. ¿No te parece?

—Espera. ¿No sería mejor que llamaras a Salvo?

—Quizá tengas razón.

Veinte minutos después llegó Montalbano con un vehículo de servicio conducido por Gallo, el cual había realizado una carrera digna de Indianápolis.

Al bajar, el rostro del comisario parecía un poco cansado, amarillento y amargado, pero era el aspecto que siempre ofrecía tras viajar en automóvil con Gallo.

Livia, Guido y Laura se pusieron a contarle lo ocurrido todos a la vez, por lo que Montalbano solo pudo comprender algo prestando mucha atención, tras lo cual se detuvieron a la espera de sus palabras, sin duda decisivas, con la misma actitud de quien confía en alcanzar una gracia de la Virgen de Lourdes.

—¿Podría beber un poco de agua? —fue, por el contrario, la ansiada respuesta.

Necesitaba recuperarse, no solo del sofocante calor sino también de la hazaña de Gallo. Mientras Guido iba por el agua, las dos mujeres lo miraron decepcionadas.

—¿Dónde crees que puede estar? —preguntó Livia.

—¡Y yo qué sé, Livia! ¡No soy mago! Ahora veremos, pero tranquilizaos; los nerviosismos me alteran.

Guido le llevó el agua y Montalbano se la bebió.

—¿Queréis explicarme qué estamos haciendo aquí fuera con este sol? ¿Queréis que nos dé una insolación? Entremos en la casa. Ven tú también, Gallo.

Este bajó del coche y todos siguieron a Montalbano obedientemente. Pero, vete tú a saber por qué, nada más entrar en el salón los nervios de Laura se quebraron de golpe. Primero emitió un fuerte gemido semejante a una sirena de bomberos y después rompió a llorar, desesperada. Se le había ocurrido un pensamiento repentino.

—¡Me lo han secuestrado!

—Trata de razonar, Laura —la reprendió Guido.

—Pero ¿quién quieres que lo haya secuestrado? —preguntó Livia.

—¡Y yo qué sé! ¡Los gitanos! ¡Los feriantes! ¡Los beduinos! ¡Presiento que me han secuestrado a mi pobre niño!

A Montalbano le acudió una idea perversa: si alguien hubiera secuestrado a un niño tan tremendo como Bruno, seguro que lo devolvía el mismo día. En su lugar le preguntó a Laura:

—¿Y por qué, a tu juicio, han secuestrado también a Ruggero?

Gallo se levantó de un salto de la silla. Se había enterado de que había desaparecido un niño porque se lo había dicho el comisario, pero al llegar se había quedado en el coche y no había oído nada de lo que le habían contado a Montalbano. ¿Y ahora resultaba que los desaparecidos eran dos? Miró con expresión inquisitiva a su superior.

—Es un gato; no te preocupes.

El tema del gato ejerció un efecto milagroso. Laura pareció tranquilizarse ligeramente. Montalbano estaba abriendo la boca para decirle lo que habría

que hacer cuando Livia se encaramó de un salto a una silla, abrió desmesuradamente los ojos y dijo sin la menor inflexión en la voz:

—¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío!

Primero todos la miraron y después siguieron la dirección de su mirada.

En el umbral del salón estaba Ruggero, lamiéndose tranquilamente los bigotes.

Laura soltó otro pitido de sirena y se puso de nuevo a dar voces.

—¿Veis como es verdad? ¡El gato está aquí y Bruno no está! ¡Me lo han secuestrado! ¡Me lo han secuestrado!

Y al punto se desmayó.

Guido y Montalbano la sujetaron, la llevaron al dormitorio y la tendieron en la cama. Livia se apresuró a colocarle unas compresas con hielo en la cabeza y un frasco de vinagre bajo la nariz, pero no hubo nada que hacer, Laura no abría los ojos.

Su rostro había adquirido una tonalidad grisácea, mantenía las mandíbulas fuertemente apretadas y estaba empapada de sudor frío.

—Llévala a un médico de Montereale —le dijo Montalbano a Guido—. Y tú, Livia, ve con ellos.

Tras haber colocado a Laura en el asiento de atrás con la cabeza apoyada en el regazo de Livia, Guido salió disparado a tal velocidad que hasta Gallo se quedó asombrado. El comisario y Gallo regresaron al salón.

—Ahora que ya nos los hemos quitado de encima —dijo Montalbano—, procuremos hacer algo sensato. Y lo primero es ponernos traje de baño. De lo contrario, este calor no nos dejará razonar.

—Yo no llevo traje de baño, *dottore*.

—Ni yo. Pero Guido tiene tres o cuatro.

Los encontró y se los pusieron. Por suerte eran elásticos; de lo contrario, el comisario habría ofrecido la pinta de Cantinflas y a Gallo lo habrían denunciado por ultraje al pudor.

—Ahora vamos a hacer una cosa. A unos diez metros de la verja de la terraza hay una escalerita de toba que baja a la playa. Es el único lugar donde, por lo que he podido comprender a través del alboroto que han armado, me parece que no han mirado bien. Bájala toda hasta el final y detente en cada escalón; el pequeño puede haber caído y rodado hacia alguna hendidura.

—¿Y usía qué hace?

—Yo me hago amigo del gato.

Gallo lo miró perplejo, pero salió sin decir nada.

—¡Ruggero! ¡Pero qué gato tan guapo eres! ¡Ruggero!

El gato rodó sobre la espalda levantando las patas en el aire. Montalbano le rascó la barriga.

—Ronronron —dijo Ruggero.

—¿Qué tal si vemos qué hay en la nevera? —le propuso el comisario, encaminándose hacia la cocina.

Ruggero, que no pareció contrario a la idea, lo siguió, y mientras Montalbano abría el frigorífico y sacaba dos anchoas, no hizo más que restregarse contra sus piernas, dándole cariñosos cabezazos.

El comisario tomó un plato de cartón, puso en él las anchoas, lo depositó en el suelo, esperó a que el gato terminara de comer y después salió a la terraza, donde se dirigió a la escalerita justo a tiempo para ver asomar la cabeza de Gallo.

—Absolutamente nada, *dottore*. Puedo jurarle que el chiquillo no ha bajado por esta escalera.

—¿Descartas que haya podido llegar a la orilla e incluso meterse en el agua?

—*Dottore*, creo haber comprendido que el niño tiene tres años. No lo habría conseguido ni siquiera corriendo.

—Pues entonces quizá sea mejor mirar por el campo. No hay ninguna otra explicación.

—*Dottore*, ¿qué le parece si llamo a la comisaría y mando venir a dos o tres hombres de refuerzo? —A Gallo le resbalaba el sudor hasta los pies.

—Esperemos todavía un poquito. Entretanto, ve a refrescarte un poco. En la explanada hay una manguera.

—Pero usía tendría que ponerse algo en la cabeza. Espere un momento. —Subió a la terraza donde permanecían abandonadas las cosas de la playa y regresó con un floreado sombrero rosa de Livia—. Póngase esto. Total, aquí no lo ve nadie.

Mientras Gallo se retiraba, Montalbano se dio cuenta de que Ruggero ya no estaba con él. Entró en la casa, se dirigió a la cocina y lo llamó. El gato

había desaparecido.

Si no estaba allí lamiendo el plato de las anchoas, ¿adónde podía haber ido?

Sabía, por lo que le habían contado Laura y Guido, que el minino y el chiquillo se habían convertido en compañeros inseparables. Bruno había llorado y armado tal escándalo que había conseguido permiso para que el gato durmiera en su cama.

Por eso él se había hecho amigo de Ruggero; tenía la corazonada de que el gato sabía con toda certeza dónde estaba el niño.

Y ahora en la cocina se le ocurrió que el gato había vuelto a desaparecer porque había ido a reunirse con Bruno para hacerle compañía.

—¡Gallo!

El policía acudió a toda prisa, dejando el suelo mojado de agua.

—Mande, *dottore*.

—Comprueba, mirando en todas las habitaciones, que el gato no esté en ningún sitio. Cuando hayas comprobado que no está en una habitación, cierra la ventana y la puerta de esa estancia. Debemos asegurarnos de que no está en el interior de la casa y no tenemos que darle la posibilidad de que entre de nuevo.

Gallo lo miró con auténtica sorpresa. Pero ¿no habían acudido allí para buscar a un niño extraviado? ¿Por qué el comisario se había emperrado tanto con aquel gato?

—*Dottore*, perdone, pero ¿qué pinta aquí el animal?

—Haz lo que te digo. Y deja abierta solo la puerta principal.

Gallo dio comienzo a la búsqueda. Montalbano salió por la verja de la terraza, caminó por el borde del precipicio que caía a pique sobre la playa y se giró para mirar la casa desde lejos.

La observó largo rato hasta tener la certeza de que lo que estaba viendo no era una simple impresión suya. De manera casi imperceptible, solo unos centímetros, el chalet se inclinaba hacia la izquierda.

Sin duda era un efecto del movimiento de asentamiento producido unos días atrás, y que había provocado la grieta en el suelo del salón por la que habían salido los escarabajos, los ratones y las arañas.

Regresó a la terraza, tomó una pelota que Bruno había dejado encima de una tumbona y la depositó en el suelo. Lentamente, la pelota empezó a rodar hacia el murete de la izquierda.

Era la prueba que buscaba. Y que podía significarlo todo o nada.

Volvió a cruzar la verja, se apartó un poco y esta vez se puso a estudiar el lado derecho del chalet. Todas las ventanas de aquel lado estaban cerradas, señal de que por allí Gallo ya había terminado su misión. Montalbano no observó nada extraño.

Luego se dirigió a la parte de atrás, donde estaban la entrada principal del chalet y la explanada para aparcar. La puerta estaba abierta, tal como él le había dicho a Gallo que la dejara. No había nada fuera de lo normal.

Reanudó su camino hasta llegar al otro lado, hacia el cual se inclinaba el chalet de manera casi invisible. Una de las dos ventanas estaba cerrada, mientras que la otra aún permanecía abierta.

—¡Gallo!

Este se asomó.

—¿Nada?

—Este es el cuarto de baño más pequeño; acabo de terminar. El gato no está. Me queda solo el salón. ¿Puedo cerrar?

Mientras Gallo cerraba, Montalbano reparó en que el alero encima de la ventana se había roto y había una grieta de por lo menos tres dedos de anchura.

Debía de ser una vieja grieta que nadie había mandado arreglar. Cuando llovía, el agua, en lugar de ir a parar al interior del canal que la encauzaba hacia un pozo situado junto a la terraza, salía enteramente por allí. Para evitar que se formara un gran charco en el suelo y la humedad alcanzara la pared, alguien había colocado debajo un bidón de gran tamaño, de esos que se utilizaban para el alquitrán.

Sin embargo, Montalbano observó que el bidón había sido apartado y ya no se encontraba debajo de la grieta del alero, sino a un metro de la pared.

«Si el agua no ha ido a parar al bidón —reflexionó—, aquí tendría que haber un charco muy grande, un auténtico lago, pues en estos dos días ha llovido a cántaros. Sin embargo, no hay nada. ¿Eso cómo se explica?».



Experimentó una especie de sacudida eléctrica muy leve a lo largo de la espalda. Le ocurría cuando intuía que estaba en el camino adecuado.

Se acercó al bidón. Había un poco de agua, en efecto, pero no tanta como habría tenido que haber, y estaba claro que procedía directamente del cielo.

Y fue entonces cuando reparó en que el agua que había resbalado a través de la grieta del alero durante dos días y una noche había excavado un auténtico hoyo al pie de la pared.

No se podía ver de manera inmediata porque el bidón lo ocultaba parcialmente.

Era un hoyo de más o menos un metro de diámetro; probablemente la superficie de terreno friable que cubría alguna cavidad subterránea había cedido bajo el peso del agua que caía desde arriba. Montalbano se quitó el sombrerito de Livia y se tumbó en el suelo con la cara prácticamente metida en el interior del agujero. Después se apartó un poco e introdujo un brazo sin conseguir rozar el fondo. Notó que el foso no se hundía en sentido vertical, sino que bajaba al través, siguiendo una especie de ligero declive.

Sin saber explicarse el porqué, tuvo la certeza de que el chiquillo se había introducido en el interior de aquel hoyo y ahora no era capaz de salir.

Se levantó, entró corriendo como un desesperado en la casa, se dirigió a la cocina, abrió el frigorífico, tomó el plato de las anchoas, regresó al mismo sitio de antes, se arrodilló y colocó las anchoas alrededor de la boca del agujero.

Gallo regresó en ese momento y vio al comisario, que se había puesto de nuevo el sombrerito de mujer, con el pecho y los brazos sucios, sentado en el suelo, contemplando fijamente un boquete alrededor del cual había colocado unas cuantas anchoas.

Se quedó perplejo y aturdido, y le entró la momentánea duda de si su jefe se habría vuelto loco. ¿Qué debía hacer? Seguirle la corriente tal como se hace con los locos para calmarlos.

—Muy bonito este agujero con las anchoas —dijo, esbozando una sonrisa de admiración, como si estuviera en presencia de una obra de arte moderno.

Con gesto autoritario, Montalbano le hizo señas de que se callara. Y Gallo se calló, temiendo que, en su locura, el comisario pudiera ponerse violento.

### 3

Transcurrieron cinco minutos y ambos seguían inmóviles. Gallo también se había puesto a contemplar el boquete adornado con anchoas, contagiado por la intensidad con que Montalbano lo vigilaba.

Parecía que solo mantuvieran encendida la vista, todos los demás sentidos apagados: no oían el fragor del mar, no aspiraban el perfume de un jazmín que había cerca de la terraza.

Después, al cabo de lo que se les antojó una eternidad, por el agujero asomó la cabeza de Ruggero. El gato miró a Montalbano, emitió un ronroneo de gratitud y se lanzó sobre la primera anchoa.

—¡Coño! —exclamó Gallo, que finalmente lo había comprendido.

—Me juego las pelotas a que el chiquillo está ahí dentro.

—¡Vamos en busca de una pala!

—No digas idioteces. La más mínima cosa podría provocar un deslizamiento de tierra.

—¿Qué hacemos?

—Quédate aquí vigilando lo que hace el gato. Yo voy a llamar a Fazio desde el coche.

—¿Fazio?

—A sus órdenes, *dottore*.

—Oye, estoy con Gallo en la urbanización de Pizzo, en Montereale Marina.

—Conozco el lugar.

—Creo que hay un niño, hijo de unos amigos, que se ha introducido en un agujero muy hondo y no puede salir.

—Vamos enseguida.

—No. Llama a los bomberos de Montelusa. Esto les corresponde a ellos. Diles que el terreno es muy friable, que deben traer herramientas para cavar y apuntalar. Y sobre todo nada de sirenas, nada de ruido: los periodistas no tienen que enterarse. No quiero que esto se convierta en una segunda edición de lo de aquel niño que cayó a un pozo en Vermicino, cerca de Roma, y murió grabado por las cámaras de televisión que rodearon el lugar.

—¿Tengo que ir yo también?

—No hace falta.

Entró en la casa y llamó al móvil de Livia desde el fijo del salón.

—¿Cómo está Laura?

—Le han inyectado un calmante y se ha quedado un poco traspuesta. Estamos a punto de subir al coche. ¿Y Bruno?

—Creo que ya he localizado el sitio donde se encuentra.

—¡Oh, Dios mío! ¿Eso qué significa?

—Significa que se ha metido en un hoyo, de donde le ha sido imposible salir.

—Pero... ¿está vivo?

—No lo sé... espero que sí. Dentro de poco llegarán los bomberos. Cuando le den el alta a Laura, llévala a nuestra casa en Marinella. No quiero tenerla aquí. Guido puede venir si lo desea.

—Por lo que más quieras, tenme informada.

Montalbano regresó junto a Gallo, que no se había movido.

—¿Qué ha hecho el gato?

—Se ha comido todas las anchoas y ha entrado en la casa. ¿No lo ha visto?

—No. Habrá ido a la cocina a beber un poco de agua.

No hacía mucho, Montalbano había notado que no oía tan bien como antes. Nada grave, pero aquella nitidez del oído, que es como la nitidez de la vista, se había empañado. Antes tenía un oído que le permitía oír crecer la hierba. ¡Maldita edad!

—¿Qué tal tienes el oído? —le preguntó a Gallo.

—Lo tengo muy fino, *dottore*.

—Pues prueba a ver si oyes algo.

Gallo se tumbó boca abajo e introdujo la cabeza en el hoyo.

Montalbano contuvo el aliento para no distraerlo. Alrededor reinaba un silencio absoluto; el chalet estaba verdaderamente aislado. De repente Gallo sacó la cabeza.

—Me ha parecido oír algo.

Se cubrió las orejas con las manos, respiró hondo, retiró las manos y volvió a introducir la cabeza en el boquete. Al cabo de menos de un minuto la sacó y se giró hacia Montalbano: parecía contento.

—Lo he oído llorar. Estoy seguro. A lo mejor se ha lastimado al caer. Pero suena muy lejos. ¿Qué profundidad tiene este hoyo?

—De momento, tanto si está herido como si no, tenemos la certeza de que está vivo. Y esa ya es una buena noticia.

De pronto apareció Ruggero, hizo «rrrrmau», se introdujo tranquilamente en el agujero y desapareció.

—Va a visitarlo —dijo el comisario. Al ver que Gallo hacía ademán de levantarse, se lo impidió—: Espera un minuto. Y después vuelve a escuchar, a ver si el niño sigue llorando.

Gallo lo hizo. Prestó atención un buen rato y después dijo:

—Ya no oigo nada.

—¿Lo ves? La compañía de Ruggero lo consuela.

—¿Y ahora qué?

—Pues ahora me voy a beber una cerveza en la cocina. ¿Quieres una tú también?

—No, señor; yo tomaré un zumo de naranja. He visto que hay.

Se sentían satisfechos, aunque el camino que les quedaba por recorrer hasta sacar al niño de allí era largo y complicado.

Montalbano se bebió con calma una botella de cerveza y después llamó a Livia.

—Está vivo.

Se lo contó todo. Al final Livia le preguntó:

—¿Se lo digo a Laura?

—Mira, no creo que sea muy fácil sacarlo y los bomberos todavía no han llegado. Mejor no, por ahora. ¿Guido sigue con vosotras?

—No; nos ha acompañado a Marinella y ahora va para allá.

Enseguida quedó claro que el jefe de la brigada de bomberos, integrada por seis hombres, conocía muy bien su oficio. Montalbano le explicó lo que, en su opinión, había ocurrido, le describió el movimiento de asentamiento producido unos días atrás y le dijo que tenía la impresión de que el chalet se inclinaba hacia un lado. El jefe sacó un nivel de aire y una plomada y efectuó las mediciones.

—Tiene usted razón. Está inclinado.

Después dio comienzo a su trabajo. Primero tanteó el terreno que rodeaba la casa con una especie de bastón provisto de un regatón de acero, a continuación recorrió el interior de la vivienda, deteniéndose en el salón a examinar la grieta a través de la cual habían salido los escarabajos, y salió al exterior. Introdujo en el hoyo una especie de cinta métrica metálica y flexible, la hizo recorrer un buen trecho, la enrolló, después volvió a introducirla y de nuevo la enrolló. Estaba tratando de establecer la profundidad.

—Es como un plano inclinado —dijo tras realizar unos cuantos cálculos—. Empieza casi bajo la ventana del cuarto de baño más pequeño y termina bajo la del dormitorio, a aproximadamente unos tres metros de profundidad.

—¿O sea, que el hoyo corre a lo largo de todo este lado del chalet? —preguntó Guido.

—Exactamente. Y es un recorrido muy extraño.

—¿Por qué? —inquirió Montalbano.

—Porque si el hoyo lo ha provocado la lluvia, debajo hay algo que no ha permitido que el agua se distribuya completamente por el terreno y sea absorbida en buena parte, perdiendo de esta manera la fuerza de penetración. Al parecer, el agua ha encontrado un obstáculo, una especie de barrera sólida que la ha obligado a seguir un plano inclinado.

—¿Podrán hacer su trabajo? —preguntó el comisario.

—Tenemos que actuar con la máxima prudencia porque el terreno que rodea la casa es distinto del resto. Cualquier cosa bastaría para provocar un corrimiento.

—¿Qué significa el resto?

—Venga conmigo —dijo el bombero.

Se apartó unos diez pasos del chalet, seguido por Montalbano y Guido.

—Observen el color de la tierra y observen cómo, unos tres metros más allá, hacia la casa, cambia de color. Esta sobre la cual nos encontramos ahora es la tierra del lugar, la otra más clara, de tono amarillento, es arenisca, y fue traída aquí a propósito.

—¿Y por qué lo hicieron?

—Vaya usted a saber. Quizá para que destacara más el chalet, para darle más elegancia. Ah, aquí está finalmente la pala mecánica.

Sin embargo, antes de ponerla en marcha, el jefe quiso que se aligerara el peso de la tierra arenisca que cubría el recorrido del hoyo. Tres bomberos se pusieron a excavar con palas manuales a lo largo del chalet. Echaban la tierra en tres carretillas que sus compañeros descargaban unos diez pasos más allá.

Cuando ya habían retirado unos treinta centímetros de arenisca, se llevaron una sorpresa. Allí donde tendrían que haber empezado los cimientos empezaba, en cambio, otra pared perfectamente revocada. Para que la humedad no estropeará el revoque, habían aplicado a la parte superior una gruesa capa de nailon a modo de protección.

En resumen, era como si el chalet se prolongara empaquetado bajo tierra.

—Cavad todos bajo la ventana del cuarto de baño pequeño —ordenó el jefe de bomberos.

Y, poco a poco, se perfiló la parte superior de otra ventana perfectamente alineada con la de arriba. No tenía marco, era un cuadrado rectangular protegido por una cubierta de nailon.

—¡Pero aquí abajo hay otro apartamento! —exclamó Guido, extrañado.

Y entonces Montalbano lo comprendió todo.

—¡Ya basta de cavar! —ordenó.

Todos se detuvieron y lo miraron.

—¿Alguien tiene una linterna? —preguntó.

—¡Voy por ella! —dijo un bombero.

—¡Romped el nailon a la altura de la ventana! —indicó el comisario.

Bastaron dos golpes con una pala. El bombero le entregó una linterna.

—Quedaos todos aquí —dijo Montalbano saltando por el alféizar.

De repente no tuvo que encender la linterna: la luz que procedía de la ventana era más que suficiente.

Se encontraba en un cuarto de baño pequeño, copia exacta del que había en el piso de arriba, y ya estaba listo para el uso, con suelo, azulejos, ducha, lavabo, inodoro y bidé.

Mientras miraba alrededor, preguntándose perplejo qué significaba todo aquello, algo le rozó una pierna y le hizo pegar un brinco a causa del sobresalto.

—Rrrmau —saludó Ruggero.

—Benditos los ojos —suspiró el comisario.

Encendió la linterna y siguió al animal, que lo condujo a la habitación de al lado. Allí, el peso del agua y la tierra había hundido el nailon que protegía la ventana y la habitación se había convertido en un pantano.

Pero allí estaba Bruno. De pie en un rincón, el niño mantenía los ojos cerrados. Tenía un corte en la frente y temblaba de pies a cabeza como si se encontrara bajo los efectos de la terciana.

—Bruno, soy yo, Salvo —dijo en voz baja el comisario.

El niño abrió los ojos, lo reconoció y corrió a su encuentro con los brazos abiertos. Montalbano lo abrazó y Bruno se echó a llorar.

Y fue entonces cuando en la habitación entró Guido, que no había conseguido resistir la espera.

—¿Livia? Bruno está a salvo.

—¿Está herido?

—Tiene un corte en la frente, pero nada grave, creo. En cualquier caso, Guido lo ha llevado al servicio de urgencias de Montereale. Díselo a Laura, y si quiere, acompáñala. Yo os espero a todos aquí.

El jefe de bomberos saltó por la ventana a través de la cual había salido Montalbano. Parecía perplejo.

—Pero ahí abajo hay un apartamento exactamente igual al de arriba. ¡Hay incluso una terraza protegida por una empalizada! ¡Basta colocar los marcos interiores y exteriores que están amontonados en el salón para que se pueda entrar a vivir ahora mismo! ¡Piense que hasta hay agua! ¡Y la instalación eléctrica está lista para ser conectada! ¡Pero no consigo comprender por qué lo enterraron!

En cambio, Montalbano ya se había hecho una idea muy concreta.

—Pues yo creo haberlo comprendido. Seguramente al principio se concedió un permiso de edificación que preveía la construcción de un chalet sin ninguna posibilidad de construir arriba. Pero el propietario, de acuerdo con el que proyectó y dirigió las obras, se construyó el chalet tal como ahora se ve. Y después ordenó cubrir la planta baja con tierra arenisca. Y de esa manera solo resulta visible el piso de arriba, convertido así en planta baja.

—Sí, pero ¿por qué lo hizo?

—Esperaba una moratoria urbanística. En cuanto esta se aprobara, habría mandado retirar en una noche la tierra que cubría el otro apartamento y se habría apresurado a pedir la regularización. De lo contrario, habría corrido el peligro, muy poco probable en nuestro país, de que alguien ordenara derribar el edificio.

El jefe de bomberos se echó a reír.

—¡Aquí no se derriba nada! ¡Hay pueblos enteros que son ilegales!

—Sí, pero yo he sabido que el propietario vivía en Alemania. Igual había olvidado nuestras bonitas costumbres y creía que aquí la ley se respetaba tanto como en Colonia.

El hombre no pareció demasiado convencido.

—De acuerdo, ¡pero anda que este Gobierno no ha concedido regularizaciones ni nada! Pues entonces, ¿por qué...?

—Me he enterado de que murió hace unos años.

—¿Qué hacemos? ¿Lo devolvemos todo a su sitio?

—No; vamos a dejarlo tal como está. ¿Puede haber alguna consecuencia?

—¿En el piso de arriba, quiere decir? Ninguna.



—Quiero enseñarle este bonito trabajo al propietario de la agencia que ha alquilado el chalet.

Una vez solo, se duchó, se secó al sol y volvió a vestirse. Se bebió otra cerveza. Le había entrado un apetito descomunal. ¿Cómo era posible que se retrasara tanto toda la tropa?

—¿Livia? ¿Aún estáis en urgencias?

—No; ya vamos para allá. Bruno no se ha hecho nada.

El comisario colgó y marcó el número de la *trattoria* de Enzo.

—Soy Montalbano. Sé que es muy tarde y que ya estáis cerrando. Pero si vamos cuatro con un niño dentro de media hora como máximo, ¿conseguiremos que nos deis de comer?

—Para usía siempre está abierto.

Tal como siempre ocurre, el hecho de haberse librado de una desgracia les provocó a todos un regocijo tan grande y un hambre tan canina que Enzo, oyéndolos reír de aquella manera y comer como si llevaran una semana de ayuno, les preguntó qué estaban celebrando. Bruno parecía aquejado del mal de San Vito, no paraba de moverse: primero tiró los cubiertos al suelo, después un vaso que por suerte no se rompió, y finalmente vertió sobre los pantalones de Montalbano el contenido de la aceitera. El comisario lamentó fugazmente haberlo sacado demasiado pronto del hoyo, pero se arrepintió enseguida del pensamiento. Al terminar de comer, Livia y sus amigos regresaron a Pizzo. En cambio, Montalbano regresó a toda prisa a Marinella para cambiarse los pantalones y después se fue a trabajar a su despacho.

Por la noche le preguntó a Fazio si había algún vehículo que pudiera acompañarlo.

—Está Gallo, *dottore*.

—¿No hay nadie más? —Quería evitar otra carrera de Indianápolis como la de aquella mañana.

—No, señor.

Nada más acomodarse en el automóvil, hizo una petición:

—Esta vez no hay ninguna prisa, Gallo. Circula despacio.

—Dígame usía a cuánto tengo que ir.

—A treinta como máximo.

—¿A treinta?! *Dottore*, yo a treinta no sé conducir. Hay peligro de accidente. ¿Podríamos hacer cincuenta-sesenta?

—De acuerdo.

Todo se desarrolló con la mayor tranquilidad hasta que abandonaron la carretera provincial para enfilarse el camino de tierra que llevaba al chalet. Justo a la altura de la casita rural, un perro cruzó la calle. Para esquivarlo, Gallo dio un volantazo y estuvo a punto de estrellarse contra la puerta de la casita; rompió una tinaja de barro que había al lado.

—Has causado daños —dijo Montalbano.

Mientras ambos bajaban del coche, se abrió la puerta de la casita y apareció un campesino de unos cincuenta años, mal vestido y con una sucia boina en la cabeza.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el hombre, encendiendo una bombilla que había encima de la puerta.

—Le hemos roto una tinaja y queríamos compensarle los daños —contestó Gallo en perfecto italiano.

Entonces ocurrió una cosa muy rara. El hombre contempló el coche de policía, dio media vuelta, apagó la bombilla, entró en la casa y cerró la puerta. Gallo se quedó perplejo.

—Ha visto que somos polis. Está claro que no nos quiere —dijo Montalbano—. Prueba a llamar.

Gallo llamó. Nadie abrió.

—¡Ah de la casa! —gritó.

Nada.

—Vámonos —dijo el comisario.

Laura y Livia habían puesto la mesa en la terraza. La noche era tan bonita que hasta provocaba punzadas de melancolía. El calor del día se había

transformado milagrosamente en un frescor que daba gusto, y en el cielo flotaba una luna tan brillante que habrían podido cenar a su luz.

Las dos mujeres habían preparado cosas ligeras, pues a la *trattoria* de Enzo habían ido muy tarde y, encima, se habían dado un atracón.

Mientras permanecían sentados alrededor de la mesa, Guido contó lo que le había ocurrido por la mañana con el campesino de la casita.

—En cuanto le expliqué que había desaparecido un niño, el hombre dijo «ay ay ay» y se encerró a toda prisa en la casa. Llamé, pero no me abrió.

«Entonces no es solo la policía», pensó el comisario. Pero no comentó nada acerca del trato recibido.

Después Guido y Laura propusieron dar un paseo por la orilla del mar a la luz de la luna. Livia declinó la invitación y Montalbano también. Por suerte, Bruno optó por irse a pasear con sus padres.

Cuando ya llevaban un rato en las tumbonas disfrutando del silencio, roto tan solo por el ronroneo de Ruggero que se lo estaba pasando en grande tumbado sobre la barriga del comisario, Livia dijo:

—¿Me llevas al sitio donde has encontrado a Bruno? Es que, al regresar, Laura no me ha dejado ver dónde había caído.

—Bueno. Voy al coche a buscar la linterna.

—Guido también tendrá alguna en algún sitio. Voy por ella.

Se reunieron delante de la ventana desenterrada, con sendas linternas en la mano. Montalbano saltó primero por el alféizar, miró si había ratones y después ayudó a Livia a entrar. Como es natural, detrás de ellos saltó también Ruggero.

—¡Increíble! —exclamó Livia, contemplando el cuarto de baño.

La atmósfera resultaba húmeda y opresiva; la única ventana a través de la cual podía entrar el aire del exterior no bastaba para ventilar el recinto. Se dirigieron a la habitación donde el comisario había encontrado a Bruno.

—Te conviene no entrar, Livia. Es un pantano.

—¡Cómo se habrá asustado el pobre chiquillo! —exclamó ella, dirigiéndose al salón.

A la luz de las linternas vieron los marcos envueltos en plástico. Y Montalbano vio, adosado a una pared, un baúl bastante grande. Presa de la

curiosidad y puesto que no estaba cerrado ni con llave ni con candado, lo abrió.

Parecía el mismísimo actor Cary Grant en *Arsénico por compasión*. Volvió a cerrar de golpe la tapa y se sentó encima. Cuando la linterna de Livia lo enfocó, esbozó automáticamente una sonrisa.

—¿Por qué sonríes?

—¡¿Yo?! No, no sonrío.

—Pues entonces, ¿por qué pones esa cara?

—¿Qué cara?

—¿Qué hay dentro del baúl?

—Nada; está vacío.

¿Podía decirle que dentro había un cadáver?

## 4

De su romántico paseo por la orilla del mar a la luz de la luna, Laura y Guido regresaron cuando ya eran más de las once.

—¡Ha sido estupendo! —exclamó Laura—. ¡La verdad es que lo necesitaba después de un día como este!

Guido no estaba tan entusiasmado, puesto que a medio camino a Bruno le había entrado un profundo sueño y él había tenido que llevarlo en brazos.

Desde que había vuelto a tumbarse en la terraza tras visitar con Livia el apartamento fantasma, Montalbano se debatía en una duda que ni Hamlet: ¿decirlo o no decirlo?

Si lo hacía, se armaría un alboroto indescriptible que daría lugar a una noche infernal o casi. Desde luego, estaba más que seguro de que Laura se negaría rotundamente a permanecer ni un solo minuto más bajo el mismo techo que un cadáver desconocido, y exigiría dormir en otro sitio.

Pero ¿dónde? En Marinella no había habitación de invitados. Tendrían que arreglarse. Pero ¿cómo? Pensó en cómo se colocarían Laura, Livia y Bruno en la cama de matrimonio, Guido en el sofá, y él en el sillón, y se estremeció.

No, mejor un hotel. Pero a medianoche en Vigàta, ¿dónde se podía encontrar un hotel todavía abierto? Quizá deberían buscarlo en Montelusa. Lo cual significaría llamadas y respuestas, idas y venidas en coche a y desde Montelusa para acompañar amablemente a los amigos, y por si fuera poco, la inevitable discusión con Livia hasta la madrugada:

—Pero ¿no podrías haber elegido otro chalet?

—Livia de mi alma, ¿qué sabía yo de que albergase un muerto?

—Conque no lo sabías, ¿eh? ¿Y tú dices que eres un buen policía?

No; decidió no decirle nada a nadie de momento.

Total, cualquiera sabía el tiempo que llevaba aquel cadáver encerrado en el baúl; día más día menos le daría igual. Y las investigaciones tampoco se resentirían del retraso.

Tras despedirse de sus amigos, el comisario y Livia regresaron a Marinella.

En cuanto Livia fue a ducharse, Montalbano llamó a Fazio con el móvil desde la galería y habló en voz baja.

—¿Fazio? Soy Montalbano.

—¿Qué ocurre, *dottore*?

—No tengo tiempo para explicártelo. Dentro de diez minutos me llamas a Marinella y dices que me necesitáis urgentemente en la comisaría.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—No hagas preguntas. Haz lo que te digo.

—¿Y después qué?

—Cuelgas y sigues durmiendo.

Al cabo de cinco minutos Livia dejó libre el cuarto de baño. Montalbano entró. Cuando estaba a punto de cepillarse los dientes, oyó sonar el teléfono. Tal como había previsto, Livia fue a contestar. Todo aquello haría más creíble la comedia que había organizado.

—¡Salvo, Fazio al teléfono!

El comisario se dirigió al comedor con el cepillo de dientes todavía en la boca y los labios manchados de dentífrico, soltando maldiciones en atención a Livia, que lo estaba mirando.

—Pero ¿será posible que uno no pueda estar tranquilo ni siquiera a esta hora? —Tomó con gesto malhumorado el auricular—: ¿Qué hay?

—Lo necesitamos inmediatamente en comisaría.

—¿Y no podéis arreglároslos solos? ¿No? Bueno pues, voy para allá. —Colgó con brusquedad, fingiendo enfado—. Pero ¿es que estos no van a crecer nunca? ¿Siempre van a necesitar que les eche una mano papaíto? Perdóname, Livia, pero por desgracia...

—Comprendo —dijo ella con voz glacial—. Yo me voy a la cama.

—¿Me esperas?

—No.

Tras vestirse, Montalbano salió, subió al coche y arrancó para dirigirse a Marina di Montereale.

Hizo el camino muy despacio porque quería perder tiempo y estar seguro de que Laura y Guido ya se habían ido a dormir.

Cuando en Pizzo llegó a la altura de la segunda casa, la que estaba deshabitada pero muy bien conservada, se detuvo y bajó llevándose la linterna. El resto del camino lo hizo a pie, pues temía que si se acercaba en coche en medio del silencio nocturno, el ruido despertara a sus amigos.

A través de las ventanas no se filtraba ninguna luz, señal de que Laura y Guido ya estaban viajando por el país del sueño.

Se acercó casi de puntillas a la consabida ventana que servía de puerta del apartamento oculto y saltó por el alféizar. Una vez dentro, encendió la linterna y se dirigió al salón.

Abrió la tapa del baúl. El cadáver había sido envuelto varias veces en uno de los grandes nailon utilizados para empaquetar el apartamento clandestino, y, además, lo habían sellado con varias vueltas de cinta adhesiva, de esa marrón que se usa para hacer paquetes. El cadáver parecía algo intermedio entre una momia y un embutido listo para el envío.

Acercando un poco más la linterna, observó que el cuerpo, por lo menos lo que conseguía ver, estaba bastante bien conservado: todo aquel nailon había ejercido el efecto de un envasado al vacío, no dejaba escapar ni una pizca del terrible olor de la muerte.

Aguzó la vista y vio que, encima y alrededor de la cabeza, había cabello largo y rubio, mientras que la cara no se distinguía porque dos vueltas de cinta adhesiva le pasaban por encima.

Era una mujer, de eso estaba seguro.

No había nada más que hacer o ver. Cerró de nuevo el baúl, abandonó el apartamento, subió al automóvil y regresó a Marinella.

Encontró a Livia acostada pero no dormida. Estaba leyendo un libro.

—Cariño, he vuelto lo más pronto que he podido. Voy a ducharme, que antes no he...

—Anda, date prisa, no te entretengas. No pierdas más tiempo.

Cuando a las nueve de la mañana siguiente Livia salió del cuarto de baño, encontró a Montalbano sentado en la galería.

—Pero ¿cómo? ¿Todavía estás aquí? ¡Me habías dicho que ibas a la comisaría por el asunto de anoche!

—He cambiado de idea. Voy a tomarme medio día de vacaciones. Te acompaño a Pizzo y me paso la mañana con vosotros.

—¡Oh, qué bien!

Laura, Guido y Bruno ya estaban listos para bajar a la playa. Laura había preparado unos cestitos porque habían decidido pasar todo el día fuera.

«¿Cuándo y cómo anunciarles la buena noticia?», se iba preguntando entretanto el angustiado comisario.

Quien le echó una mano fue precisamente Guido.

—¿Has llamado a los de la agencia para comentarles lo del apartamento ilegal?

—Todavía no.

—¿Y eso por qué?

—Temo que os suba el alquiler porque tenéis otra vivienda a vuestra disposición. —Había intentado bromear, pero intervino Livia:

—Vamos, ¿a qué esperas? Quiero ver la cara del que te lo alquiló.

«Pues yo quiero ver la que vas a poner tú dentro de poco», pensó él. Pero en cambio dijo:

—Es que hay una complicación muy gorda.

—¿Cuál?

—¿Puedes enviar a Bruno a algún sitio? —le dijo Montalbano a Laura en voz baja.

Ella lo miró perpleja, pero lo hizo.

—Bruno, hazle un favor a mamá. Ve a la cocina y saca una botella de agua mineral de la nevera.

La petición los dejó a todos sobre ascuas.

—¿Y bien? —lo urgió Guido.

—El caso es que he encontrado un cadáver. De mujer.

—¿Dónde?

—En el apartamento de abajo. En el salón. Dentro de un baúl.

—¿Estás de guasa? —preguntó Laura.



—No, no está de guasa —declaró Livia—. Lo conozco bien. ¿Lo descubriste anoche cuando bajamos?

Bruno regresó con una botella.

—¡Ve por otra! —le ordenaron todos a coro.

El niño dejó la botella en el suelo y se fue.

—Y tú —dijo Livia, que empezaba a darse cuenta de la situación—, ¿has dejado que mis amigos durmieran con un cadáver?

—¡Vamos, Livia, está en el piso de abajo! ¡Ni que fuera contagioso!

De repente Laura lanzó uno de esos aullidos de sirena en que estaba especializada.

Ruggero, que estaba tumbado al sol encima del murete, huyó a toda velocidad. Bruno regresó, dejó la botella en el suelo y fue por otra sin necesidad de que nadie le dijera nada.

—¡Sinvergüenza! —exclamó Guido enfadado. Y siguió a su mujer, que se había ido llorando al dormitorio.

—¡Pero si yo lo he hecho por su bien! —trató de disculparse Montalbano con Livia.

Ella lo miró con desprecio.

—Anoche, cuando te llamé Fazio, te habías puesto de acuerdo con él para tener un pretexto para salir, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y regresaste aquí para examinar mejor el cadáver?

—Sí.

—¡Y después hiciste el amor conmigo! ¡Eres un animal, un bruto!

—Pero si me duché para no...

—¡Eres un ser repugnante!

Se levantó y fue a reunirse con sus amigos, dejándolo plantado. Regresó al cabo de cinco minutos, más fría que un témpano.

—Están haciendo las maletas.

—¿Se van? ¿Y los billetes?

—Guido ha decidido no esperar, así que se van en coche. Acompáñame a Marinella. He de hacer la maleta porque yo también me voy. Con ellos.

—¡Pero, Livia, sé razonable!

—¡No quiero oír ni una palabra más!

No hubo manera. Durante todo el viaje hasta Marinella ella no abrió la boca y Montalbano no se atrevió. En cuanto estuvieron en casa, Livia hizo la maleta a la buena de Dios y después fue a sentarse en la galería con unos morros hasta el suelo.

—¿Quieres que te prepare algo para comer?

—Tú solo piensas en dos cosas.

No aclaró cuáles eran, pero tampoco era necesario.

Hacia la una, Guido llegó a Marinella para recoger a Livia. En el automóvil iba también Ruggero, del cual era evidente que Bruno no había querido separarse. Guido le entregó la llave del chalet a Montalbano, pero no le estrechó la mano. Laura giró la cabeza hacia el otro lado, Bruno le hizo una pedorreta y Livia ni siquiera le dio un beso.

Montalbano el rechazado, el desvalido, los vio alejarse con desconsuelo. Aunque experimentando también, muy en el fondo, una pizca de alivio.

Lo primero que hizo fue llamar a Adelina.

—Adelì, Livia ha tenido que regresar a Génova. ¿Puedes venir mañana por la mañana?

—Sí, señor. Pero iré también dentro de un par de horas.

—No hace falta.

—No, señor; yo voy de todos modos. ¡Mi imagino cómo habrá dejado la casa de guarra la señurita!

En la cocina había un poco de pan duro. Montalbano se lo comió con una loncha de queso *tumazzo* que había en el frigorífico. Después se tumbó en la cama y se quedó dormido.

Despertó a las cuatro. Supo que Adelina ya había llegado por el ruido de platos y vasos en la cocina.

—Adelì, ¿me traes un café?

—Enseguida, *dottori*.

Le sirvió el café con expresión indignada.

—¡Virgen María! ¡Los platos estaban llenos de grasa y en el cuarto de baño he encontrado unas bragas sucias!

Si había una mujer maniática de la limpieza, esa era Livia. Sin embargo, a los ojos de Adelina parecía alguien cuyo ideal en la vida fuera vivir en una pocilga.

—Ya te he dicho que ha tenido que irse a toda prisa.

—¿Hubo una pelea? ¿Se han separado?

—No, no nos hemos separado.

Adelina pareció decepcionada y regresó a la cocina.

Montalbano se levantó y se dirigió al teléfono.

—¿Agencia Aurora? Soy el comisario Montalbano. Quisiera hablar con el señor Callara.

—Se lo paso ahora mismo —contestó una voz de mujer.

—¿Comisario? Buenos días, dígame.

—¿Estará usted en la agencia?

—Sí, hasta la hora del cierre. ¿Por qué?

—Me paso por ahí dentro de media hora y le devuelvo la llave del chalet.

—Pero ¡¿cómo?! ¿Sus amigos no se quedaban hasta...?

—Sí, pero han tenido que irse esta mañana, con unos cuantos días de adelanto, por una defunción inesperada.

—Oiga, comisario, no sé si usted ha leído el contrato.

—Le eché un vistazo. ¿Por qué?

—Porque establece bien claro que nada se le debe al cliente en caso de que se vaya anticipadamente.

—¿Y quién le está diciendo algo, señor Callara?

—Ah, bueno. Pues entonces no se moleste en venir hasta aquí; ya mando a alguien a la comisaría para recoger la llave.

—Tengo que hablar con usted y después enseñarle una cosa.

—Pase cuando quiera.

—¿Catarella? Soy Montalbano.

—Lo he *riconosciuto* por la voz que es la suya propia, *dottori*.

—¿Hay alguna novedad?

—No, *signor dottori*, ninguna. Excepto que Filippo Ragusano, usía ya lo conoce, ese que tiene la tienda de zapatos cerca de la iglesia, le ha pegado un

tiro a su *cuniado* Gasparino Manzella.

—¿Lo ha matado?

—No, *signor dottori*; lo pilló de refilón.

—¿Y por qué le disparó?

—Porque dice que Gasparino Manzella lo estaba provocando y él, como hacía demasiado calor y una *musca* se le paseaba por la cabeza y lo *mulistaba*, le pegó un tiro.

—¿Está Fazio?

—No, *signor dottori*. Se ha ido al sitio donde está el puente de hierro porque hay uno que le rompió la cabeza a la mujer.

—Muy bien. Quería decirte...

—Pero ha pasado una cosa...

—Ah, ¿sí? Es que me parecía que no había ocurrido nada. ¿Qué es lo que ha pasado?

—Que el subinspetor Alberto Virduzzo, que se había ido a un sitio lleno de barro, resbaló con las dos piernas y se *rumpió* una. Gallo lo ha llevado al hospital.

—Oye, quería decirte que iré tarde a la comisaría.

—Usía es muy dueño.

El señor Callara estaba ocupado con un cliente. Montalbano salió a la calle a fumarse un cigarrillo. Hacía un calor que casi fundía el asfalto y las suelas de los zapatos se pegoteaban al suelo. En cuanto estuvo libre, el propio señor Callara salió a llamarlo.

—Venga a mi despacho, comisario. Tengo aire acondicionado.

Cosa que Montalbano aborrecía. Paciencia.

—Antes de acompañarlo a ver una cosa...

—¿Adónde quiere acompañarme?

—Al chalet que alquiló a mis amigos.

—¿Por qué? ¿Había algo que no marchaba, algo roto?

—No; todo estaba bien. Pero es bueno que vaya conmigo.

—Como quiera.

—Creo recordar que usted, cuando me llevó a ver el chalet, me dijo que lo mandó construir uno que había emigrado a Alemania, Angelo Speciale, el cual se había casado con una viuda alemana, cuyo hijo Ralf, me parece, había venido aquí con el padrastro y había desaparecido misteriosamente durante el viaje de vuelta. ¿Es así?

Callara lo contempló con admiración.

—¡Pero qué memoria tiene! Exactamente.

—Usted, como es natural, tendrá el nombre, la dirección y el teléfono de la señora Speciale, ¿verdad?

—Pues claro. Espere un momento que busco los datos de la señora Gudrun.

Montalbano los anotó en un trozo de papel y Callara lo miró con curiosidad.

—Pero ¿qué...?

—Lo comprenderá después. Me parece recordar también que me dijo el nombre del aparejador que había efectuado el proyecto del chalet y dirigido la obra.

—Sí. El aparejador Michele Spitaleri. ¿Quiere su teléfono?

—Sí.

También lo anotó.

—Oiga, comisario, ¿le importaría decirme por qué...?

—Se lo diré todo por el camino. Aquí tiene la llave; llévela consigo.

—¿Será una cosa muy larga?

—No sabría decirle.

Callara lo miró con expresión inquisitiva. Montalbano se colocó una máscara neutra.

—Quizá sea mejor que avise a la empleada —dijo Callara.

Se fueron en el automóvil de Montalbano, el cual, por el camino, le contó a Callara la desaparición del pequeño Bruno, la afanosa búsqueda y, finalmente, su rescate con la ayuda de los bomberos.

Callara solo se preocupó por una cosa.

—¿Causaron daños?

—¿Quiénes?

—Los bomberos. ¿Causaron daños en el chalet?

—No, por dentro no.

—Menos mal. Porque una vez, en una casa que yo tenía alquilada, se declaró un incendio en la cocina y provocaron más daños ellos que el fuego.

Ni una sola palabra acerca del apartamento ilegal.

—¿Piensa avisar a la señora Gudrun?

—Claro, claro. Pero ella seguramente no sabrá nada, debió de ser idea de Angelo Speciale. Tendré que encargarme yo de todo.

—¿Pedirá una regularización?

—Bueno, no sé si...

—Verá, señor Callara, es que yo soy funcionario público. No puedo comportarme como si nada.

—¿Y si...? Es solo una hipótesis, que conste... ¿Y si yo aviso al aparejador Spitaleri para que lo deje todo tal como estaba antes?

—Entonces yo lo denuncio a usted, a la señora Gudrun y al aparejador por actuación ilegal.

—En ese caso...

—¡Vaya, vaya! —fue la asombrada exclamación del señor Callara cuando bajó por la ventana del cuarto de baño y lo vio todo listo para entrar a vivir.

Con la linterna encendida, Montalbano lo acompañó a las demás habitaciones.

—¡Vaya, vaya!

Después llegaron al salón.

—¡Vaya, vaya!

—Fíjese, hasta los marcos están preparados. Basta desempaquetarlos.

—¡Vaya, vaya!

Como por casualidad, el comisario iluminó un instante el baúl.

—¿Y aquello qué es? —preguntó Callara.

—Un baúl, me parece.

—¿Qué hay dentro? ¿Usted lo ha abierto?

—¿Yo? No. ¿Por qué iba a hacerlo?

—¿Me deja la linterna?

—Aquí tiene.

Todo estaba siguiendo el curso previsto.

Callara levantó la tapa e iluminó el interior del baúl, pero no dijo «vaya, vaya», sino que pegó un brinco hacia atrás.

—¿Qué hay?

—Pero... pero... aquí dentro hay... hay... ¡un muerto!

—¡¿De verdad?!

## 5

De esa manera, tras haber oficializado la existencia del cadáver, el comisario pudo finalmente prestarle la debida atención.

En realidad, primero tuvo que prestar atención al señor Callara, el cual, tras saltar a toda prisa por la ventana, empezó a vomitar hasta lo que había comido una semana antes.

Montalbano abrió el apartamento legal, tumbó en el sofá del salón al señor Callara, que estaba sufriendo vértigos, y le llevó un vaso de agua.

—¿Puedo irme a casa?

—¿Bromea usted? ¿Cómo voy a acompañarlo?

—Llamo por teléfono y viene a recogerme mi hijo.

—¡Eso ni lo sueñe! ¡Usted tiene que esperar la llegada del ministerio público! Es usted quien ha descubierto el cadáver, ¿sí o no? ¿Más agua?

—No; tengo frío.

¿Frío con el calor que hacía?

—Voy a buscar una manta de viaje que tengo en el coche.

Una vez finalizado su papel de buen samaritano, llamó a la comisaría.

—¿Catarella? ¿Está Fazio?

—*Istá a punto de llegar, dottori.*

—¿Y eso qué significa?

—Ahora mismito *tilifonió* diciendo *pricisamente* que *dintro* de cinco minutos estoy aquí. O sea que llega él. Yo, en cambio, no, porque ya he llegado.

—Oye, como resulta que han descubierto un cadáver, dile que me llame enseguida a este número. —Y le facilitó el del chalet.

—¡Ji! ¡Ji! —hizo Catarella.

—¿Te ríes o lloras?



—*Mi río, dottori.*

—¿Por qué?

—*Porqui* siempre soy yo el que *li* dice a usía que han encontrado un muerto, y en cambio, ¡esta vez es usía el que *mi* ha dicho a mí que lo han *incontrado!*

Cinco minutos después sonó el teléfono.

—¿Qué ocurre, *dottore*? ¿Ha encontrado un cadáver?

—Lo ha encontrado el propietario de la agencia que alquiló el chalet a mis amigos, que por suerte se habían ido antes de enterarse de este bonito descubrimiento.

—¿Es un muerto reciente?

—No creo; más bien lo descartaría. ¿Sabes? He tenido que prestar auxilio al pobre señor Callara, que es quien lo ha descubierto, y lo he visto solo muy fugazmente.

—¿O sea que es el mismo chalet al que envié los bomberos?

—Exacto. Marina di Montereale, término de Pizzo, la última casa del camino de tierra. Ven con alguien. Avisa al ministerio público, a la Científica y al doctor Pasquano, que a mí no me apetece.

—Voy ahora mismo, *dottore*.

Fazio, que había acudido con Galluzzo, se puso los guantes y le preguntó a Montalbano:

—¿Puedo bajar a ver?

El comisario se disponía a disfrutar del final de la tarde desde una tumbona de la terraza.

—Pues claro. Procura no dejar ninguna huella.

—¿Usía no viene?

—¿Qué tengo que hacer ahí?

Media hora después se armó el consabido alboroto.

Primero llegaron los de la Científica, pero como en el salón subterráneo no se veía ni torta, perdieron otra media hora para hacer una conexión eléctrica provisional.

Después llegó el doctor Pasquano con la ambulancia y sus hombres. El doctor, comprendiendo que para lo suyo aún faltaba un rato, cogió una tumbona, se sentó al lado del comisario y se quedó dormido.

Al cabo de una hora, cuando el sol ya casi se había puesto, lo despertó uno de la Científica y le preguntó:

—Doctor, dado que el cuerpo está empaquetado, ¿qué tenemos que hacer?

—Desempaquetarlo —fue la lacónica respuesta.

—Sí, pero ¿lo hacemos nosotros o lo hace usted?

—Mejor yo —dijo Pasquano, levantándose con un suspiro.

—¡Fazio! —llamó Montalbano.

—A sus órdenes, *dottore*.

—¿Ha llegado el *dottor* Tommaseo?

—No, señor *dottore*; ha telefonado para decir que estará aquí no antes de una hora.

—¿Pues sabes qué te digo?

—No, señor.

—Que me marchó a comer algo y vuelvo luego. Total, me parece que la cosa va para largo.

Al pasar por el salón vio a Callara, que aún no se había movido del sofá. Le dio pena.

—Venga conmigo, lo acompaño a Vigàta. Yo le explicaré al *dottor* Tommaseo cómo han sucedido las cosas.

—¡Gracias! ¡Gracias! —exclamó el hombre devolviéndole la manta.

Montalbano dejó al señor Callara delante de la agencia, ya cerrada.

—Por lo que más quiera, no hable con nadie de esta historia del muerto.

—Comisario de mi alma, creo que me ha subido la fiebre a cuarenta. Casi no puedo ni respirar, ¡imagínese si me queda aliento para hablar!

Si fuera a Enzo, seguramente perdería demasiado tiempo, así que se dirigió a Marinella.

En el frigorífico encontró un plato bastante considerable de *caponatina* con sus berenjenas fritas aderezadas con aceitunas y hierbas aromáticas, y un buen trozo de queso *caciocavallo* de Ragusa. Adelina le había comprado incluso pan recién hecho. Tenía tanto apetito que hasta le ardían los ojos. Tardó una hora larga en zampárselo todo con el acompañamiento de media botella de vino. Después se lavó la cara, subió al coche y regresó a Pizzo.

Nada más llegar, el fiscal Tommaseo, que se encontraba en la explanada de la parte anterior del chalet tomando el fresco, corrió a su encuentro.

—¡Parece que es un delito con connotaciones sexuales!

Le brillaban los ojos y el tono de su voz sonaba casi alegre. Así estaba hecho el *dottor* Tommaseo: en todo delito pasional, en todo asesinato por cuernos o por sexo, se revolcaba como un bendito. Montalbano estaba convencido de que era un auténtico obseso, aunque solo mental.

Detrás de cada mujer a la que interrogaba se le caía la baba como a un caracol, pero no se le conocían ni relaciones ni amistades femeninas.

—¿El doctor Pasquano está dentro todavía?

—Sí.

En el apartamento ilegal faltaba el aire. Demasiadas personas entrando y saliendo, demasiado calor procedente de las dos bombillas de gran potencia que los de la Científica habían encendido. El aire cargado de antes estaba todavía más cargado, solo que ahora apestaba a sudor humano y ahora sí llegaba hasta la nariz el hedor de la muerte.

En efecto, habían sacado el cadáver del baúl y lo habían desempaquetado de cualquier manera, dejando trozos de nailon pegados a la piel, quizá porque se habían fundido con ella. Lo habían colocado desnudo tal como estaba en la camilla, y el doctor Pasquano, soltando maldiciones, estaba terminando de examinarlo. Montalbano comprendió que no era el momento de preguntarle nada.

—¡Llaman al ministerio público! —ordenó de repente el doctor.

Se presentó Tommaseo.

—Oiga, fiscal, yo aquí no puedo continuar, hace demasiado calor, el cadáver se me está licuando a ojos vistas. ¿Puedo mandar que se lo lleven?

Tommaseo miró con semblante inquisitivo al jefe de la Científica.

—Por mí, sí —dijo Arquà.

Vanni Arquà y Montalbano se tenían manía. No se saludaban, y solo hablaban en caso de extrema necesidad.

—Pues entonces retirad el cadáver y colocad precintos en la ventana —ordenó Tommaseo.

Pasquano miró a Montalbano. Este, sin hablar con nadie, regresó arriba y sacó una botella de cerveza de la nevera. Guido había hecho acopio de cerveza y el comisario se fue a descansar en su habitual tumbona de la terraza. Oyó el ruido de los automóviles que se marchaban. Al poco rato apareció el doctor Pasquano y se sentó en el mismo sitio de antes.

—Veo que usted conoce la casa. ¿Podría tomar yo también una cerveza?

Mientras se dirigía a la cocina, Montalbano vio entrar a Fazio y Galluzzo.

—*Dottore*, ¿nosotros podemos irnos?

—Pues claro. Toma este papel. El número de teléfono es de un tal aparejador Michele Spitaleri. Búscamelo ahora mismo, tienes que localizarlo sin falta y decirle que mañana a las nueve en punto lo espero en la comisaría. Buenas noches.

Le llevó la cerveza fría a Pasquano y le explicó cómo y por qué conocía la casa. Después dijo:

—Doctor, la noche es demasiado hermosa para que lo haga enfadar. Dígame si quiere responder a alguna pregunta o no.

—No más de cuatro o cinco.

—¿Ha conseguido establecer la edad de la víctima?

—Sí. Quince o dieciséis años. Una.

—Tommaseo me ha dicho que se trata de un delito con connotaciones sexuales.

—Tommaseo es un cabrón pervertido. Dos.

—¿Cómo que dos? Esa no puede considerarla una pregunta. ¡No haga trampa! ¡Seguimos estando en la primera!

—De acuerdo.

—Segunda pregunta: ¿la violaron?

—No estoy en condiciones de decirlo. Puede que tampoco lo esté después de la autopsia. Pero imagino que sí.

—Tercera: ¿cómo la mataron?

—Le cortaron la garganta.

—Cuarta: ¿cuánto tiempo hace?

—Cinco o seis años. Se ha conservado porque la empaquetaron muy bien.

—Quinta: según usted, ¿la mataron aquí o en otro sitio?

—Eso tendría que preguntárselo a los de la Científica. En cualquier caso, Arquà ha encontrado abundantes restos de sangre en el suelo.

—Sexta...

—¡Pues no! Se ha acabado el tiempo y la cerveza. Buenas noches. —Y se levantó y se fue.

Montalbano también se levantó, pero para ir a la cocina a tomarse otra cerveza.

No tenía valor para abandonar la terraza en una noche como aquella. De repente sintió la ausencia de Livia. La víspera estaban sentados en aquel lugar, se llevaban bien...

Y entonces la noche se le antojó de golpe muy fría.

Fazio ya estaba en la comisaría a las ocho de la mañana. Montalbano llegó media hora después.

—*Dottore*, usía me perdonará, pero yo no me lo creo.

—¿Qué no te crees?

—Cómo fue el descubrimiento del cadáver.

—¿Y cómo quieres que fuera, Fazio? El señor Callara vio por casualidad el baúl, levantó la tapa y...

—*Dottore*, a mi juicio usted se las arregló para que fuera Callara el que lo descubriese.

—¿Y por qué iba a hacer yo eso?

—Porque usía el cadáver ya lo había encontrado la víspera, cuando fue a buscar al niño. ¡Usía es un perro de caza! ¡Imagínese si no iba a abrir el baúl!

No lo dijo enseguida para que sus amigos pudieran irse tranquilos.

Lo había comprendido todo. Las cosas no se habían desarrollado exactamente así, pero en términos generales Fazio había dado en el blanco.

—Mira, piensa lo que quieras. ¿Localizaste a Spitaleri?

—Su mujer me dio el número del móvil. Primero no contestaba porque lo tenía apagado, pero al cabo de una hora contestó. Vendrá a las nueve en punto.

—¿Has buscado información?

—Pues claro, *dottore*. —Sacó un papel del bolsillo y empezó a leer—: Michele Spitaleri, hijo de Bartolomeo y de María Finocchiaro, nacido en Vigàta el seis de noviembre de mil novecientos sesenta y domiciliado en esta ciudad en via Lincoln cuarenta y cuatro, casado con...

—Ya basta, he dejado que te desahogues un poco con tu manía del registro civil porque hoy me pillas de buenas, pero ahora ya basta.

—Gracias por su amabilidad.

—Dime quién es ese Spitaleri.

—Spitaleri, puesto que su hermana se casó con Pasquale Alessandro y puesto que Alessandro, que es el apellido, es el alcalde de Vigàta desde hace ocho años, resulta que es el cuñado del alcalde.

—Elemental, querido Watson.

—En su condición de tal y en su calidad de propietario de nada menos que tres empresas de construcción, y siendo aparejador, resulta que consigue el noventa por ciento de las contrataciones municipales.

—Sí, porque paga la comisión a partes iguales tanto a los Cuffaro como a los Sinagra. Naturalmente, también paga un porcentaje al cuñado.

Y de esta manera, dado que los Cuffaro y los Sinagra eran las dos familias mafiosas dominantes que competían entre sí, el aparejador estaba seguro.

—Y los gastos finales de cada adjudicación acaban siendo el doble de los establecidos al principio.

—*Dottore* de mi alma, el pobre Spitaleri no puede hacer otra cosa, pues de lo contrario saldría perdiendo.

—¿Algo más?

Fazio puso una cara indescifrable.

—Rumores.

—¿O sea?

—Le gustan mucho las menores de edad.

—¿Un pedófilo?

—*Dottore*, no sé cómo se le puede llamar, el caso es que le gustan las chavalas de entre catorce y quince años.

—¿Y las de dieciséis no?

—No; le parecen un poco pasadas.

—Será de esos que van a menudo al extranjero, que practican el turismo sexual.

—Sí, señor, pero aquí también encuentra. Dinero no le falta. Dicen en el pueblo que una vez los padres de una chica querían denunciarlo, pero él les soltó una millonada y salió bien librado. Otra vez, por haber desvirgado a otra chica, pagó con un apartamento.

—¿Y dónde encuentra gente dispuesta a venderle a la hija?

—*Dottore*, ¿ahora no tenemos libre mercado? ¿Y el libre mercado no es signo de democracia, libertad y progreso?

Montalbano lo miró estupefacto.

—¿Por qué me mira así, *dottore*?

—Porque eso que has dicho habría tenido que decirlo yo...

Sonó el teléfono.

—*Dottori*, aquí está el *signor* Spitaletti, que dice que tiene...

—Sí, hazlo pasar...

—¿Tú le dijiste el motivo de la convocatoria?

—¿Qué dice? ¿Bromea? Pues claro que no.

Spitaleri, bronceado hasta parecer casi de color marrón, vestido con una chaqueta verdosa que semejava una capa de cebolla, Rolex, cabello hasta los hombros, pulsera de oro, crucifijo de oro que se distinguía entre el vello que asomaba a través de la camisa desabrochada, mocasines amarillos sin calcetines, estaba visiblemente nervioso por la llamada. Bastaba ver su manera de sentarse en el extremo de la silla. Fue él quien habló en primer lugar.

—He venido tal como usted quería, pero créame que sinceramente no consigo comprender...

—Lo comprenderá.

¿Por qué le había caído tan antipático de repente? Decidió montar el consabido teatro para perder el tiempo.

—Fazio, ¿ya has terminado con Franceschini?

Allí no había ningún Franceschini, pero Fazio contaba con una larga experiencia como actor secundario de comedias.

—Todavía no, *dottore*.

—Mira, voy contigo y así resolvemos el asunto en cinco minutos. —Y dirigiéndose a Spitaleri mientras se levantaba, añadió—: Un poquito de paciencia y enseguida estoy con usted.

—Verá, comisario, es que tengo un compromiso que no...

—Entiendo.

Se dirigieron al despacho de Fazio.

—Dile a Catarella que me prepare un café con mi cafetera. ¿Tú quieres?

—No, señor *dottore*.

Montalbano se bebió el café con toda tranquilidad y después se fumó un cigarrillo en el aparcamiento. Spitaleri se había presentado con un Ferrari negro, lo cual contribuyó a intensificar la antipatía que le inspiraba. Un Ferrari en un pueblo es como tener un león en el cuarto de baño de un apartamento.

Cuando regresó a su despacho con Fazio, sorprendió a Spitaleri hablando por el móvil, que mantenía pegado a la oreja.

—... a Filiberto. Te llamo después —concluyó el aparejador al verlos entrar. Y se guardó el móvil en el bolsillo.

—Veo que ha llamado desde aquí —dijo severamente Montalbano, dando comienzo a una representación improvisada digna de la Comedia del Arte.

—¿Por qué? ¿No podía hacerlo? —preguntó en tono beligerante.

—Tendría que habérmelo dicho.

Spitaleri enrojeció de rabia.

—¡Yo no estoy obligado a decirle nada! ¡Soy un ciudadano libre hasta que se demuestre lo contrario! Si usted tiene algo...

—Cálmese, señor Spitaleri... Está usted cometiendo un grave error.

—¡Nada de error! ¡Usted me está tratando como a un detenido!

—¡Pero qué detenido ni qué pamplinas!



—¡Quiero a mi abogado!

—Señor Spitaleri, preste atención a lo que voy a decirle y después decida si quiere llamar a su abogado o no.

—Dígame.

—Pues verá. Si antes me hubiera dicho que quería llamar a alguien, yo le habría advertido, cumpliendo con mi deber, de que todas las llamadas que se reciben y se hacen en las comisarías italianas, incluso las que se efectúan con los móviles, se intervienen y registran.

—¿Cómo?!

—Pues sí. Lo que oye. Es una disposición muy reciente del ministerio. Ya sabe, con todo este terrorismo...

Spitaleri palideció como un muerto.

—¡Quiero la cinta!

Fazio, el actor secundario, se echó a reír:

—¡Ja, ja! ¡La cinta quiere!

—Sí. ¡Y no veo que haya ningún motivo para reírse!

—Se lo explico —terció Montalbano—. Nosotros no tenemos ninguna cinta aquí. Las intervenciones telefónicas van a parar directamente a los departamentos antimafia y antiterrorismo de Roma vía satélite. Y allí se registran. Para evitar interferencias, tachaduras, omisiones. ¿Comprende?

Spitaleri estaba sudando tanto que parecía una fuente.

—¿Y después qué ocurre?

—Si cuando escuchan la conversación intervenida hay algo que no les cuadra, desde Roma nos avisan y nosotros damos comienzo a las investigaciones. Pero, usted perdone, ¿qué motivo tiene para preocuparse? Carece de antecedentes, creo, no es terrorista, no es mafioso...

—Claro, pero...

—¿Pero?

—Es que, verá, hace veinte días, en una de mis obras de Montelusa hubo un accidente.

Montalbano miró a Fazio y este le indicó por señas que no sabía nada de aquel asunto.

—¿Qué clase de accidente?

—Un obrero... un árabe...

—¿Illegal?

—Parece que sí... pero me habían asegurado que...

—... que no lo era.

—Sí. Porque la regularización estaba...

—... en trámite.

—¡Pues entonces usted lo sabe todo!

—Exactamente —dijo Montalbano.

## 6

Y con una taimada sonrisa, declaró:

—Esa historia la conocemos perfectamente.

—¡Vaya si la conocemos! —remachó Fazio, soltando otra vez su desagradable carcajada de antes. Era una mentira como una casa. Era la primera vez que oían hablar de aquel asunto.

—Cayó del andamio del... —aventuró el comisario.

—Del tercer piso, sí —dijo Spitaleri, a esas alturas completamente empapado de sudor—. Ocurrió, como usted sabrá, en sábado. Cuando acabó la jornada, no lo vieron y pensaron que ya se había ido. Nos dimos cuenta el lunes, cuando se reanudaron los trabajos en la obra.

—Eso también lo sé; nos lo comunicó el...

—... el comisario Lozupone de Montelusa, que se encargó con gran seriedad de las investigaciones —terminó Spitaleri.

—Lozupone, eso es. Por cierto, ¿cómo se llamaba el árabe, que en este momento no me acuerdo?

—Yo tampoco me acuerdo.

«Quizá —pensó Montalbano— habría que levantar un gran monumento, como el Victoriano de Roma dedicado al Soldado Desconocido, en memoria de los trabajadores ilegales que pierden la vida en el puesto de trabajo por un pedazo de pan».

—Sí, pero verás, esa historia de la barandilla de protección... —Segunda apuesta arriesgada.

—¡La había, señor comisario, la había! ¡Se lo juro! ¡Su compañero la vio con sus propios ojos! La verdad es que aquel árabe estaba como una cuba, saltó por encima de la barandilla y cayó.

—¿Usted conoce los resultados de la autopsia?

—¿Yo? No.

—No había restos de alcohol en la sangre. —Otra mentira. Montalbano estaba disparando a ciegas.

—Pero en su ropa sí —terció Fazio, con su carcajada de costumbre. También disparaba al azar, a la buena de Dios.

Spitaleri no dijo nada, ni siquiera fingió sorprenderse.

—¿Usted con quién estaba hablando ahora mismo? —preguntó Montalbano.

—Con el capataz de la obra.

—¿Y qué le ha dicho? Le advierto que no está obligado a contestarme. Pero en su propio interés...

—Antes le he contado que usted me había mandado llamar por ese asunto del árabe, y después...

—Dejémoslo así, señor Spitaleri, no diga más —dijo con aire magnánimo—. Yo estoy obligado a respetar su privacidad, ¿sabe? Y lo hago no por una adaptación formal a la ley, sino por un profundo respeto innato hacia los demás. Si desde Roma me dicen algo, volveré a convocarlo a la comisaría para interrogarlo.

Por detrás de la espalda del aparejador, Fazio hizo el gesto de aplaudir la interpretación de Montalbano.

—Pues entonces, ¿ya puedo irme?

—No.

—¿Por qué?

—Mire, yo no lo he mandado llamar por la muerte de su obrero, sino por un motivo muy distinto. ¿Recuerda si fue usted quien proyectó y construyó un chalet en la urbanización de Pizzo, en Marina di Montereale?

—¿El de Angelo Speciale? Sí.

—Es mi deber comunicarle un delito. Hemos descubierto toda una planta ilegal.

Spitaleri no disimuló un largo suspiro de alivio y después se echó a reír. ¿Acaso esperaba una acusación más grave?

—¿Lo han descubierto? Pues han tardado lo suyo. Comisario, las construcciones ilegales, aquí entre nosotros, yo diría que son una obligación

para no pasar por tontos a los ojos de los demás. ¡Lo hace todo el mundo! Basta que ahora Speciale presente una solicitud de regularización y...

—Lo cual no quita que usted, en su calidad de constructor y director de las obras, estuviera obligado a cumplir lo que se establecía en el permiso de edificación.

—¡Pero, señor comisario, se lo repito, todo esto es una chorrada!

—Es un delito.

—¿Un delito, dice? Yo diría que es, como máximo, un leve error, como aquellos que en la escuela se marcaban con un lápiz rojo. A usted, créame, no le conviene denunciarme.

—¿Acaso me está amenazando?

—Jamás lo haría en presencia de un testigo. Solo que, si me denuncia, todo el pueblo se burlará a sus espaldas, hará el ridículo.

El muy canalla y cabrón se estaba envalentonando. Por la cuestión de la llamada telefónica casi se había cagado encima y, en cambio, lo de la construcción ilegal se lo tomaba a risa.

Entonces Montalbano decidió dispararle a la frente.

—Puede que, por desgracia, tenga usted razón, pero yo tendré que encargarme de todas maneras de ese apartamento ilegal.

—¿Y podría explicarme por qué?

—Porque dentro hemos encontrado un cadáver.

—¿Un ca... cadáver? —se sobresaltó.

—Pues sí. De una chica de quince años. Una menor de edad. Poco más que una niña. Horrendamente degollada. —Acentuó adrede las palabras que se referían a la edad de la víctima.

Y, en efecto, Spitaleri abrió de golpe los brazos como si quisiera oponer resistencia a una fuerza que lo estaba empujando por detrás, trató de levantarse, pero le fallaron las piernas y el aliento y volvió a caer en la silla.

—¡Agua! —consiguió articular a duras penas.

Le dieron agua e incluso le subieron una copa de coñac del bar.

—¿Se encuentra mejor?

Spitaleri, que aún no parecía en condiciones de hablar, dio a entender con un gesto de la mano que se encontraba así así.

—Oiga, señor Spitaleri, por ahora hablaré yo y usted me dirá que sí o que no con la cabeza. ¿De acuerdo?

El aparejador asintió con la cabeza.

—El homicidio de la muchacha no puede haberse producido más que el día anterior o el mismo día en que se enterró definitivamente el piso ilegal con tierra arenisca. Si ocurrió el día anterior, el homicida ocultó el cadáver en algún sitio y lo trasladó allí al día siguiente, justo a tiempo, ya que después el acceso habría resultado imposible. ¿Correcto?

Señal afirmativa con la cabeza.

—Si, por el contrario, el homicidio se produjo el último día, el asesino dejó una sola entrada abierta, hizo pasar a través de ella a la muchacha, y una vez dentro la violó, la degolló y la introdujo en un baúl. Después salió del apartamento y cerró la única entrada. ¿Correcto?

Spitaleri abrió los brazos como diciendo que no sabía qué decir.

—¿Usted siguió el curso de las obras hasta el último día?

El aparejador negó.

—¿Y eso cómo es posible?

Spitaleri extendió los brazos y emitió una especie de rugido a través de la boca:

—Ooooooooooooo...

¿Estaba imitando un avión?

—¿Viajaba en avión?

Señal afirmativa.

—¿Cuántos albañiles trabajaban en el soterramiento del piso ilegal?

Spitaleri levantó dos dedos.

Pero ¿cómo se podía seguir de aquella manera? El interrogatorio se estaba convirtiendo en una farsa.

—Señor Spitaleri, ya me está tocando los cojones verlo contestar así. Entre otras cosas, estoy empezando a pensar que usted nos trata como a unos gilipollas y nos está dando por culo. —Después se dirigió a Fazio—: ¿A ti te ha entrado esa misma duda?

—Sí. A mí también.

—Pues entonces, ¿sabes qué vas a hacer? Te lo llevas al cuarto de baño, lo mandas desnudarse y lo colocas bajo la ducha hasta que se recupere.

—¡Quiero un abogado! —gritó Spitaleri, recobrando milagrosamente la voz.

—¿Le conviene dar publicidad al asunto?

—¿En qué sentido?

—En el sentido de que, si usted llama al abogado, yo llamo a los periodistas. Creo saber que usted tiene ciertos antecedentes en cuestión de niñas... Si los periodistas empiezan a montarle un juicio paralelo en la plaza, está usted jodido. En cambio, si colabora, dentro de cinco minutos estará en la calle.

Más amarillo que un muerto, el aparejador experimentó un repentino ataque de temblor.

—¿Qué más quiere saber?

—Usted acaba de decir que no pudo seguir las obras hasta el final porque se había ido en avión. ¿Cuántos días antes?

—Me fui la mañana del último día de las obras.

—¿Y recuerda cuándo fue aquel último día?

—El doce de octubre.

Fazio y Montalbano intercambiaron una mirada.

—Por consiguiente, usted está en condiciones de decirme si en el salón, aparte de los marcos de ventana envueltos en plástico, había también un baúl.

—Lo había.

—¿Está seguro?

—Segurísimo. Y estaba vacío. Lo mandó dejar allí el señor Speciale. Lo había utilizado para trasladar unas cosas desde Alemania. Y puesto que ya estaba casi inservible y medio roto, ordenó colocarlo en el salón. Dijo que, a lo mejor, podría servirle para algo.

—Dígame el nombre de los albañiles que se quedaron a trabajar hasta el final.

—No lo recuerdo.

—Pues entonces será mejor que vaya llamando a su abogado. Porque tengo que acusarlo de complicidad en...

—¡Pero si es verdad que no lo recuerdo!

—Lo siento por usted, pero...

—¿Puedo hacer una llamada a Dipasquale?

—¿Quién es?

—Un maestro de obras.

—¿El mismo a quien ha llamado antes?

—Sí. Dipasquale era el maestro de obras que tenía cuando edificamos el chalet de Speciale.

—Llame si quiere, pero recuerde, no diga nada que pueda comprometerlo. Tenga en cuenta los pinchazos telefónicos.

Spitaleri sacó el móvil y marcó un número.

—Hola, 'Ngilino. Soy yo. ¿Recuerdas por casualidad quiénes eran los albañiles que trabajaron hace seis años en la construcción del chalet de Pizzo en Marina de Montereale? ¿No? ¿Y ahora qué hago? El comisario Montalbano quiere saberlo. Ah, sí, es verdad, tienes razón. Perdona. —Y colgó.

—Oiga, antes de que se me olvide, ¿me da ahora mismo el número del móvil de Angelo Dipasquale? Fazio, anótalo.

Spitaleri se lo dictó.

—¿Y bien? —inquirió Montalbano.

—Dipasquale no recuerda el nombre de los albañiles. Pero en mi despacho seguro que están. ¿Puedo ir a buscarlos?

—Faltaría más.

El aparejador se levantó y se dirigió a la puerta casi corriendo.

—Un momento. Lo acompaña Fazio, él me traerá los nombres y las direcciones. Usted permanezca a nuestra disposición.

—¿Eso qué quiere decir?

—Que no debe alejarse de Vigàta y alrededores. Si tuviera que desplazarse más lejos, avíseme. Por cierto, si lo recuerda, ¿adónde se dirigía en avión aquel doce de octubre?

—A... a Bangkok.

—Está claro que le gusta la carne fresca, ¿eh?



En cuanto Fazio y Spitaleri se fueron, llamó al maestro de obras. No quería dar tiempo al aparejador para que lo llamara y se pusieran de acuerdo en las respuestas que deberían dar.

—¿Dipasquale? Soy el comisario Montalbano. ¿Cuánto tiempo tardará en trasladarse desde la obra a la comisaría de Vigàta?

—Una media hora como máximo. Pero es inútil que me lo pregunte porque ahora estoy trabajando y no puedo ir.

—Yo también trabajo. Y mi trabajo consiste en decirle que venga aquí.

—Le repito que no puedo.

—¿Qué le parece si lo mando buscar en uno de nuestros vehículos con la sirena sonando a todo volumen en presencia de sus obreros?

—Pero ¿qué quiere de mí?

—Usted venga aquí y saciará su curiosidad. Dispone de veinticinco minutos.

Tardó veintidós minutos exactos. Para no perder tiempo, ni siquiera se había cambiado, llevaba puesto todavía un mono de trabajo manchado de argamasa. Dipasquale era un cincuentón con el cabello completamente blanco pero el bigote negro. Bajito, más bien rechoncho, no levantaba los ojos hacia la persona con quien hablaba, y cuando lo hacía, su mirada era turbia.

—No comprendo por qué primero llama al señor Spitaleri por la historia del árabe y ahora me llama a mí por el chalet de Pizzo.

—Yo no lo he llamado por el chalet de Pizzo.

—Ah, ¿no? Pues entonces, ¿por qué?

—Por la muerte del albañil árabe. ¿Cómo se llamaba?

—No me acuerdo. ¡Pero aquello fue una desgracia! ¡Estaba completamente borracho! Esos beben todos los días a primera hora de la mañana, ¡imagínese siendo sábado! El comisario Lozupone llegó a la conclusión de que...

—Olvídese de las conclusiones de mi compañero y dígame exactamente cómo ocurrieron los hechos.

—Pero si ya se lo expliqué al juez, al comisario...

—No hay dos sin tres.

—Pues bueno. A las cinco y media de aquel sábado terminamos de trabajar y nos fuimos. El lunes por la mañana...

—Alto ahí. ¿No se dieron cuenta de que el árabe no estaba?

—No. ¿Qué quiere que haga, que me ponga a pasar lista?

—¿Quién cierra la obra?

—El vigilante. Filiberto. Filiberto Attanasio.

Pero al entrar ellos en el despacho y sorprender a Spitaleri al teléfono, ¿acaso este no había dicho precisamente ese nombre, Filiberto?

—¿Por qué necesitan un vigilante? ¿No pagan la cuota de protección a la mafia?

—Sí, pero siempre hay algún drogata que...

—Entiendo. ¿Dónde puedo encontrarlo?

—¿A Filiberto? También está de vigilante en la obra donde trabajamos ahora. Y por eso duerme allí.

—¿Al aire libre?

—No, señor; hay una caseta de chapa ondulada.

—Dígame exactamente dónde está la obra.

Dipasquale se lo dijo.

—Continúe.

—¡Pero si ya le he dicho todo lo que sé! El lunes por la mañana lo encontramos muerto. Había caído desde el andamio del tercer piso. Había saltado, borracho como estaba, por encima de la barandilla de protección. ¡Fue una desgracia, se lo digo yo!

—Por ahora, dejémoslo así.

—Entonces ¿puedo irme?

—Dentro de un momento. ¿Usted estaba allí cuando terminaron la obra?

Dipasquale lo miró con extrañeza.

—¡Pero si en la obra de Montelusa todavía no hemos terminado!

—Estoy hablando del chalet de Pizzo.

—Pero ¿no ha dicho que me había llamado por lo del árabe?

—Pues ahora he cambiado de idea. ¿Le parece bien?

—Tiene que parecerme bien a la fuerza.

—Usted sabe, naturalmente, que en Pizzo se construyó todo un piso ilegal, ¿no?

—Pues claro que lo sé. Pero yo obedecía órdenes.

—¿Conoce el significado de la palabra complicidad?

—Lo conozco.

—¿Y qué me dice?

—Le digo que hay complicidad y complicidad. Llamar complicidad al hecho de haber ayudado a alguien a levantar un piso ilegal es como llamar herida mortal al pinchazo de un alfiler.

Hasta le daba por la dialéctica al señor capataz.

—¿Usted se quedó en Pizzo hasta que finalizaron el chalet?

—No. El señor Spitaleri me envió a Fela cuatro días antes de que acabaran para ir a organizar otra obra. Pero ¿sabe?, en Pizzo ya estaba hecho casi todo el trabajo. Solo quedaba por envolver con nailon el piso ilegal y cubrirlo con la tierra arenisca. Era un trabajo fácil, no se necesitaba ningún capataz. Se lo encargué a dos albañiles, aunque ahora no recuerdo cómo se llamaban. Pero tal como le he dicho al señor Spitaleri, eso se puede averiguar mirando...

—Sí, el aparejador ha ido a verlo. Oiga, ¿usted sabe si el señor Speciale se quedó hasta el final de los trabajos?

—Mientras yo estuve allí, él estaba. Y estaba también aquel chalado de su hijastro, el alemán.

—¿Por qué lo llama chalado?

—Porque lo era.

—Dígame qué hacía de raro.

—Era capaz de pasarse una hora haciendo el pino, con la cabeza abajo y los pies arriba. Y comía hierba a cuatro patas como las ovejas.

—¿Solo eso?

—Cuando le entraba la necesidad, se bajaba los pantalones y lo hacía delante de todo el mundo sin ninguna vergüenza.

—Hoy en día hay muchos como él, ¿sabe? Dicen que son amantes de la naturaleza y que por eso... En resumen, no me parece que el alemán hiciera demasiadas locuras.

—Espere. Un día bajó a la playa, era verano y había mucha gente, y se le ocurrió desnudarse delante de todo el mundo y ponerse a perseguir a una chica con toda la polla fuera.

—¿Y cómo acabó la cosa?

—Pues acabó con que dos chicos que estaban por allí lo agarraron y le dieron de hostias.

A lo mejor a Ralf se le había metido en la cabeza que era el fauno de Mallarmè. Pero lo que le estaba diciendo el encargado de obras era muy interesante.

—¿Conoce algún otro episodio de ese tipo?

—Sí, me dijeron que había hecho lo mismo con otra chica que se encontró en el caminito que va desde la carretera provincial a Pizzo.

—¿Qué hizo?

—En cuanto la vio, se quedó en pelotas y se puso a perseguirla.

—¿Y la chica consiguió salvarse?

—Sí, porque justo en aquel momento pasaba con su coche el señor Spitaleri.

¡Justo el hombre necesario en el momento necesario! A Montalbano se le ocurrieron un montón de frases hechas, entre la espada y la pared, del fuego a las brasas... Se enfadó consigo mismo por la obviedad de sus pensamientos.

—Oiga, pero ¿el señor Speciale estaba al corriente del comportamiento de su hijastro?

—¡Cómo no!

—¿Y qué decía?

—Nada. Se echaba a reír. Decía que en Alemania también le daba por esas locuras, pero que era inofensivo. Nos explicó que solo quería besar a las chicas. Pero yo me pregunto: bendito chaval, ¿qué necesidad tienes de quedarte en pelotas si solo quieres besarlas?

—Muy bien, por ahora puede irse. Permanezca a nuestra disposición.

Dipasquale le había ofrecido voluntariamente la cabeza de Ralf, no en bandeja de plata sino de oro. Tanto más que, hasta el momento, el maestro de obras no sabía nada del descubrimiento de la chica muerta. Por eso a Montalbano solo se le planteaba el problema de la elección entre dos maniáticos sexuales: el aparejador Spitaleri y Ralf. Sin embargo, había dos pequeños problemas: que el joven alemán había desaparecido mientras regresaba a Alemania y que Spitaleri, aquel maldito 12 de octubre, se encontraba de viaje.

## 7

Simplemente para pasar el rato mientras esperaba el regreso de Fazio, decidió efectuar una llamada a la Policía Científica.

—Quisiera hablar con el *dottor* Arquà. Soy el comisario Montalbano.

—Permanezca a la espera.

Tuvo tiempo de repasar tranquilamente las tablas del seis, del siete, del ocho y del nueve.

—¿Comisario Montalbano? Lo siento, pero el *dottor* Arquà está muy ocupado en este momento.

—¿Y cuándo se desocupará?

—Le ruega que lo llame dentro de unos diez minutos.

¿Ocupado? Y un cuerno. Aquel grandísimo cabrón quería hacerse de rogar, hacerse valer. Pero ¿hasta qué extremo puede hacerse valer un cabrón? ¿Y aumentar de valor?

Se levantó, salió del despacho y pasó por delante de Catarella.

—Voy a tomarme un café al puerto. Vuelvo enseguida.

Una vez fuera, comprendió que no era el caso. En el aparcamiento el calor era el mismo que hubiera podido experimentar delante del fuego de una chimenea. Tocó la manija de la puerta del coche y se quemó. Soltando maldiciones, volvió a entrar. Catarella primero lo miró perplejo y después consultó el reloj. No comprendía cómo se las había arreglado el comisario para ir a tomar un café al puerto y regresar en tan poco tiempo.

—Catarella, prepárame un café.

—¿Otro, *dottori*? ¿No acaba de tomarse uno ahora? Demasiado café hace daño.

—Tienes razón. Dejémoslo correr.

—Quisiera hablar con el *dottor* Arquà si ya está desocupado. Soy el mismo Montalbano de antes.

—Permanezca a la espera.

Esta vez nada de tablas de multiplicar, sino tristes intentos de cantar primero una melodía que debía de ser de los Rolling Stones y después otra que quizá fuese de los Beatles, pero que eran casi iguales porque él desentonaba bastante.

—¿*Dottor* Montalbano? El *dottor* Arquà está todavía ocupado. Si quiere, puede volver a llamar...

—... dentro de unos diez minutos, comprendo.

Pero ¿sería posible que estuviera perdiendo todo aquel tiempo con un imbécil que seguramente lo estaba pasando en grande haciéndolo esperar? Enrolló dos hojas de papel, hizo una pelota y se la introdujo en la boca. Después se apretó las ventanas de la nariz con una pinza y volvió a marcar el número de la Científica. Habló con un ligero acento toscano.

—Soy el ministro plenipotenciario y supervisor general Gianfilippo Maradona. Páseme urgentemente al *dottor* Arquà.

—Enseguida, excelencia.

Montalbano escupió la pelota de papel y se quitó la pinza de la nariz. Medio minuto después oyó la voz de Arquà.

—Buenos días, excelencia. Dígame.

—Perdona, ¿por qué me llamas excelencia? Soy Montalbano.

—Pero es que me habían dicho...

—Sigue llamándome excelencia, me encanta.

Arquà dejó que transcurrieran unos instantes de silencio. Se notaba que tenía ganas de colgar sin más. Después decidió seguir adelante.

—¿Qué quieres?

—¿Tienes algo que decirme?

—Sí.

—Dímelo.

—Se pide por favor.

—Por favor.

—Pregunta.

—¿Dónde la mataron?

—Donde la encontraron.

—¿Exactamente?

—Al lado de lo que habría sido la puerta cristalera del salón.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo.

—¿Por qué?

—Porque allí se había formado incluso un charco de sangre.

—¿Y en otro lugar?

—Nada.

—¿Solo aquel charco?

—Estrías de arrastre desde el charco hasta cerca del baúl.

—¿Habéis encontrado el arma?

—No.

—¿Huellas dactilares?

—Mil millones.

—¿También en el nailon que envolvía el cuerpo?

—Allí ninguna.

—¿Habéis encontrado alguna otra cosa?

—El rollo de la cinta adhesiva. Era la misma que se utilizó para envolver los marcos de las ventanas.

—¿Allí ninguna huella tampoco?

—Tampoco.

—¿Eso es todo?

—Todo.

—A tomar por culo.

—Lo mismo digo.

Bonito diálogo. Un laconismo, una sequedad dignos de una tragedia de Vittorio Alfieri.

Pero algo por lo menos había quedado claro: que el asesinato había ocurrido forzosamente el último día de trabajo de los albañiles.

En el despacho ya no aguantaba el calor. Se notaba el cerebro convertido en una espesa mermelada en cuyo interior los pensamientos apenas podían circular y a veces se quedaban atascados.

¿Puede un comisario desnudarse de cintura para arriba en su despacho? ¿Había alguna norma que lo prohibiera? No; bastaba con que ningún desconocido entrara de repente.

Se levantó, bajó la persiana de la ventana a través de la cual no entraba el aire sino el calor, cerró los postigos, encendió la luz y se quitó la camisa.

—¡Catarella!

—¡Voy!

Cuando Catarella lo vio, se limitó a decir:

—¡Suerte usted que puede hacerlo!

—Oye, por lo que más quieras, no dejes entrar a nadie sin avisarme primero. Y otra cosa: llama a una tienda donde vendan ventiladores y diles que nos envíen uno: el más grande.

Puesto que Fazio aún no había aparecido, marcó otro número.

—¿Doctor Pasquano? Soy Montalbano.

—¿Me creerá si se lo digo? Ya estaba empezando a echar de menos a alguien que me tocara los cojones.

—¿Ve usted como le he puesto remedio?

—¿Qué coño quiere? —La consabida, refinada y aristocrática amabilidad de Pasquano.

—¿No lo sabe?

—En lo de esa chica trabajaré por la tarde. Llámeme mañana por la mañana.

—¿Esta noche no?

—Esta noche estaré en el Círculo; tengo una partida de póquer muy importante y, por consiguiente, no quiero que vayan a tocarme...



—Entiendo. Pero ¿no ha echado siquiera un vistazo superficial al cuerpo?

—Muy superficial.

Por la forma en que pronunció esa palabra, el comisario comprendió que el doctor había llegado a alguna conclusión. Lo único que había que hacer era tratarlo a su manera.

—Al Círculo iré sobre las nueve, ¿verdad?

—Sí, ¿por qué?

—Porque sobre las diez yo me presento allí con dos agentes y armo tal follón que le fastidio la partida.

Lo oyó soltar una risita.

—Bueno pues, ¿qué me dice?

—Confirmo que podía tener como máximo dieciséis años.

—¿Y qué más?

—El asesino le cortó la garganta.

—¿Con qué?

—Con una de esas navajas de bolsillo que son tan afiladas como una cuchilla de afeitar, tipo Opinel.

—¿Podría decirme si era zurdo?

—Sí, mirando en la bola de cristal de una adivina.

—¿Tan difícil resulta establecerlo?

—Bastante. Y no quiero decir chorradas.

—¡Claro, es que yo digo tantas! Deme la satisfacción de oír una de las tuyas.

—Mire, pero conste que es solo una hipótesis, a mi juicio el asesino no era zurdo.

—¿En qué se basa?

—Me he hecho cierta idea de la posición.

—¿De qué posición?

—¿A usted jamás se le ha ocurrido hojear el *Kamasutra*?

—Explíquese mejor.

—Oiga, vuelvo a insistir en que se trata de una simple suposición mía. El hombre convence a la chica de que lo siga al interior del piso, que prácticamente ya está todo tapado con tierra. En cuanto ella entra, él solo

piensa en dos cosas. Primero en follarla, y segundo, en cuál será el mejor momento para matarla.

—¿O sea que usted cree que se trata de un homicidio premeditado, no de un arrebato o algo por el estilo?

—Yo le estoy exponiendo mi idea.

—Pero ¿por qué querría matarla?

—Quizá antes habían mantenido relaciones y la chica le había pedido mucho dinero para mantener la boca cerrada. Tenga en cuenta que hablamos de una menor de edad, y el hombre puede que estuviera casado. ¿No le parece un buen móvil?

—Efectivamente.

—¿Puedo seguir?

—Pues claro.

—El hombre le pide que se desnude y tal vez él también se queda en pelotas, después la obliga a inclinarse hacia delante con las manos apoyadas en la pared y se la tira por detrás. En el momento apropiado...

—¿La autopsia podrá establecer si hubo una relación sexual?

—¿Después de seis años? Venga ya. Bueno pues, estaba diciendo que en el momento apropiado...

—¿Que sería...?

—Mientras la chica está disfrutando y no puede reaccionar con rapidez.

—Siga.

—Él saca la navaja...

—Alto ahí. ¿De dónde la saca si está en pelotas?

—¡Y qué coño sé yo de dónde la saca! Mire, si continúa interrumpiendo, cambio de historia y le cuento la de *Blancanieves y los siete enanitos*.

—Perdone. Siga.

—El hombre saca la navaja, usted verá de dónde, y la degüella, y mientras le propina un empujón hacia delante, él pega un salto hacia atrás. Espera a que se desangre, después extiende en el suelo una lámina de nailon, allí hay tantas...

—Alto. Antes de coger el nailon se pone unos guantes de látex.

—¿Por qué?

—Porque en el nailon no hay huellas, me lo ha dicho Arquà. Y en la cinta adhesiva tampoco.

—¿Ve como era todo premeditado? ¡Hasta llevaba los guantes en el bolsillo! ¿Sigo?

—Sí.

—Empaqueta el cuerpo y lo coloca en el interior del baúl. Una vez finalizado el trabajo, vuelve a vestirse. Probablemente no tiene ni una sola mancha de sangre en la piel.

—¿Y el vestido, la ropa interior, los zapatos de la chica?

—Hoy las chicas visten muy ligeras. Al hombre debió de bastarle una bolsita de plástico para llevárselo todo.

—Sí, pero ¿por qué se lo llevó y no lo guardó en el interior del baúl?

—No lo sé. Pudo ser un gesto irracional; los asesinos no siempre actúan con lógica, usted lo sabe mejor que yo. ¿Le parece suficiente?

—Sí y no.

—Quizá se trata de un fetichista, que de vez en cuando saca la ropa de la chica, aspira su olor y se hace una buena paja.

—Pero ¿usted cómo ha llegado a esa conclusión?

—¿Se refiere a la paja?

El doctor Pasquano estaba de guasa.

—Me refería a la reconstrucción del momento del homicidio.

—Ah, ¿eso? Examinando bien por dónde y cómo ha entrado la punta del cuchillo y reflexionando acerca de la línea del corte. Entre otras cosas, la chica mantenía la cabeza inclinada, la barbilla le rozaba el pecho, y eso me ha ayudado a comprender cómo fueron las cosas, puesto que el asesino también le arañó la mejilla izquierda mientras le sacaba el cuchillo de la garganta.

—¿Hay alguna señal particular?

—¿Para la identificación? Una operación de apendicitis y una insólita malformación congénita en el pie derecho.

—¿O sea?

—Dedo gordo varo.

—¿En palabras sencillas?

—Torcido. Desviado hacia dentro.

De pronto le acudió a la mente lo que había olvidado hacer de inmediato. Para tranquilizarse, pensó que seguramente no lo había olvidado a causa de la vejez sino del calor, que ejercía el mismo efecto que tres pastillas de somnífero.

—¿Catarella? Ven aquí.

Se presentó un cuarto de segundo después.

—A sus órdenes, *dottori*.

—Vas a hacerme una investigación a través del ordenador.

—Aquí estoy.

—Tienes que comprobar si se presentó una denuncia por la desaparición de una chica de dieciséis años. Si se hizo, ha de remontarse al trece o catorce de octubre de mil novecientos noventa y nueve.

—Ahora mismito lo hago.

—¿Y qué me dices del ventilador?

—*Dottori*, a cuatro tiendas he llamado. Los ventiladores se han agotado. Uno me ha dicho que solo tiene bolas.

—¿Qué bolas?

—Esas que se cuelgan del techo. Ahora pruebo a llamar a otras tiendas.

Esperó aproximadamente media hora, y después, al ver que Fazio no aparecía, se fue a comer. El hecho de subir al coche y efectuar el breve trayecto hasta la *trattoria* bastó para llegar con la camisa empapada de sudor.

—*Dottore* —dijo Enzo—, hace demasiado calor para comer platos calientes.

—¿Pues qué otra cosa tienes?

—¿Le iría bien una bandeja de entremeses de mar con camarones, langostinos, pulpitos, anchoas, sardinas, mejillones y almejas?

—Me va bien. ¿Y de segundo?

—Salmonetes encebollados, que fríos son una maravilla. Y por último, para recrearse la boca, mi mujer ha preparado sorbete de limón.

Ya fuera por el calor o porque la tripa le pesaba demasiado, Montalbano renunció a su habitual paseo por el muelle y se fue a Marinella.

Abrió todas las puertas y ventanas en la vana esperanza de provocar un mínimo de corriente de aire, y se tumbó en cueros sobre la sábana para dormir una hora. Después, cuando despertó, se puso el bañador y fue a darse un chapuzón aun a riesgo de sufrir un corte de digestión.

Se refrescó bien, y nada más entrar en casa experimentó el anhelo de oír la voz de Livia.

¿Qué hacer? Decidió dejar a un lado el orgullo y la llamó.

—Ah, ¿eres tú? —dijo ella, que no pareció ni sorprenderse ni alegrarse. Es más, hablemos claro: estaba más bien antártica.

—¿Qué tal fue el viaje de vuelta?

—Horrendo. Un calor insoportable, se estropeó el aire acondicionado del coche. Y después, cuando nos detuvimos en un restaurante de carretera pasado Grosseto, Bruno desapareció.

—Ese niño es que tiene una vocación...

—Por favor, no empieces a hacerte el gracioso.

—Era una simple constatación. ¿Dónde se había metido?

—Pasamos dos horas buscándolo. Se había escondido en la cabina de un Tir.

—¿Y el conductor?

—No se había dado cuenta de nada, estaba durmiendo. Bueno, tengo que irme.

—¿Adónde?

—Mi primo Massimiliano me espera abajo. Me has encontrado por pura casualidad; he venido a recoger unas cuantas cosas.

—¿Dónde has estado?

—Con Guido y Laura en su villa.

—¿Y ahora te vas?

—Sí, con Massimiliano. Vamos a hacer un pequeño crucero en su barco.

—¿Cuántos seréis?

—Él y yo. Adiós.

—Adiós.

Pero ¿de dónde sacaba el dinero para mantener un yate el bueno del primo Massimiliano, que no trabajaba y se pasaba todo el santo día mirando las musarañas? Habría sido mejor no haber llamado.

Estaba a punto de salir de casa cuando sonó el teléfono.

—¿Diga?

—¡Por si fuera poco, eres un hombre que no respeta la palabra dada!

Era Livia, y estaba claro que tenía ganas de pelea.

—¿Yo?!

—¡Sí, tú!

—¿Puedo saber cuándo no la he respetado?

—Me habías jurado que en verano no se cometen homicidios en Vigàta.

—Pero ¿cómo puedes decir una cosa semejante? ¡Jurado! Debí de decir, como mucho, que con el calor que hace en verano, los que tienen previsto cometer un asesinato prefieren dejarlo para el otoño.

—Pues entonces, ¿cómo es posible que Guido y Laura hayan compartido su cama con la víctima de un homicidio en pleno agosto?

—¡Livia, no seas exagerada! ¡Compartir la cama!

—Bueno, casi.

—Escúchame bien. Ese homicidio se remonta al mes de octubre de hace seis años. ¿Octubre, comprendes? Lo cual significa, entre otras cosas, que mi teoría no era tan descabellada.

—Lo que importa para mí es que, por tu culpa...

—¿Por mi culpa?! Si el querido diablillo de Bruno no hubiera cedido a la tentación de emular a Houdini...

—¿Y ese quién era? —quiso saber Livia.

—Un célebre mago escapista. Si Bruno no hubiera ido a meterse bajo tierra, nadie se habría dado cuenta de que en el piso de abajo había un cadáver, y tus amigos podrían haber seguido disfrutando tranquilamente de sus sueños.

—Eres de un cinismo repugnante.

Y colgó.

Montalbano regresó a la comisaría cuando ya eran casi las seis.

Quería haber ido antes, pero al cruzar la puerta lo azotó una oleada de calor tan tremenda que decidió volver a entrar. Se desnudó, llenó la bañera de agua fría y permaneció dentro una hora.

—¡Ah, *dottori, dottori!* ¡Lo encontré! ¡Hice la identificación!

Catarella, con los brazos separados y los dedos extendidos y separados, se ufanaba como un pavo.

—Ven al despacho.

Catarella lo siguió con una hoja de papel en la mano y una expresión tan radiante que casi parecía oírse en segundo plano la marcha triunfal de *Aida*.

## 8

Montalbano examinó la ficha que Catarella le había imprimido.

MORREALE, Caterina, llamada Rina;  
hija de Giuseppe y de Francesca Dibetta;  
nacida en Vigàta el 3-7-1983;  
domiciliada en Vigàta, via Roma, 42;  
desaparecida el 12 de octubre de 1999;  
denuncia presentada por su padre con fecha del 13 de octubre de 1999.  
Estatura: 1,75.  
Cabello: Rubio.  
Ojos: Azules.  
Complexión: Delgada.  
Señas particulares: Pequeña cicatriz de intervención de apendicitis y dedo gordo del pie varo.

NOTA: Comunicado presentado por la comisaría de policía de Fiacca.

Dejó a un lado la ficha con la foto y apoyó la cabeza entre las manos.

Degollada como un animal cualquiera, ni siquiera con el ritual de una oveja.

Ahora que había visto cómo era la chica, tuvo la certeza, vete tú a saber por qué, de que el doctor Pasquano tenía razón y, al mismo tiempo, estaba equivocado.

Tenía razón en lo que suponía acerca de cómo la habían matado, pero se equivocaba en cuanto al móvil. Pasquano había planteado la hipótesis de un chantaje, pero Rina Morreale, con aquellos ojos tan claros y serenos que tenía, jamás habría sido capaz de hacer chantaje.

Aunque hubiera accedido a hacer el amor con el hombre que más tarde la mataría, ¿era posible que lo hubiese seguido voluntariamente al piso ilegal oculto bajo tierra, al cual se accedía a través de una entrada estrecha e incluso



peligrosa? Por si fuera poco, allí dentro debía de estar muy oscuro. ¿Acaso el asesino llevaba una linterna? Pero ¿es que no había otro sitio mejor? ¿No podían hacerlo dentro del coche? Pizzo era un lugar solitario y no habrían tenido ningún problema.

No; seguramente Rina Morreale había sido obligada por el asesino a entrar en lo que sería su tumba.

Catarella se había puesto a su lado para contemplar la fotografía de la chica. Quizá antes no le había prestado demasiada atención.

—¡Qué guapa era! —murmuró emocionado.

La foto correspondía a las señas particulares y mostraba a una muchacha de insólita belleza, incluso tenía un cuello que parecía pintado por Botticelli.

O sea, que ya no era necesario realizar más investigaciones, solo quedaba avisar a la familia para que alguien se trasladara a Montelusa y efectuara el reconocimiento.

Montalbano sintió que se le encogía el corazón.

—¡Qué guapa era! —repitió en voz baja Catarella.

El comisario levantó la vista y lo sorprendió girado ciento ochenta grados, enjugándose los ojos con la manga del uniforme.

Mejor cambiar inmediatamente de tema.

—¿Ha vuelto Fazio?

—Sí, señor.

—¿Me lo mandas aquí?

Cuando entró, Fazio también sujetaba una hoja de papel.

—Catarella me ha dicho que la chica ha sido identificada. ¿Puedo verla?

Montalbano le entregó la ficha, Fazio la miró y se la devolvió.

—Pobrecita.

—Cuando lo pillemos, porque vamos a pillarlo, eso seguro, le parto la cara —dijo el comisario sin la menor inflexión en la voz. Luego se le ocurrió una idea—. ¿Cómo es posible que los padres de la chica denunciaran la desaparición en la comisaría de Fiacca?

—No lo entiendo, *dottore*, a pesar de que en aquel período se había planteado la cuestión de la interacción entre las distintas comisarías sin claras jurisdicciones territoriales. ¿Recuerda el follón que se armó?

—Vaya si lo recuerdo. Teniendo que encargarnos de todo, no nos encargábamos de nada. En cualquier caso, no olvidemos preguntárselo a los familiares.

—Por cierto, ¿quién los avisa?

—Tú. Pero primero comunícaselo a Tommaseo. Es más, hazlo ahora mismo desde aquí, así nos quitamos este problema de en medio.

Fazio habló con el fiscal, el cual pidió que le enviaran la ficha por correo electrónico. Porque, antes de avisar a la familia, quería hablar con el doctor Pasquano y confirmar la identificación.

—¡Catarella!

—Aquí estoy, *dottori*.

—Ven a recoger la ficha de la chica y envíasela ahora mismo al *dottor* Tommaseo.

Después de que Catarella acudiera a recogerla, Montalbano se lanzó al ataque.

—¿Cómo has tardado toda una mañana en encontrar el nombre de los obreros, Fazio?

—No era yo quien tenía que encontrarlos, *dottori*, sino el aparejador Spitaleri.

—Pero ¿no tienen un ordenador, algún tipo de fichero?

—Lo tienen, pero en el despacho solo conservan los datos de los últimos cinco años, y como el chalet se construyó hace seis...

—¿Y los demás dónde los conservan?

—En casa de la hermana del aparejador, la cual, por su parte, se había ido a Montelusa, y hemos tenido que esperar a que regresara.

—No entiendo por qué guarda esos documentos en casa de su hermana.

—Yo sí.

—Explícamelo.

—Por la Policía Fiscal, *dottore*. En previsión de una repentina visita de la Policía Fiscal. De esta manera, el aparejador tiene tiempo de avisar a su hermana, la cual ya ha sido previamente instruida y sabe qué documentos debe llevar al despacho y cuáles no. ¿Me he explicado?

—Perfectamente.

—Bueno, pues los albañiles que trabajaron... —empezó Fazio.

—Espera. Aún no hemos tenido ocasión de hablar de Spitaleri.

—Por lo que respecta al asesinato de la chica...

—No. De momento quiero hablar del Spitaleri especulador inmobiliario. No del Spitaleri aficionado a las jovencitas menores de edad, que de ese hablaremos después. ¿Qué te ha parecido?

—*Dottore*, ese se encuentra en una situación muy complicada. Cuando inventamos que la autopsia no había revelado alcohol en la sangre del árabe sino solo en su ropa, él no se movió y no dijo ni pío. En cambio, habría debido sorprenderse o decir que no podía ser cierto.

—O sea, que al pobre árabe lo empaparon de vino cuando ya había muerto para que pareciera borracho.

—¿Usía cómo cree que ocurrieron las cosas?

—Mientras tú estabas con Spitaleri convoqué aquí al maestro de obras Dipasquale y lo interrogué. En mi opinión, el árabe se cayó de un andamio sin barandilla de protección y ningún compañero se dio cuenta. Quizá estaba trabajando solo en un lugar apartado de la obra. El vigilante, que se llama Filiberto Attanasio, lo descubre cuando todos los demás ya se han ido y llama a Dipasquale, que a su vez se lo comunica a Spitaleri. ¿Qué te pasa? ¿Me escuchas o no?

Fazio estaba pensativo.

—¿Cómo ha dicho que se llama el vigilante?

—Filiberto Attanasio.

—¿Me disculpa un momento?

Se levantó, se retiró y regresó al cabo de cinco minutos con una ficha en la mano.

—Lo recordaba muy bien.

Le entregó la ficha a Montalbano. Filiberto Attanasio había sido condenado varias veces por hurto, actos de violencia con circunstancias agravantes, intento de homicidio y atraco. La fotografía mostraba a un hombre de cincuenta y tantos años, de nariz desproporcionadamente grande y sin un solo pelo en la cabeza. Estaba clasificado como delincuente habitual.

—Es bueno saberlo —comentó el comisario. Y añadió—: Avisados por el vigilante, Spitaleri y Dipasquale acuden a la obra, ven la situación y deciden protegerse las espaldas colocando, con las primeras luces del alba del

domingo, la barandilla de protección que antes no había. Luego vierten vino sobre el cadáver y se marchan a dormir. A la mañana siguiente, con la ayuda del vigilante, notifican lo sucedido.

—Y el comisario Lozupone pica el anzuelo.

—¿Tú lo crees? ¿Conoces a Lozupone?

—No, señor. Pero sé muy bien quién es.

—Yo lo conozco desde hace tiempo. No...

Sonó el teléfono.

—¿*Dottori*? Está al *tilífono* el fiscal Dommaseo que quiere hablar con usted personalmente en *pirsona*.

—Pásamelo.

—¿Tommaseo? Montalbano.

El fiscal se desorientó.

—Quería decirle... ah, bueno... He visto la fotografía de la ficha. ¡Qué belleza de muchacha!

—Ya.

—¡Violada y degollada!

—¿Le ha dicho el doctor Pasquano que la violaron?

—No; solo me ha dicho que la degollaron. Pero que la violaron yo lo adivino intuitivamente. Es más, estoy seguro.

¡Había que imaginar el cerebro de Tommaseo trabajando a pleno rendimiento en la representación de los más mínimos detalles de la violación!

Y entonces a Montalbano se le ocurrió una genial idea que quizá podría ahorrarle a él o a Fazio la obligación de comunicar la trágica noticia a los familiares de la víctima.

—¿Sabe, *dottor* Tommaseo? Parece que la chica asesinada tiene una hermana gemela, por lo menos eso me han dicho, mucho más guapa que la difunta.

—¿Todavía más guapa?

—Parece que sí.

—Por consiguiente, esa gemela ahora debe de tener veintidós años.

—Salen las cuentas.

Fazio lo estaba mirando perplejo. Pero ¿qué embuste se había inventado el comisario?

Hubo una pausa. Seguro que el fiscal, examinando la ficha con ojos desorbitados, se estaba relamiendo los bigotes de gusto ante la idea de conocer a la hermana gemela. Después habló.

—¿Sabe qué le digo, Montalbano? Que mejor que sea yo personalmente quien les comunique a los familiares... dada la tierna edad de la víctima... la especial brutalidad...

—Tiene toda la razón, *dottore*. ¡Usted es un hombre de gran comprensión humana! ¿O sea que ya se encargará usted de comunicar la noticia a los familiares?

—Sí. Me parece más apropiado.

Se despidieron y colgaron. Fazio, que había comprendido el juego del comisario, se echó a reír.

—Pero este en cuanto oye hablar de una mujer...

—No le hagas caso. Acudirá a toda prisa a casa de los Morreale con la esperanza de ver a la hermana gemela que no existe. ¿Qué te estaba diciendo?

—Me estaba hablando del *dottor* Lozupone.

—Ah, sí. Lozupone es un hombre experto e inteligente que sabe vivir tranquilo.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que muy probablemente Lozupone debió de pensar lo mismo que nosotros, o sea, que la barandilla de protección la colocaron después de la desgracia, pero lo dejó correr.

—¿Y eso por qué?

—Quizá le aconsejaron que se atuviera a lo que le habían dicho Dipasquale y Spitaleri. Pero es difícil que consigamos saber quién le dio el consejo en jefatura o bien en el Palacio de la llamada Justicia.

—Bueno, cierta idea sí se puede tener.

—¿Cómo?

—*Dottore*, usía me ha dicho que conoce bien a Lozupone. Pero ¿sabe con quién está casado?

—No.

—Con la hija del *dottor* Lattes.

Como noticia no estaba mal.

El *dottor* Lattes, jefe de gabinete del jefe superior de policía, apodado Latte e Miele, «leche y miel», por su empalagosidad, hombre de iglesia y oración, ¡hombre que jamás pronunciaba una palabra sin haberla untado previamente con vaselina y que daba constantemente las gracias a la Virgen tanto si venía a cuento como si no!

—¿Y sabe quién apoya políticamente al cuñado de Spitaleri?

—¿Al alcalde? El alcalde Alessandro pertenece al mismo partido que el presidente de la región, que por cierto es el mismo partido del *dottor* Lattes, y es el gran elector del honorable diputado Catapano, lo cual es mucho decir.

Gerardo Catapano era un hombre que había sido capaz de mantener buenas relaciones tanto con los Cuffaro como con los Sinagra, las dos familias mafiosas de Vigàta.

Por espacio de un instante, Montalbano se desanimó. ¿Sería posible que las cosas no cambiaran jamás? Pírilí-pírilá, las cosas siempre acababan entre parentescos peligrosos, relaciones entre mafia y política, entre mafia y empresariado, entre política y bancos de blanqueo y usura...

¡Qué baile tan obsceno! ¡Qué bosque petrificado de corrupción, estafas, negocios sucios, indignidades, especulación!

Se imaginó un posible diálogo:

—Mira bien cómo te mueves porque X, que es hombre del honorable diputado Y y es yerno de K, que es hombre del mafioso Z, mantiene excelentes relaciones con el honorable H.

—Pero ¿el honorable H no está en la oposición?

—Sí, pero da igual.

¿Qué decía el padre Dante?

*¡Ay sierva Italia de dolor morada,  
barca sin timón en la tormenta,  
no señora de provincias sino de mancebía!*

Italia seguía siendo sierva como mínimo de dos amos, Estados Unidos y la Iglesia, y la tormenta se había convertido en algo cotidiano por culpa de un timonel que mejor perderlo de vista cuanto antes. Claro que las provincias de las cuales Italia era señora superaban ahora el centenar, pero, en compensación, la mancebía también se había multiplicado de manera exponencial.

—Bueno pues, los seis albañiles... —dijo Fazio, siguiendo con el tema.

—Espera. ¿Tienes algo que hacer esta noche?

—No, señor.

—¿Te importaría ir conmigo a Montelusa?

—¿A hacer qué?

—A charlar un ratito con Filiberto el vigilante. Sé dónde está la obra, me lo ha explicado Dipasquale.

—Yo creo que usía quiere hacerle daño a ese Spitaleri.

—Lo has adivinado.

—Pues claro que voy con usted.

—Bueno, ¿me dices de una vez el nombre de esos albañiles o no?

Fazio lo miró con mala cara.

—*Dottore*, hace una hora que lo estoy intentando.

Desdobló la hoja.

—Los nombres de los obreros son estos: Antonio Dalli Cardillo, Ermete Smecca, Ignazio Butera, Antonio Passalacqua, Stefano Fiorillo y Gaspare Miccichè. Cardillo y Miccichè son los dos que trabajaron hasta el último día, los que cubrieron el piso ilegal.

—Si te hago una pregunta, ¿me contestarás con la verdad?

—Lo intentaré.

—¿Has ido a buscar los datos completos de todos estos hombres?

Fazio se ruborizó ligeramente. No sabía resistirse a su «manía del registro civil», tal como la llamaba el comisario.

—Sí, señor *dottore*. Pero no se los he leído.

—No me los has leído porque no has tenido valor. ¿Has averiguado si trabajan y dónde?

—Claro. Actualmente están trabajando en las cuatro obras que tiene el aparejador.

—¿Cuatro?

—Sí, señor. Y dentro de cinco días empieza otra. Con las influencias que tiene tanto políticas como mafiosas, ¡imagínese si a ese le va a faltar trabajo! En resumen, Spitaleri me ha dicho que prefiere tener siempre a los mismos obreros.

—Exceptuando algún que otro árabe de paso que se puede arrojar al cubo de la basura sin demasiados problemas. ¿Cardillo y Miccichè trabajan en la obra de Montelusa?

—No, señor.

—Mejor así. Tú a esos dos me los convocas para mañana por la mañana, uno a las diez y el otro al mediodía, en vista de que esta noche quizá nos retrasemos. No aceptes excusas. En caso necesario, amenázalos.

—Ahora mismo me ocupo de eso.

—Muy bien. Yo me voy a casa. Nos vemos aquí a las doce de la noche y después nos vamos a Montelusa.

—De acuerdo. ¿Me pongo el uniforme?

—Ni se te ocurra. Ese, si nos cree unos delincuentes, mejor.

En Marinella, sentado en la galería, le pareció notar un poco de fresco, pero era más bien una hipótesis de frescor, pues ni el mar ni el aire se movían.

Adelina le había preparado una *pappanozza*. Cebollas y patatas hervidas un buen rato y después colocadas en un plato y aplastadas con la parte convexa de un tenedor hasta convertirlas en una espesa mezcla. Condimento: aceite, una pizca de vinagre, sal y pimienta negra molida al momento. No comió otra cosa, quería mantenerse ligero.

Después estuvo leyendo hasta las once de la noche una estupenda novela policíaca de dos autores suecos que eran marido y mujer, y en la cual no había ni una sola página que no contuviera un despiadado ataque a la socialdemocracia y el gobierno. Montalbano lo dedicó mentalmente a todos aquellos que no se dignaban leer novelas policíacas por considerarlas un mero pasatiempo repleto de enigmas.

A las once encendió el televisor. Hablando del rey de Roma: Telegata estaba mostrando al honorable Gerardo Catapano inaugurando la nueva perrera municipal de Montelusa.

Apagó, se refrescó bien la cara en el lavabo y salió de casa.



Llegó a la comisaría a las doce menos cuarto de la noche. Fazio ya estaba allí. Ambos vestían chaqueta ligera y camisa de manga corta. Se miraron sonriendo porque los dos habían pensado lo mismo. Alguien que conserva la chaqueta puesta en medio de tanto calor no tiene más remedio que despertar inquietud, porque en el noventa y nueve por ciento de los casos la chaqueta sirve para ocultar el revólver que lleva remetido en la cintura o guardado en el bolsillo.

Y, en efecto, ambos iban armados.

—¿Vamos con el suyo o con el mío?

—Con el tuyo.

Tardaron media hora escasa en llegar a la obra, que estaba en la misma Montelusa, por la parte de la vieja estación.

Aparcaron y bajaron. La obra estaba protegida por una empalizada de madera de casi dos metros de altura, con una gran verja cerrada.

—¿Recuerda lo que había aquí? —preguntó Fazio.

—No.

—El palacete Linares.

Montalbano lo recordó. Una pequeña joya de la segunda mitad del siglo XIX que los Linares, ricos comerciantes de azufre, habían encargado al famoso arquitecto Basile, el del teatro Massimo de Palermo. Más tarde los Linares se arruinaron, y con ellos el palacete. En lugar de restaurarlo, se les había ocurrido derribarlo y construir en su lugar un edificio de ocho pisos. ¡Ah, la dureza de la ley de protección de los bienes culturales!

Se acercaron a la verja de madera y miraron entre los barrotes, pero no vieron luz.

Fazio la empujó despacio tres veces seguidas.

—Está cerrada por dentro con una tranca.

—¿Te atreves a encaramarte y abrir?

—Sí, señor. Pero no por aquí, pues podría pasar algún coche. Entro por la parte de atrás, encaramándome a la empalizada. Usía me espera aquí.

—Ten cuidado, que podría haber un perro.

—No creo; ya habría ladrado.

Tuvo tiempo de fumarse un cigarrillo antes de que en la verja se abriera un resquicio suficiente para permitirle pasar.

## 9

Dentro estaba completamente oscuro, pero a mano derecha se distinguía una barraca.

—Voy por la linterna —dijo Fazio.

Ya de regreso, volvió a cerrar la verja y encendió la linterna. Se acercaron cautelosamente a la puerta de la barraca y advirtieron que estaba entreabierta. Era obvio que, con el calor que hacía, Filiberto no aguantaba permanecer allí dentro con la puerta cerrada. Ahora se le oía roncar a lo bestia.

—No debemos darle tiempo de reflexionar —murmuró Montalbano al oído de Fazio—. No encendamos las luces, solo utilizaremos la linterna. Tenemos que pegarle un susto de muerte.

Entraron de puntillas. En el interior de la barraca había un pestazo a sudor y un olor a vino que emborrachaba de solo respirarlo. Filiberto estaba tumbado en calzoncillos en un catre de campaña. Era el mismo hombre de la fotografía de la ficha personal.

Fazio lo recorrió todo con el haz de la linterna. La ropa del vigilante estaba colgada de un clavo. Había una mesa, dos sillas, una palangana esmaltada encima de un trípode de hierro, y una jarra. Montalbano la cogió y la olfateó: agua. Llenó sin hacer ruido la palangana, la sujetó con ambas manos, se acercó al catre y arrojó violentamente el agua sobre la cara de Filiberto. Este abrió los ojos, volvió a cerrarlos deslumbrado por la linterna de Fazio y los abrió de nuevo, haciendo visera con una mano para protegerse la vista.

—¿Qui... qui...?

—Quiquiriquí —dijo Montalbano—. No te muevas.

Y con el rayo de luz se iluminó la pistola. Instintivamente, Filiberto levantó las manos.

—¿Tienes móvil?

—Sí.

—¿Dónde?

—En la chaqueta.

La que colgaba del clavo. El comisario sacó el móvil, lo arrojó al suelo y lo descacharró pisoteándolo. Filiberto hizo acopio de valor para preguntar:

—¿Quiénes sois?

—Amigos, Filibè. Levántate.

El vigilante obedeció.

—Date la vuelta.

Filiberto, cuyas manos temblaban ahora ligeramente, se giró de espaldas.

—Pero ¿qué queréis de mí? ¡Spitaleri siempre ha pagado la cuota!

—¡A callar! —ordenó Montalbano—. Santíguate. —Y amartilló el arma.

Al oír el seco ruido metálico, Filiberto cayó de rodillas como si tuviera piernas de requesón.

—¡Por favor! ¡Yo no he hecho nada! ¿Por qué queréis matarme? —sollozó.

Fazio le propinó un puntapié en la espalda y lo hizo caer hacia delante. Montalbano le apoyó la boca de la pistola en la nuca.

—Escúchame bien... —empezó. Pero se interrumpió—. O está muerto o se ha desmayado.

Se agachó para tocarle la vena del cuello.

—Se ha desmayado. Colócalo en una silla.

Fazio le pasó la linterna al comisario, sujetó al vigilante por las axilas y lo sentó. Pero tuvo que sostenerlo, porque se caía hacia un lado. Repararon en que tenía los calzoncillos mojados: se había orinado encima de miedo. Montalbano se acercó y le arreó un guantazo que lo obligó a abrir los ojos. Filiberto parpadeó desconcertado y volvió a echarse a llorar.

—¡No me matéis, por el amor de Dios!

—Si contestas a mis preguntas, salvarás la vida —dijo Montalbano, acercándole la pistola a la cara.

—Contesto, contesto ahora mismo.

—Cuando cayó el árabe, ¿había barandilla de protección?

—¿Qué árabe?

Montalbano le encañonó la frente.

—Cuando cayó el albañil árabe...

—Ah, sí, no, no, señor, no había.

—¿La colocasteis el domingo por la mañana?

—Sí, señor.

—¿Tú, Spitaleri y Dipasquale?

—Sí, señor.

—¿A quién se le ocurrió echarle vino encima al muerto?

—A Spitaleri.

—Ahora procura no meter la pata al contestar. ¿El material para la barandilla de protección ya estaba en la obra?

La pregunta era fundamental para Montalbano. La respuesta que le diese Filiberto sería decisiva.

—No, señor. Spitaleri la encargó y me la llevaron a la obra a las tantas de la madrugada del domingo.

Era la mejor respuesta que podría haber recibido el comisario.

—¿Qué empresa la sirvió?

—La Ribaudó.

—¿Firmaste el recibo?

—Sí, señor.

Montalbano se felicitó a sí mismo. No solo había acertado de lleno, sino que además había averiguado lo que quería.

Ahora habría que hacer un poco de comedia para uso y consumo del aparejador Spitaleri.

—¿Por qué no recurristeis a la empresa Milluso?

—¡Y yo qué sé!

—Mira que se lo hemos dicho una y mil veces a Spitaleri. ¡Utiliza los servicios de Milluso! ¡Utiliza los servicios de Milluso! Pero él, nada. Quiere pasarse de listo con nosotros. No quiere entenderlo. Y ahora nosotros te matamos a ver si por fin lo comprende.

Bajo los efectos de la desesperación, Filiberto se levantó de un salto. Pero no tuvo tiempo de nada más. A su espalda Fazio le propinó un golpe en la nuca con el canto de la mano.

El vigilante se desplomó y se quedó inmóvil.

Salieron corriendo, abrieron la verja y subieron al coche; mientras Fazio lo ponía en marcha, Montalbano dijo:

—¿Ves como a las buenas se consigue todo?

Después ya no dijo nada más.

Mientras se dirigían a Vigàta, Fazio comentó:

—¡Parecía una película americana de verdad! —Y al ver que el comisario permanecía en silencio, preguntó—: ¿Está echando la cuenta de todos los delitos que hemos cometido?

—En eso mejor no pensar.

—¿No está contento con las respuestas de Filiberto?

—Al contrario.

—Pues entonces, ¿qué le ocurre?

—No me gusta lo que he hecho.

—Estoy seguro de que no nos ha reconocido.

—Fazio, no digo que nos hayamos equivocado, digo que no me ha gustado.

—¿Nuestra manera de tratar a Filiberto?

—Sí.

—¡Pero, *dottore*, si es un delincuente!

—Y nosotros no.

—Si no lo hubiéramos hecho así, ese no hablaba.

—No es una buena razón.

—¿Qué quiere, que regresemos y le pidamos perdón?

Montalbano no contestó. Al cabo de un rato, Fazio dijo:

—Lo siento.

—¡Quita, hombre!

—¿Usía cree que Spitaleri se va a tragar la historia de que nos enviaron para favorecer a la empresa Milluso?

—Tardará dos o tres días en comprender que la empresa Milluso no tiene nada que ver. Pero esos dos o tres días de ventaja son suficientes para mí.

—Hay algo que no me convence.

—Dilo.

—¿Por qué Spitaleri, para el material de la barandilla de protección, se dirigió a la empresa Ribaudó y no lo cogió de otra de sus obras?

—Tendrían que haber participado otras personas de las otras obras. Y Spitaleri debió de pensar que cuantas menos personas lo supieran, mejor. Se ve que la empresa Ribaudó es de confianza.

Durante la noche, y contrariamente a lo que él temía, la conciencia de Montalbano prefirió descansar. Por cuyo motivo el comisario despertó de las cinco horas de reparador sueño como si hubiera dormido diez. El día despejado lo puso de buen humor. Pero ya de buena mañana el aire era muy caliente.

En cuanto llegó a su despacho, llamó a Alberto Laganà, el comandante de la Policía Fiscal que tantas veces le había echado una mano.

—¿Comisario? ¡Qué sorpresa tan agradable! ¿Qué me cuenta de bueno?

—De malo, por desgracia.

—Cuéntemelo de todos modos.

—¿Usted conoce la empresa Ribaudó de Vigàta, que sirve material a las obras?

Laganà soltó una carcajada.

—¡Vaya si la conocemos! Materiales entregados sin factura, fraude del IVA, manipulación de los libros de contabilidad... Y tenemos intención de renovar nuestra amistad dentro de unos días.

Menudo golpe de suerte.

—¿Cuándo, exactamente?

—Dentro de tres días.

—¿No podría adelantarse a mañana?

—¡Pero mañana es quince de agosto! ¿Qué le interesa?

Montalbano se lo explicó. Y le dijo también lo que quería.

—Espero conseguirlo para pasado mañana —concluyó Laganà.

—¿*Dottori*? Hay uno que se llama Falli Fardillo que dice que usía lo *convicó* para esta mañana a las diez.

—¿Tú tienes la ficha de la chica asesinada?

—Sí, *signor*.

—Tráemela. Después le dices a Fazio que acuda a mi despacho y luego haces pasar a ese señor.

Como cabía esperar, primero Catarella hizo pasar a Dalli Cardillo, después fue por la ficha y, al final, fue a avisar a Fazio.

Dalli Cardillo era un cincuentón rechoncho, con cabello corto sin una sola hebra de plata, moreno de piel y con unos bigotes como los que se llevaban en Turquía en el siglo XIX. Estaba nervioso y se veía.

Pero ¿quién no se pone nervioso si lo convocan sin explicaciones en una comisaría? Un momento. ¿Sin explicaciones? ¿Sería posible que Spitaleri no le hubiera dicho aún cómo tenía que comportarse?

—Señor Cardillo, ¿el aparejador Spitaleri le comunicó el motivo de su convocatoria aquí?

—No, señor.

A Montalbano le pareció que era sincero.

—¿Recuerda que usted, hace seis años, trabajó en una obra de Spitaleri construyendo un chalet en la urbanización de Pizzo en Marina di Montereale?

Al oír la pregunta, el albañil pareció tan aliviado que hasta se permitió el lujo de esbozar una sonrisita.

—¿Han descubierto el piso ilegal?

—Sí.

—Yo hice lo que el aparejador me mandó.

—No le estoy echando la culpa de nada. Quiero averiguar algunos datos a través de usted.

—Si es por eso, estoy a su disposición.

—¿Fue usted quien, con su compañero Gaspere Micciché, cubrió con tierra arenisca el piso de abajo?

—Sí, señor.

—¿Trabajaron en todo momento juntos?

—No, señor. Yo aquel día terminé antes y Micciché siguió trabajando solo.

—¿Por qué terminó usted primero?

—Porque así lo había ordenado Spitaleri.

—Pero ¿Spitaleri no se había ido ya?

—Sí, señor, pero nos lo había dicho la víspera, antes de irse.

—¿Querría explicarme cómo hacían para entrar y salir del piso de abajo?

—Habíamos construido una especie de galería de tabloncillos, una especie de pasarela cubierta e inclinada como las de los barcos. Ya estaba medio tapada por arriba con la tierra arenisca. Terminaba en una ventana situada al lado del cuarto de baño más pequeño.

La ventana a través de la cual se había caído Bruno.

—¿Qué altura tenía la galería?

—Era baja. De unos ochenta centímetros. Había que agacharse.

—Tengo una curiosidad. ¿Qué necesidad tenían ustedes de la galería?

—Spitaleri nos dijo que la hiciéramos. Quería que el maestro de obras comprobara si la presión de la tierra arenisca podía causar daños en el interior, como filtraciones de humedad y cosas por el estilo.

—¿El maestro de obras era Dipasquale?

—Sí, señor.

—¿Y acudió para comprobarlo?

—Sí, señor. Al final del primer día. Pero nos dijo que siguiéramos adelante porque todo estaba en regla.

—¿Pasó también por allí el último día? —preguntó Fazio.

—Por la mañana, mientras yo estuve, no pasó. Quizá pasara por la tarde, pero eso tienen que preguntárselo a Micciché.

—Todavía no me ha explicado por qué se fue usted primero.

—Porque ya quedaba muy poco que hacer. Tapiar la ventana con las tablas de madera y el nailon, desmontar la pasarela y aplanar la tierra arenisca.

—¿Observó si en el salón había un baúl?

—Sí, señor. Lo había mandado trasladar abajo el propietario, que ahora no recuerdo el nombre, a mí y a otro que se llama Smecca.

—¿Estaba vacío?

—Completamente.

—Muy bien pues; gracias, ya puede retirarse.

Dalli Cardillo no podía creerlo.

—¡Buenos días a todos!



Y se largó corriendo.

—Fazio, ¿sabes por qué Spitaleri no lo ha avisado ni le ha dado instrucciones? —preguntó Montalbano.

—No, señor.

—Porque el aparejador es muy listo. Sabe que Cardillo no está al corriente del descubrimiento del cadáver. Y por eso cree que es mejor que se presente sin nada que ocultar.

Gaspare Miccichè era un cuarentón pelirrojo de aproximadamente un metro cuarenta de estatura. Tenía los brazos larguísimos y las piernas torcidas. Parecía un mono. Seguramente Darwin, de haberlo visto, lo habría abrazado de alegría. Seguro que en la galería de madera Miccichè podía entrar casi de pie. Él también estaba nerviosillo.

—Me están haciendo perder una mañana de trabajo.

—Señor Miccichè, ¿tiene idea de por qué lo hemos convocado?

—No la tengo; lo sé porque Spitaleri me ha hablado de eso antes de venir aquí. Es por aquella chorrada del apartamento ilegal.

—¿El aparejador no le ha dicho nada más?

—¿Por qué? ¿Hay alguna otra cosa?

—Oiga, aquel doce de octubre, que fue el último día de trabajo, ¿a qué hora terminó usted?

—No fue el último día. Yo regresé al día siguiente.

—¿Para hacer qué?

—Lo que no había hecho la tarde anterior.

—Explíquese mejor.

—Aquella tarde, cuando yo había reanudado el trabajo, llegó Dipasquale, el capataz, y me dijo que no desmontara la galería.

—¿Y eso por qué?

—Dijo que era mejor que esperáramos un día más para ver si había alguna filtración. Y también me dijo que el propietario quería pasar por la tarde para asegurarse él también.

—¿Y usted qué hizo?

—¿Qué iba a hacer? Me fui.

—Siga.

—Por la noche... debían de ser algo más de las nueve, me telefoneó Dipasquale y me dijo que a la mañana siguiente ya podía quitar la galería. Fui, tapié la ventana con las tablas, la cubrí con nailon y desmonté la galería. Acababa de empezar a nivelar la tierra arenisca cuando llegaron tres de la cuadrilla.

—¿Qué cuadrilla?

—La que tenía que retirar la empalizada de la obra. Después yo di dos vueltas alrededor del chalet con la niveladora y...

—¿Qué es una niveladora? —preguntó Fazio.

—Una máquina como la que se usa cuando se construyen carreteras.

—¿Una apisonadora?

—Sí, señor, pero más pequeña. Cuando terminé, me fui a casa.

—¿Con la niveladora?

—No, señor; tenían que llevársela en el camión los de la cuadrilla.

—¿Recuerda si la mañana del día trece tuvo usted ocasión de entrar en el apartamento ilegal?

—Spitaleri también me hizo esa misma pregunta. No, señor, no entré porque no tenía ningún motivo para entrar.

Si hubiera entrado, habría tenido que ver por lo menos el charco de sangre en el salón. Pero parecía sincero.

—¿Vio que había un baúl?

—Sí, señor. Lo había mandado llevar...

—Sí, el señor Speciale. ¿Lo abrió?

—¿El baúl? No. Estaba vacío. ¿Para qué iba a abrirlo?

Sin contestarle, Montalbano tomó la ficha, le dio la vuelta y se la entregó.

Miccichè contempló la fotografía de la chica asesinada, leyó el dato de la desaparición y le devolvió la ficha al comisario. Estaba sorprendido.

—¿Y esto qué tiene que ver?

Fue Fazio quien habló:

—Si usted hubiera abierto el baúl la mañana del día trece, la habría encontrado dentro. Degollada y envuelta como un paquete.

La reacción de Miccichè no fue la que ellos esperaban.

Se levantó de un brinco con la cara morada, los puños cerrados y los dientes al descubierto, la boca entreabierto. Un animal salvaje. Montalbano temió que pegara un brinco y se subiera al escritorio.

—¡Maricón hijo de la gran puta!

—¿Quién?

—¡Spitaleri! ¡Lo sabía y no me dijo nada! ¡Por su manera de hablar, yo tendría que haber comprendido que quería meterme en un lío!

—Siéntese y tranquilícese. ¿Por qué, según usted, Spitaleri pretendía meterlo en un lío?

—¡Para que pareciese que era yo el que había matado a esa chica! ¡Yo, cuando me fui, dejé a Dipasquale en Pizzo! ¡Y de toda esta historia no sé nada de nada!

—¿Usted vio alguna vez a esta chica en las inmediaciones de la obra?

—¡Jamás!

—Cuando dejó el trabajo el día doce por la tarde, ¿recuerda lo que hizo?

—¿Cómo voy a acordarme? ¡Son cosas de hace seis años!

—Haga un esfuerzo, señor Micciché. En su propio interés —pidió Fazio.

Micciché se vio asaltado por otro arrebato de rabia. Volvió a levantarse de un salto y, antes de que Fazio pudiera sujetarlo, pegó una carrerilla y se dio un fuerte cabezazo contra la puerta cerrada del despacho. Mientras Fazio lo obligaba a sentarse a la fuerza, se abrió la puerta y apareció perplejo Catarella.

—*Dottori*, ¿me ha llamado?

## 10

Fazio y Montalbano tuvieron que echar mano de palabras alternadas con empujones, gestos de apaciguamiento y chirrido de esposas para calmar a la bestia desatada. Después, Micciché, que desde hacía cinco minutos permanecía inmóvil con la cabeza entre las manos, concentrado en su intento de recordar, empezó a decir en voz baja:

—Espere... Espere...

—El golpe le está haciendo recuperar la memoria —le susurró el comisario a Fazio.

—Espere... Me parece que fue el mismo día que... Sí... Sí...

Volvió a levantarse de un salto, pero tanto Montalbano como Fazio se apresuraron a echársele encima e inmovilizarlo. A esas alturas, ya habían aprendido la técnica.

—¡Pero si yo solo quería llamar a mi mujer!

—Si es por eso... —dijo el comisario.

Fazio le alargó el teléfono. Micciché marcó un número, pero estaba demasiado nervioso y se equivocó, le contestó una charcutería, marcó otra vez y volvió a equivocarse.

—Se lo marco yo —se ofreció Fazio.

Micciché le dio el número, sosteniendo el auricular en la mano.

—¿Carmelina? Soy yo. ¿Recuerdas que hace seis años nuestro hijo Michilino se rompió una pierna? No te preocupes de por qué te lo pregunto, contesta sí o no. ¿Lo recuerdas? ¿No recuerdas si fue hace seis años? Piénsalo bien. ¿Fue hace seis años? ¿Sí? ¿Y no ocurrió un doce de octubre? ¿Sí?

Colgó.

—Ahora lo voy recordando todo. Como había regresado a casa temprano, me tumbé en la cama y me quedé dormido. Después me despertó Carmelina llorando. Michilino había caído con la bicicleta y se había roto la pierna. Lo llevé al hospital de Montelusa. Mi mujer me acompañó. Nos quedamos en el hospital hasta la noche. Pueden comprobarlo.

—Es lo que vamos a hacer —aseguró Fazio.

Intercambió una mirada con Montalbano.

—Usted por ahora ya puede irse —dijo el comisario.

—Gracias. ¡Voy a romperle la cara a Spitaleri, aun a costa de perder el trabajo!

Y abandonó el despacho enseñando los dientes.

—Parece recién escapado de una jaula del zoo —comentó Fazio.

—¿Por qué, en tu opinión, el aparejador no le dijo nada del homicidio? —preguntó el comisario.

—Porque está claro que Spitaleri, que ya se había ido, no podía saber que el hijo de Micciché se había roto una pierna. Estaba convencido de que no tenía ninguna coartada.

—En resumen, Micciché lo ha comprendido muy bien: Spitaleri quería liarlo. Pero la pregunta es: ¿por qué?

—Quizá piensa que en el asunto puede estar implicado Dipasquale. Y a Spitaleri le interesa más Dipasquale, que debe de saber un montón de cosas acerca de él, que un pobre desgraciado como Micciché.

—Ya.

—¿Qué hago? ¿Vuelvo a convocar a Dipasquale?

—¿Acaso tienes alguna duda al respecto?

Y de esa manera, el capataz también acabó formando parte de la partida.

Antes de irse a comer a la *trattoria* de Enzo, el comisario se detuvo delante del trastero de Catarella, que al verlo se cuadró de inmediato.

—¡Descanse! ¿Cómo ha acabado la historia de los ventiladores?

—No hay, *dottori*. Ni siquiera en Montelusa. Dicen que llegarán dentro de tres o cuatro días.

—Justo el tiempo necesario para asarnos al punto.

Catarella acompañó a Montalbano a la salida y se quedó mirándolo.

El calor que brotó del interior del vehículo en cuanto abrió la portezuela le quitó el valor de subir. Quizá fuera mejor ir a pie hasta la *trattoria* de Enzo, a un cuarto de hora de camino, naturalmente por la acera de la sombra.

—*Dottori*, pero ¿qué hace? ¿Se va a pie?

—Sí.

—Espere un momento.

Catarella entró en la comisaría y salió agitando una gorrita verde con una visera de jugador de béisbol. Se la ofreció.

—Póngase *isto*, que *li* protegerá la cabeza.

—¡Pero, hombre, por Dios!

—¡*Dottori*, que si pilla una *insulación*...!

—Mejor una insolación que parecer uno de esos que van a las concentraciones nacionalistas de la Liga Norte en Pontida.

—¿Uno *qui va adónde, dottori*?

—Déjalo.

Cuando llevaba unos cinco minutos caminando con la cabeza gacha, oyó una voz:

—¿Tú comprar?

Levantó los ojos. Era un árabe que vendía gafas de sol, sombreros de paja y trajes de baño. Pero el hombre sostenía a la altura de la cara un artilugio que llamó la atención del comisario: una especie de pequeño ventilador de bolsillo que debía de funcionar con pilas.

—Dame eso —le dijo, señalándolo.

—Eso es mío de mí.

—¿No tienes otro?

—No.

—Venga, ¿cuánto quieres por él?

—Cincuenta euros.

Bueno, cincuenta euros debía de ser mucho.

—Pongamos treinta.

—Cuarenta.

Montalbano pagó los cuarenta euros, tomó el pequeño ventilador y reanudó su camino, manteniéndolo muy cerca de la cara. Resultaba increíble, pero refrescaba que daba gusto.

Sin embargo, en la mesa quiso comer ligero, solo un segundo plato. Pero fue el pequeño ventilador el que le permitió dar su habitual paseo por el muelle y quedarse un rato sentado en la roca plana.

El artilugio disponía de una pinza. El comisario lo ajustó al borde del escritorio. No cabía la menor duda: proporcionaba un mínimo alivio al calor del despacho.

—¡Catarella!

—¡Hay que ver el ingenio del hombre! —comentó admirado al ver el ventilador.

—¿Está Fazio?

—Sí, señor.

—Dile que venga.

Fazio también lo felicitó por el aparatito.

—¿Cuánto le ha costado?

—Diez euros. —Le hubiera avergonzado confesar la verdad.

—¿Dónde lo ha comprado? Yo también quiero uno.

—A un árabe que pasaba por la calle. Por desgracia, solo tenía este.

Sonó el teléfono.

Era el doctor Pasquano. El comisario pulsó la tecla del altavoz para que Fazio también escuchara.

—Montalbano, ¿se encuentra bien?

—Sí. ¿Por qué?

—Como esta mañana no me ha tocado los cojones, estaba empezando a preocuparme.

—¿Ha practicado la autopsia?

—¿Por qué lo llamaría si no? ¿Para oír su melodiosa voz que enamora?

El hecho de que lo llamara significaba que había descubierto algo importante.

—Usted dirá.

—Bueno, la chica había digerido por completo, pero no evacuado, todo lo que había comido. Por consiguiente, o la mataron sobre las seis de la tarde o sobre las once de la noche.

—Creo que sobre las seis de la tarde.

—Eso es cosa suya.

—¿Qué más?

Al doctor no le gustaba tener que decir aquello:

—Me he equivocado.

—¿En qué?

—La chica era virgen. Sin el menor asomo de duda.

Montalbano y Fazio se miraron alucinados.

—¿Eso qué significa?

—¿No sabe qué significa virgen? Bueno, debe usted saber que las mujeres que todavía no han...

—Me ha entendido muy bien, doctor.

Montalbano no estaba para bromas, pero Pasquano no contestó.

—Si la chica murió virgen, eso quiere decir que el móvil del homicidio fue otro.

—Usted es un campeón olímpico, ¿sabe, Montalbano?

El comisario se quedó estupefacto.

—Explíquese mejor.

—Usted es un campeón de los cien metros libres.

—¿Por qué?

—Está corriendo demasiado, amigo mío. Va demasiado rápido. No es propio de usted llegar inmediatamente a una conclusión. ¿Qué le ocurre?

«Me ocurre que me he vuelto viejo —pensó con amargura—, y quiero terminar enseguida una investigación que ya me pesa demasiado».

—Bueno pues —continuó Pasquano—. Confirmando que, en el momento de su muerte, la chica se encontraba en la posición que le dije.

—Entonces, ¿querría decirme por qué el asesino le hizo adoptar esa posición tras haberla obligado a desnudarse si no era para tirársela?

—No hemos encontrado la ropa y, por consiguiente, no sabemos si el asesino la obligó a desnudarse antes o la desnudó él después. En cualquier caso, la cuestión de la ropa carece de importancia, Montalbano.



—¿Usted cree?

—¡Pues claro! ¡Como también carece de importancia el hecho de que empaquetara el cuerpo y lo guardara en el baúl!

—¿No lo hizo para esconderlo?

—Montalbano, ¿sabe que lo encuentro muy bajo de forma?

—Quizá sea la edad, doctor.

—Pero ¡¿cómo?! ¿El asesino se habría tomado la molestia de guardar el cadáver en el baúl, dejando a dos metros de distancia un charco de sangre tan grande que parecía un lago?

—Pues entonces, según usted, ¿por qué la introdujo en el baúl?

—Con todos los homicidas que han pasado por sus manos, ¿viene a preguntármelo a mí? ¡Pues para ocultársela a sí mismo, mi querido amigo, no a nosotros! Es una especie de eliminación concreta e inmediata.

Pasquano tenía razón.

¿Cuántos eran los asesinos ocasionales que cubrían el rostro de la víctima, sobre todo si era una mujer, con cualquier cosa que tuvieran a mano, un trapo, una toalla, una sábana?

—Usted debe partir del único punto fijo que tenemos —prosiguió el doctor—, y que es la posición de la chica cuando el asesino la degolló. Si lo piensa un poco, verá que...

—Comprendo lo que quiere decir.

—Pues si finalmente lo ha comprendido, dígamelo.

—Que quizá en el último momento el asesino no tuvo el valor de violarla y entonces experimentó un arrebato irresistible y sacó la navaja.

—Que, tal como nos explican en las clases de psicoanálisis, es un sustituto del miembro. Bravo.

—¿He aprobado el examen?

—Pero podría haber otra hipótesis —añadió Pasquano.

—¿Cuál?

—La de que el asesino la hubiera sodomizado.

—Dios mío —murmuró Fazio.

—Pero ¿cómo? —se rebeló el comisario—. ¡Usted se pasa media hora aturdiéndome con su palabrería y solo en el último momento se digna decirme lo que tendría que haberme dicho al principio!

—Es que no estoy seguro al cien por cien. No me ha sido posible establecerlo con seguridad. Ha pasado demasiado tiempo. Pero a juzgar por ciertos detalles mínimos, me inclinaría a decir que sí. Repito: me inclinaría, en condicional.

—En resumen, no se atreve a pasar del condicional a un tiempo verbal como Dios manda.

—Sinceramente, no.

—Lo peor no se acaba nunca —dijo Fazio con amargura cuando el comisario colgó.

Montalbano se había quedado pensativo.

—*Dottore*, ¿recuerda que me dijo que, cuando atrapáramos al asesino, usted quería partírsela la cara?

—Sí. Y lo confirmo.

—¿Me permite participar de la fiesta?

—Serás bienvenido. ¿Has convocado a Dipasquale?

—Para las seis de esta tarde, cuando termine en la obra.

Cuando Fazio iba a abandonar el despacho, sonó de nuevo el teléfono.

—*Dottori*, *istá al tilífono* el fiscal Dommaseo.

—Pásamelo.

—Escucha tú también —le dijo el comisario a Fazio volviendo a pulsar la tecla del altavoz.

—¿Montalbano?

—¿*Dottore*?

—Quería informarle que estuve en casa de los señores Morreale para comunicarles la atroz noticia. —Voz dolida y emocionada.

—Hizo usted muy bien, *dottore*.

—Fue terrible, ¿sabe?

—Me lo imagino.

Pero Tommaseo quería contarle el calvario que había sufrido.

—La pobre señora Francesca, la madre, se desmayó. El padre ni le digo; se puso a pasear por la casa delirando y tampoco podía sostenerse en pie.

Tommaseo esperaba algún comentario de Montalbano, el cual satisfizo su deseo.

—¡Vaya, pobrecitos!

—Se habían pasado todos estos largos años esperando que su hija estuviera viva... Ya sabe lo que se dice. Que la esperanza...

—... es lo último que se pierde —completó el comisario para complacerlo, soltando mentalmente maldiciones por haber pronunciado una frase hecha.

—Justamente, mi querido Montalbano.

—Por consiguiente, no estuvieron en condiciones de reconocer el cadáver.

—¡Pues lo hicieron, ya ve usted! ¡La difunta es, efectivamente, Caterina Morreale!

Montalbano y Fazio se miraron sorprendidos. ¿Por qué Tommaseo se había sacado de la manga aquel gorjeo de pajarillo cantarín? ¡No era una cosa como para alegrarse!

—Yo mismo me tomé la molestia de acompañar a Adriana en mi coche —prosiguió Tommaseo.

—Perdone, ¿quién es Adriana?

—¿Cómo que quién es? ¿No fue usted quien me dijo que la víctima tenía una hermana gemela?

Montalbano y Fazio se miraron con incredulidad. Pero ¿qué estaba diciendo aquel tío? ¿Acaso quería corresponder a la broma que le había gastado el comisario?

—Tenía usted razón —declaró Tommaseo, con una voz ahora tan emocionada como si hubiera acertado un número de la lotería—. ¡Una chica verdaderamente espléndida!

¡De ahí el gorjeo!

—Estudia Medicina en Palermo, ¿sabe? Y, por si fuera poco, tiene un temple extraordinario, aunque después del reconocimiento sufrió una pequeña crisis y yo tuve que consolarla.

¡Vaya si el *dottor* Tommaseo habría estado dispuesto a consolarla con todos los medios a su disposición!

Se despidieron y colgaron.

—¡Pero no es posible! —exclamó Fazio—. ¿Usía sabía que tenía una hermana gemela?

—Te juro que no. Pero es importante que nos hayamos enterado. Probablemente la difunta le hacía confidencias. ¿Podrías llamar a casa de los Morreale y preguntar si puedo pasarme por allí mañana sobre las diez?

—¿Aunque estemos a quince de agosto?

—¿Adónde quieres que vayan? Están de luto.

Fazio se retiró y regresó al cabo de cinco minutos.

—¿Sabe que se ha puesto al teléfono nada menos que Adriana? Me ha dicho que quizá mejor que no vaya usted a casa, pues sus padres están francamente mal. Ni siquiera están en condiciones de hablar. Me ha propuesto venir ella aquí, a la comisaría a la hora que usted ha dicho.

Mientras esperaba a Dipasquale, llamó a la agencia Aurora.

—¿Señor Callara? Soy Montalbano.

—¿Hay alguna novedad, comisario?

—Yo no tengo ninguna. ¿Y usted?

—Pues yo sí.

—Apuesto a que ha informado a la señora Gudrun del descubrimiento del piso ilegal.

—¡Lo ha adivinado! La llamé en cuanto me recuperé del terrible golpe que sufrí al abrir el baúl. ¡Maldita sea mi curiosidad!

—¡Qué se le va a hacer, señor Callara! Por desgracia, las cosas ocurrieron así.

—¡Siempre he sido un chafardero! ¿Sabe que una vez, cuando todavía era un chaval...?

Ahora solo faltaban las memorias juveniles del señor Callara.

—Me estaba usted diciendo que llamó a la señora Gudrun...

—Ah, sí, pero no le dije nada de esa pobre chica asesinada.

—Hizo bien. ¿Qué decisión ha tomado la señora?

—Me ha pedido que me encargue de los trámites de la regularización y que le envíe los documentos, que ella los firmará.

—Es lo más correcto.

—Sí, pero en el fax que me ha enviado dice que después me hará poderes para la venta. ¿Y sabe qué se me ha ocurrido? Que casi casi que lo compro yo el chalet. ¿A usted qué le parece?

—Usted es agente inmobiliario, a usted le corresponde decidirlo. Hasta pronto.

—Espere. Tengo que decirle otra cosa. Puesto que yo le aconsejaba con toda sinceridad que no vendiera el chalet...

Con toda sinceridad en el sentido de que, si la señora lo vendía, Callara perdería el porcentaje sobre el alquiler.

—... ella me contestó que no quería volver a hablar del asunto.

—¿Y usted le preguntó por qué?

—Sí, señor. Me dijo que me lo explicaría por escrito. Y justo esta mañana recibo un fax con la explicación de por qué quiere vender. Creo que ese fax puede interesarle a usted.

—¿A mí?

—Sí, señor. Dice que su hijo Ralf ha muerto.

—¿Cómo?!

—Sí, señor, descubrieron los restos hace aproximadamente un par de meses.

—¿Los restos? Entonces, ¿la cosa viene de lejos?

—Sí, señor. Parece que Ralf murió mientras regresaba a Colonia con el señor Speciale. Hay también un recorte de periódico alemán con la traducción.

—¿Cuándo podrá facilitármelo?

—Esta misma tarde cuando cierre el despacho. Paso y se lo dejo al de la entrada.

¿Cómo era posible que hubieran tardado seis años en descubrir el otro cadáver o lo que quedaba de él?

## 11

La mirada de Dipasquale al entrar en el despacho del comisario era más turbia que nunca.

—Siéntese.

—¿Tardará mucho la cosa?

—Lo suficiente. Señor Dipasquale, antes de hablar del chalet de Pizzo, quisiera aprovechar su presencia aquí para preguntarle dónde y cómo puedo localizar al vigilante de la obra de Montelusa.

—¿Todavía con esa maldita historia del árabe? ¿Todavía? Pero si el *dottor* Lozupone ya...

Montalbano fingió no haber oído el nombre de su compañero.

—Dígame dónde puedo localizarlo. Y repítame el nombre y apellido. La otra vez me lo dijo, pero no lo apunté y se me olvidó. Fazio, por favor, toma nota.

—Enseguida, *dottore*.

No estaba mal como interpretación improvisada.

—Comisario, yo mismo le diré al vigilante que quiere hablar con él. Se llama Filiberto Attanasio.

—Pero, perdone, ¿ustedes cómo se ponen en contacto con él cuando la obra está cerrada?

—Tiene un móvil.

—Deme el número.

—No le funciona. La otra noche... el otro día se le cayó al suelo y se le rompió.

—Bueno, pues entonces dígaselo usted.

—Sí. Pero le advierto que no podrá venir antes de dos o tres días.

—¿Por qué?

—Le ha dado un ataque de malaria.

Debía de haberse pegado un buen susto el vigilante.

—Vamos a hacer una cosa. Dígale que cuando esté restablecido nos llame. Y ahora volvamos a lo nuestro. Lo he convocado porque esta mañana, mientras interrogaba a los albañiles que trabajaron en el chalet de Pizzo, Dalli Cardillo y Micciché...

—Comisario, no gaste saliva, sé muy bien lo que ha ocurrido.

—¿Quién se lo ha dicho?

—Spitaleri. Micciché entró en su despacho como un loco desahogado y le soltó un tortazo que le escacharró la nariz. Estaba convencido de que Spitaleri había querido comprometerlo. ¡Ese debería estar en el zoo entre las fieras salvajes! Pero ahora tendrá que ir a pedir limosna. Como albañil es muy difícil que encuentre trabajo.

—No todas las obras son de Spitaleri —señaló Fazio.

—No, pero basta una palabra mía o de Spitaleri...

—¿... para que se quede en la calle?

—Ni más ni menos.

—Tomo nota de lo que acaba de decir y sacaré las debidas consecuencias —dijo Montalbano.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Dipasquale sorprendido. Más que el tono de amenaza le había impresionado el perfecto italiano con que se había expresado el comisario.

—Significa que usted, en nuestra presencia, ha dicho que hará lo posible para que Micciché se quede en el paro. Ha amenazado a un testigo.

—¿Un testigo? ¡Un cabrón de mierda, querrá decir!

—¡No se atreva a hablar de esa manera!

—Y en cualquier caso, ¡si lo amenazo no es por lo que ha dicho aquí, sino por la torta que le atizó a Spitaleri!

Era listo y rápido el capataz.

—Por ahora no divaguemos. Spitaleri nos contó que la obra del chalet de Pizzo concluyó el doce de octubre. Y usted lo corroboró. Pero la verdad es que los trabajos terminaron la mañana del día siguiente, tal como hemos averiguado por Micciché.

—Pero ¿eso qué importancia tiene?

—Deje que seamos nosotros quienes decidamos si es o no importante. Spitaleri no podía saber que se había producido esa prolongación de los trabajos porque se había ido, pero ¿usted estaba al corriente de ello?

—Sí.

—Es más, ¿no fue usted precisamente quien lo decidió?

—Sí.

—¿Por qué no nos lo dijo?

—Se me fue de la cabeza.

—¿Seguro?

—Pero usted tampoco me habló el otro día de la cuestión de la chica asesinada.

Quería pasar al contraataque el muy cabrón.

—Dipasquale, aquí no estamos jugando al juego del yo te digo una cosa a ti y tú me dices una cosa a mí. En cualquier caso, cuando usted vino aquí, ya estaba al corriente de lo de la chica muerta porque Spitaleri se lo había dicho. E hizo como que no sabía nada.

—¿Y qué quería que le dijera? Nada.

—¡Pues no! Una cosa sí dijo.

—¿Cuál?

—Quiso crearse una coartada con nosotros. Nos dijo que Spitaleri, cuatro días antes de que terminaran los trabajos en Pizzo, lo envió a Fela para poner en marcha otra obra. Y ahora yo pregunto, ¿cómo es posible que usted, el once y el doce de octubre, en ambos casos por la tarde, estuviera en Pizzo y no en Fela?

Dipasquale ni siquiera trató de buscar una excusa.

—Comisario, usted debe comprenderme. Yo me pegué un susto muy grande cuando Spitaleri me habló del cadáver. Y entonces me inventé la historia de que me habían enviado a Fela. Ya me esperaba que de un momento a otro ustedes se enterarían de que era falsa.

—Pues entonces díganos exactamente cómo ocurrieron las cosas.

—Mire, el día once yo entré en aquel maldito apartamento. Quería ver si había humedades o alguna filtración. Estuve también en el salón, pero no vi nada extraño.

—¿Y al día siguiente, el doce?



—Regresé por la tarde. Le dije a Micciché que no desmontara la galería. Él se fue y yo me quedé una media hora esperando al señor Speciale.

—¿Entró a inspeccionar el piso?

—Sí, señor. Todo estaba en orden.

—¿También en el salón? —preguntó Fazio.

—También en el salón.

—¿Y después?

—Llegó finalmente el señor Speciale.

—¿Cómo llegó?

—En coche. Lo había alquilado al llegar aquí.

—¿Lo acompañaba su hijastro?

—Sí, señor.

—¿Qué hora era?

—Debían de ser las cuatro.

—¿Bajaron ustedes?

—Los tres.

—¿Cómo hicieron para verse?

—Yo tenía una linterna de gran potencia. Y Speciale también tenía una. Él lo examinó todo detalladamente, pues era un hombre muy tiquismiquis y meticuloso; después yo le pregunté si podíamos cerrar la entrada y nivelar la tierra arenisca y él me dijo que le parecía muy bien. Eché un último vistazo y después Speciale y yo salimos. Nos despedimos y yo me fui.

—¿Y Ralf?

—El chico le había pedido la linterna a su padrastro y se había quedado abajo.

—¿Para hacer qué?

—Vaya usted a saber. Estar allí abajo le gustaba. Miraba los marcos envueltos en nailon y se reía. ¿No le dije que estaba loco?

—¿O sea que usted se fue mientras Speciale y Ralf se quedaban en Pizzo?

—Yo los dejé allí. Por otra parte, el señor Speciale tenía las llaves del otro apartamento, que estaba listo para entrar a vivir.

—¿Recuerda qué hora debía de ser cuando se fue?

—Casi las cinco.

—¿Y por qué razón no le dijo a Miccichè que ya podía desmontar la galería hasta las nueve de la noche?

—¡Pero si lo llamé por lo menos tres veces y no me contestaba nadie!

Todo coincidía. Miccichè y su mujer se habían pasado la tarde en el hospital de Montelusa.

—¿Qué hizo usted cuando se fue de Pizzo?

Dipasquale soltó una risita.

—¿Quiere una coartada?

—Si la tiene, mejor.

—La tengo. Fui al despacho de Spitaleri. Entre las seis y las ocho él tenía que llamarnos a la secretaria y a mí.

—¡Pero si todavía no había llegado a Bangkok! —dijo Fazio.

—Pues claro que no había llegado. Pero el avión hacía escala en un sitio que ahora no recuerdo cómo se llama. Spitaleri conoce bien esa línea. Va muy a menudo por allí.

—¿Llamó?

—Sí, señor.

—¿Era importante la llamada?

—Bastante. Se trataba del contrato de una obra que tenían que adjudicarnos. En caso de que nos la adjudicaran, yo debía encargarme enseguida de hacer unas cuantas cosas.

«Entre ellas, por ejemplo, ir a entregar las consabidas comisiones a los Sinagra, los Cuffaro, el alcalde y a quien correspondiera», pensó el comisario, pero se abstuvo de decirlo.

—Por curiosidad, ¿se la adjudicaron? —preguntó Fazio.

—El día doce aún no lo habían decidido. Lo decidieron el catorce.

—¿En favor de ustedes? —insistió Fazio.

—Sí.

¿Cabía esperar otra cosa?

—¿Se lo comunicaron a Spitaleri?

—Sí, al día siguiente. Lo llamamos nosotros al hotel de Bangkok.

—¿Quién de ustedes?

—La secretaria y yo. En resumen, si quieren saber lo que ocurrió en Pizzo cuando yo me fui, tienen que llamar al señor Speciale a Alemania.

—Pero ¿es que no lo sabe? Murió.

—¿Le dio un ataque?

—No; cayó por la escalera de su casa.

—Bueno, pues pueden preguntárselo a Ralf.

—Ralf también está muerto. Me he enterado hace justo media hora.

Dipasquale lo miró perplejo.

—¿Có... cómo?

—Subió al tren con su padrastro, pero jamás llegó a Colonia. Debió de caerse.

—¡Pues entonces el de Pizzo es un chalet maldito! —exclamó profundamente alterado el maestro de obras.

«¡Dímelo a mí!», pensó Montalbano.

El comisario cogió del escritorio la ficha con la fotografía de la chica y se la pasó al capataz. Este la tomó, la contempló y una llamarada de rubor le tiñó el rostro.

—¿La conoce?

—Sí. Es una de las gemelas que vivían en la última casa que hay antes de llegar al chalet de Pizzo.

¡Por eso la denuncia de la desaparición se había presentado en Fiacca! Por entonces Montereale dependía de aquella comisaría.

—¿Esta es la asesinada? —preguntó Dipasquale sin soltar la ficha.

—Sí.

—Estoy seguro de que...

—Hable.

—¿Recuerda que la otra vez se lo conté? Esta es la chica que Ralf persiguió en pelotas y a la que Spitaleri salvó. —E inmediatamente comprendió que había cometido un error al mencionar a Spitaleri. Trató de poner remedio—. O quizá no. Mejor dicho, nada de quizá. Me estoy equivocando. Esta es la hermana gemela; estoy seguro.

—¿Veía a menudo a las gemelas?

—A menudo no. Alguna vez. Para ir a Pizzo había que pasar a la fuerza por delante de la casa donde ellas vivían.

—¿Y cómo es posible que Micciché diga que jamás la había visto?

—Comisario, los albañiles entraban en la obra a las siete de la mañana. Y a esas horas las chicas dormían. Y los hombres se iban a las cinco y media, cuando ellas estaban todavía en la playa. Yo, en cambio, iba y venía de la obra.

—¿Tal como hacía el aparejador Spitaleri?

—Él más de tarde en tarde.

—Gracias, ya puede retirarse —concluyó Montalbano.

—¿Qué le parece la coartada de Dipasquale? —preguntó Fazio cuando el encargado de obras se hubo marchado.

—Que puede ser verdadera o puede ser falsa. Se basa en una llamada telefónica de Spitaleri que no sabemos si se hizo realmente.

—Podríamos preguntárselo a la secretaria.

—¿Estás de guasa? La secretaria hará y dirá todo lo que Spitaleri le diga que haga o diga. De lo contrario, queda despedida. Y con el hambre de trabajo que hay por aquí, imagínate cómo va a poner en peligro su puesto.

—Me parece que no hemos adelantado nada.

—A mí también me lo parece. A ver qué nos dice Adriana mañana.

—¿Podría explicarme por qué quiere hablar con Filiberto?

—Pero si yo no quiero hablar con él. Me interesaba la reacción de Dipasquale. Quería ver si sospechaba de nosotros dos por lo de la otra noche.

—Me ha dado la impresión de que todavía no pensaban en nosotros.

—Más tarde o más temprano pensarán.

—¿Y qué harán?

—En mi opinión, no dirán nada, Spitaleri irá a quejarse ante sus amiguetes protectores y estos algo harán.

—¿Qué?

—Fazio, esperemos primero a que nos rompan la cabeza y después ya lloraremos.

—Muy bien. Yo me...

Los interrumpió un golpe casi tan fuerte como un cañonazo. Era la puerta, que había chocado contra la pared. Catarella aún mantenía un brazo levantado y el puño cerrado mientras en la otra mano sujetaba un sobre.

—Disculpe el ruido, *dottori*. Han traído una carta ahora mismo.

—Dámela y lárgate antes de que te pegue un tiro.

Era un sobre grande que contenía dos hojas de fax procedentes de Alemania y dirigidas a la agencia de Callara.

—Escucha tú también, Fazio. Es la noticia de la muerte de Ralf. Me la adelantó Callara.

Montalbano leyó en voz alta.

Distinguido señor:

Hace tres meses tuve ocasión de leer en un periódico una noticia de sucesos cuya copia le envió junto con su traducción.

Inmediatamente intuí, tal vez por instinto maternal, que aquellos míseros restos tenían que pertenecer a mi pobre Ralf, tan largamente esperado por mí durante todos estos años.

Pedí que se cotejara el ADN del desconocido con el mío. No fue fácil conseguirlo, tuve que insistir mucho.

Finalmente, hace unos días recibí el resultado.

Los datos coinciden perfectamente, así que los restos pertenecen sin la menor duda a mi pobre Ralf.

Puesto que no se ha encontrado ningún resto de ropa, la policía considera que Ralf debió de levantarse por la noche para ir al servicio, pero por error abrió la puerta exterior del compartimento y se precipitó al vacío.

Ese chalet siciliano nos ha dado mala suerte; fue la causa de la muerte de mi hijo Ralf y de mi marido Angelo, que, después del viaje a Sicilia y sin duda debido a la desaparición de Ralf, ya no fue el mismo hombre de antes.

Esta es la razón por la cual deseo vender el chalet.

En los próximos días le enviaré por fax una copia de todos los documentos relacionados con la construcción del chalet, el proyecto, la autorización, el extracto catastral y los contratos con la empresa de Spitaleri. Le servirán tanto para la solicitud de regularización como para la futura venta.

Gudrun Walser

La traducción del artículo de la crónica de sucesos decía lo siguiente:

#### HALLADOS LOS RESTOS DE UN DESCONOCIDO

Anteayer, como consecuencia de un incendio declarado entre los densos matorrales del talud ferroviario situado a unos veinte kilómetros de Colonia, los bomberos que intervinieron para sofocar las llamas descubrieron en el interior de una galería semienterrada unos restos humanos. No se ha podido llevar a cabo ninguna identificación porque en la proximidad de los restos no se encontraron prendas de vestir ni documentos.

La autopsia ha revelado que los restos pertenecen sin ninguna duda a un joven y que su muerte se remonta a no menos de cinco años.

—Esa caída del tren no me convence —dijo Fazio.

—A mí tampoco. Según la policía, Ralf se levantó para ir a hacer sus necesidades. ¿Y va desnudo? ¿Y si hubiera encontrado a alguien por el pasillo?

—¿Usía qué piensa?

—Pues no sé, todo son cosas muy confusas; jamás tendremos una prueba, una confirmación. Quizá Ralf había visto a alguna pasajera jovencita y decidió, tal como nos ha contado Dipasquale que solía hacer, ir a abrazarla en pelotas. Y quizá un marido, un padre o un novio lo arrojó por la ventanilla.

—Me parece muy descabellado.

—Puede haber otra explicación. Un suicidio.

—Pero ¿por qué?

—Hagamos una hipótesis partiendo del hecho de que la tarde del doce de octubre, según Dipasquale, Angelo Speciale y su hijastro se quedaron solos en Pizzo. Supongamos que Angelo decide disfrutar de la puesta de sol en la terraza mientras que Ralf se va a dar un paseo hacia la casa de los Morreale. Recuerda que Dipasquale nos ha contado que una vez Ralf intentó atrapar a Rina. La encuentra por casualidad y esa vez no quiere dejarla escapar. La amenaza con una navaja y la obliga a seguirlo al apartamento subterráneo. Y allí ocurre la tragedia. Ralf empaqueta a la chica, la introduce en el baúl, recoge su ropa, la esconde en el chalet y después sale a la terraza para hacerle compañía a Angelo. Pero este, tal vez el último día, descubre la ropa de la chica. Puede que se hubiera manchado de sangre mientras su hijastro la mataba.

—Pero ¿no la había obligado a desnudarse?

—No lo sabemos, igual la desnudó después. Para hacer lo que quería hacer, no era necesario que la chica estuviese completamente desnuda.

—¿Y cómo termina la cosa?

—Termina con que Angelo, durante el viaje en tren, obliga a Ralf a confesar el crimen. Y tras haber confesado, el chico se mata arrojándose del tren. Si quieres, puedo ofrecer una variante.

—¿Cuál?

—La de que Angelo lo arroja del tren para matar al monstruo.

—¿Qué exageraciones, *dottore*!

—Sea como sea, recuerda que la señora Gudrun escribe que, cuando el marido regresó a Colonia, ya no parecía el mismo hombre de antes. Por consiguiente, algo debió de sucederle.

—¿Cómo que algo? ¡Al pobre le sucedió que al despertar por la mañana en el coche cama ya no encontró a su hijastro!

—En resumen, tú a Speciale no lo ves como un asesino.

—Francamente no.

—Pero mira que en las tragedias griegas...

—*Dottore*, aquí estamos en Vigàta y no en Grecia.

—Dime la verdad: ¿te gusta o no como historia?

—Me parece buena para la televisión.

## 12

El día había sido muy largo y lo habían alargado todavía más los ardores de agosto. Montalbano se sentía un poco cansado, pero no había perdido el apetito.

Cuando abrió el horno, se decepcionó porque no había nada, pero en la nevera encontró una especie de ensalada de calamares, apio, tomate y zanahoria que solo había que aliñar con aceite y limón. Adelina le había preparado precisamente un plato para comer frío.

En la galería soplaba un airecillo recién nacido que carecía de fuerza para desplazar la masa compacta del bochorno, que al principio de la noche todavía perduraba, pero mejor aquello que nada.

Se quitó la ropa, se puso el bañador y corrió a lanzarse al mar. Se dio un buen chapuzón con amplias y lentas brazadas. Después regresó a la orilla, entró en casa, dispuso la mesa en la galería, comió, y como todavía le quedaba apetito, se preparó un platito con diversas clases de aceitunas, y un queso *caciocavallo* que pedía, mejor dicho, exigía vino del bueno.

En la galería el aire había pasado de la infancia a la adolescencia, y se notaba.

Decidió aprovechar el momento favorable en que los pensamientos no se le atascaban por culpa del calor para reflexionar acerca de la investigación que tenía entre manos. Retiró platos, cubiertos y vasos y cogió unas hojas.

Como no le gustaba tomar apuntes, decidió escribirse una carta a sí mismo, tal como hacía algunas veces.

Querido Montalbano:

Me veo obligado a constatar que, ya sea por un principio de chochera senil, ya sea por el tremendo bochorno de estos días, tus pensamientos han perdido brillo, se han vuelto bastante opacos y se mueven a cámara lenta. Tú mismo has podido



advertirlo en el transcurso de tu diálogo con el doctor Pasquano, que él ha ganado ampliamente por puntos.

Pasquano ha planteado dos hipótesis a propósito del hecho de que el asesino se llevara la ropa de la chica. Uno, fue un gesto irracional; dos, el asesino se la llevó porque es un fetichista. Son hipótesis posibles.

Pero puede haber una tercera. Se te ha ocurrido hoy mientras hablabas con Fazio, y es la de que el asesino se llevó la ropa porque estaba manchada de sangre. Manchada con la sangre que brotó de la garganta de la chica mientras la mataba.

Pero las cosas pueden haber seguido un curso distinto. Hay que dar un paso atrás.

Tanto cuando tú descubriste el cadáver como cuando se lo hiciste descubrir oficialmente a Callara, no viste la enorme mancha de sangre cerca de la puerta cristalera, y no la viste por la simple razón de que no resultaba visible a simple vista. Los de la Científica, en cambio, se dieron cuenta porque utilizaron luminol.

Si el asesino hubiera dejado la enorme mancha tal como se había formado en el suelo, algún resto de sangre seca habría quedado en las baldosas, incluso después de seis años. Pero, en cambio, no se veía nada.

¿Eso qué significa?

Significa que el hombre, tras matar a la chica, tras empaquetarla e introducirla en el baúl, utilizó su ropa para limpiar, aunque fuese de manera superficial, la mancha de sangre. Utilizó la ropa humedeciéndola con agua porque los grifos funcionaban. Y después la colocó en una bolsa de plástico que encontró en el lugar o que él ya llevaba.

Ahora la pregunta es la siguiente: ¿por qué no se deshizo de la ropa arrojando la bolsa sobre el cadáver?

Respuesta: porque para hacerlo habría tenido que volver a abrir el baúl.

Y ese gesto le resultaba imposible porque habría significado echarse de nuevo a la cara un hecho, una realidad que ya había empezado a apartar de su mente. Tiene razón Pasquano: ocultó el cadáver para no verlo él, no para que no lo viéramos nosotros.

Hay otra pregunta importante. Ya se ha formulado, pero es bueno repetirla: ¿era necesario matar a la chica? ¿Y por qué?

En cuanto al porqué, Pasquano ha apuntado la posibilidad de un chantaje o un arrebato provocado por un violento estallido de rabia debido a la impotencia.

Mi respuesta es que sí era necesario, pero por una sola razón y completamente distinta. Y es esta: la muchacha conocía muy bien a su agresor.

El asesino debió de obligarla a seguirlo al apartamento subterráneo, pero una vez allí, su destino ya estaba marcado. Porque si el hombre hubiera respetado su vida, ella seguramente lo habría denunciado por violación o intento de violación. Por consiguiente, cuando el asesino la llevó al apartamento ilegal, ya sabía que, aparte de violarla, también tendría que matarla. A este respecto ya no cabe ninguna duda a estas alturas. Homicidio premeditado.

A continuación viene la madre de todas las preguntas: ¿quién es el asesino? Hay que actuar por eliminación.

Spitaleri seguro que no puede ser. Aunque te resulte antipático, aunque trates de joderlo por otro asunto, hay un dato incontrovertible: la tarde del 12 de octubre no estaba en Pizzo, sino en el aire, rumbo a Bangkok. Además, para los gustos de Spitaleri una chica de la edad de Rina ya era demasiado mayor.

Miccichè tiene una coartada: pasó la tarde en el hospital de Montelusa. Puedes

comprobarlo si quieres, pero es perder el tiempo.

Dipasquale dice que tiene una coartada. Se fue de Pizzo sobre las 17 horas y acudió al despacho de Spitaleri para atender una llamada telefónica de este. A las 21 habló con Miccichè, pero no nos ha dicho lo que hizo a la salida del despacho de Spitaleri. Dice que se había puesto de acuerdo con Spitaleri y que este tenía que llamarlo entre las 18 y las 20 horas. Podrías adelantar una hipótesis. Es decir, la de que la llamada se produce a las 18.30. Dipasquale sale del despacho y se tropieza casualmente con Rina. La conoce, le pregunta si quiere que la acompañe a Pizzo. La chica acepta y... A las 21, Dipasquale puede llamar tranquilamente a Miccichè.

Ralf. Se quedó en Pizzo con su padrastro después de que Dipasquale se fuera. Conoce a Rina y ya ha tratado de atacarla. ¿Y si las cosas se hubieran desarrollado tal como se lo has contado a Fazio? Queda el misterio de la muerte, que puede estar ligada de alguna manera a su remordimiento. Pero acusar a Ralf es más que nada un acto de fe. Él ha muerto y su padrastro también. Ya ninguno de los dos podrá decirnos cómo se desarrollaron los acontecimientos.

En resumen: Dipasquale tendría que ser el sospechoso número uno. Pero no te convence.

Un abrazo y cuídate mucho. Salvo

Se estaba quitando el bañador para acostarse cuando, de repente, experimentó el deseo de oír la voz de Livia. La llamó al móvil. El teléfono sonó largo rato sin que nadie contestara.

Pero ¿cómo era posible? ¿Qué tamaño tenía el barco de Massimiliano para que Livia no lo oyera? ¿O acaso estaba demasiado ocupada, demasiado atareada en otros menesteres como para contestar el teléfono?

Estaba a punto de cortar la comunicación, enfurecido, cuando oyó la voz de Livia.

—¿Diga? ¿Quién es?

¿Cómo que quién es? ¿No podía leer en la pantalla o como se llamara el número del comunicante?

—Soy Salvo.

—¡Ah, eres tú!

No decepcionada. Indiferente.

—¿Qué estabas haciendo?

—Durmiendo.

—¿Dónde?

—En el puente. Me he quedado dormida sin darme cuenta. Está todo tan tranquilo y es tan bonito...

—¿Dónde estáis?

—Navegando rumbo a Cerdeña.

—¿Y Massimiliano dónde está?

—Estaba a mi lado cuando me quedé dormida. Ahora creo que está...

Montalbano cortó la comunicación y desconectó el aparato. «Estaba a mi lado cuando me quedé dormida». ¿Y aquel grandísimo cabrón de Massimiliano qué hacía? ¿Le cantaba una nana?

Fue a acostarse con el vello erizado.

Y para conciliar el sueño necesitó Dios y ayuda.

Fue inútil que nada más levantarse se diera un chapuzón, fue inútil que se situara bajo la ducha que habría tenido que ser fría y que, sin embargo, era caliente porque el agua de los depósitos del tejado estaba hirviendo y se habría podido cocer en ella la pasta, fue inútil que se vistiera lo más ligero posible.

Nada más poner los pies fuera de casa se convenció de que todo sería inútil: el bochorno era una llamarada de fuego.

Volvió a entrar, metió en una bolsa del supermercado una camisa, un par de calzoncillos y unos pantalones tan finos como piel de cebolla, y se fue.

Llegó a la comisaría con la camisa empapada de sudor y los calzoncillos formando una sola cosa con la piel del trasero, tan pegados estaban a ella.

Catarella trató de levantarse y cuadrarse, pero no lo consiguió y cayó sin fuerzas sobre la silla.

—¡Ah, *dottori, dottori!* ¡Me estoy muriendo! ¡Esto es un fuego del demonio!

—¡Ánimo!

Fue a encerrarse en el cuarto de baño. Se quedó en pelotas y se lavó. Luego sacó la camisa, los calzoncillos y los pantalones de la bolsa, se los puso, dejó colgada en el lavabo la ropa sudada, entró en su despacho y encendió el pequeño ventilador.

—¡Catarella!

—¡Voy, *dottori!*

Estaba cerrando la persiana cuando entró Catarella.

—A sus ór... —Se interrumpió, apoyó la mano izquierda en el escritorio y se llevó la derecha a la frente cerrando los ojos. Parecía la ilustración de un manual de interpretación teatral del siglo XIX con la leyenda: estupor y angustia—. Virgen santa, Virgen santa, Virgen santa... —dijo como si recitara una letanía.

—Catarè, ¿te encuentras mal?

—¡Virgen santa, *dottori*, qué susto! ¡Si me ha subido el calor a la cabeza!

—Pero ¿qué tienes?

—Nada, *dottori*; hable, *qui* lo oigo muy bien. Las orejas me funcionan, ¡son los ojos los *qui* me engañan!

Y no cambió de posición, con los ojos cerrados y la mano en la frente.

—Oye, en el servicio hay una ropa mía que me he cambiado.

—¿Si la ha cambiado?!

Pareció lanzar un suspiro de alivio. Abrió los ojos, apartó la mano de la frente y miró a Montalbano como si lo viera por primera vez.

—¡O *sia* que *si* la ha cambiado!

—Catarè, me la he cambiado, ¿a qué viene tanta sorpresa?

—No, señor *dottori*, ¡ha sido una *iquivocación*! Es que yo lo vi *intrar vistido di* una manera y *dispués* lo vi *vistido di* otra y entonces pensé que *tenía* visiones por culpa del calor. ¡Menos mal *qui* fue porque *si* cambió!

—Oye, ve a buscarla y ponla a secar en el patio.

—Voy ahora *mismísimo*.

Al salir, cuando ya estaba cerrando la puerta, el comisario se lo impidió.

—Déjala abierta, a ver si circula un poco de aire.

Sonó el fijo. Era Mimì Augello.

—¿Cómo estás, Salvo? Te he buscado en casa, no contestabas, después he pensado que a ti las vacaciones del quince de agosto te importan un carajo, y entonces...

—Has hecho muy bien, Mimì. ¿Cómo está Beba? ¿Y el pequeño?

—Calla, Salvo, no me hables. ¿Sabes que desde que llegamos aquí el niño ha tenido fiebre constante? Conclusión: no hemos conseguido disfrutar ni de un solo día de vacaciones. Solo ayer se le pasó por fin. Yo tendría que reanudar el servicio mañana...

—Comprendo, Mimì. Por mí, si quieres quedarte ahí una semana más, puedes hacerlo.

—¿De verdad?

—De verdad. Dales recuerdos de mi parte a Beba y un besito a tu hijo.

Cinco minutos después sonó el otro teléfono.

—¡Ah, *dottori, dottori!* Está *il señor jefe superior* que dice que quiere hablar urgentísimamente...

—Dile que no estoy.

—¿Y adónde le digo que fue?

—Al dentista.

—¿Le duele la muela?

—No, Catarella; es la excusa que tienes que darle.

Pero ¿es que *il señor jefe superior* también tocaba los cojones el 15 de agosto?

Mientras estaba firmando unos papeles que según Fazio llevaban varios meses de retraso, se le ocurrió levantar la vista. Vio en el pasillo a Catarella acercándose a su despacho. Pero ¿qué había de raro en su manera de caminar? Se lo explicó en cuanto se hizo la pregunta.

Catarella bailaba al caminar. Bailaba, ni más ni menos.

Iba de puntillas con los brazos separados y de vez en cuando hacía ademán de medio girar sobre sí mismo. ¿Sería verdad que el calor se le había subido a la cabeza? Cuando entró en el despacho, el comisario se percató de que mantenía los ojos cerrados. Oh, Virgen santísima, ¿se habría vuelto sonámbulo?

—¡Catarella!

Este, que ya se encontraba a la altura del escritorio, abrió los ojos con semblante aturdido. Tenía la mirada extraviada.

—¿Eh?

—¿Qué te pasa?

—¡Ah, *dottori, dottori!* ¡Vino una chica que hacen falta ojos para mirarla! ¡Es la viva imagen de la pobre chica *asisinada!* ¡*Madri* mía, pero qué guapa es! ¡En mi vida he visto cosa igual!

—Hazla pasar y avisa a Fazio.

La vio acercarse desde el fondo del pasillo.

Catarella la precedía literalmente doblado por la mitad, mientras con la mano hacía un gesto muy raro, como si limpiara el suelo que ella tenía que pisar. ¿O acaso estaba extendiendo a sus pies una alfombra invisible?

A medida que la chica se acercaba y se distinguían mejor sus rasgos, sus ojos, el color de su cabello, el comisario se fue levantando poquito a poco, como si se estuviera ahogando en una especie de dulcísima nada.

*Cabeza de oro pálido  
con ojos azul cielo,  
¿quién te hizo el sortilegio  
de que yo ya no sea yo?*

Era una cuarteta de Pessoa cantando en su interior.

Se armó de valor y emergió de la nada para regresar a su despacho.

Pero solo lo consiguió propinándose a sí mismo un golpe bajo tan doloroso como necesario: «Podría ser tu hija».

—Soy Adriana Morreale.

—Salvo Montalbano.

—Disculpe el retraso, pero... —Llevaba una media hora de retraso.

Se estrecharon la mano. La del comisario estaba un poco sudada: la de Adriana, seca. Su aspecto era fresco, olía a jabón, como si no llegara de la calle, sino que acabara de salir de la ducha.

—Siéntese. Catarella, ¿has ido a llamar a Fazio?

—¿Eh?

—Que si has ido a avisar a Fazio.

—Voy ahora mismito, *dottori*.

Se retiró mirando hacia atrás para poder ver a la joven hasta el último momento.

Montalbano aprovechó para observarla y ella se dejó observar.

Debía de estar acostumbrada.

Vaqueros superajustados a unas piernas muy largas, camiseta azul escotada, sandalias. Un punto a su favor: no llevaba el ombligo al aire. Y era evidente que no usaba sujetador. Tampoco se había puesto ni sombra de

maquillaje; no hacía nada por mostrarse guapa. ¿Qué más habría podido hacer, por otra parte?

Mirándola, alguna diferencia con la fotografía de su hermana sí había. Sin duda era atribuible al hecho de que Adriana tenía seis años más y no habrían sido años muy fáciles. Los ojos eran iguales en color y forma, pero la resplandeciente inocencia que había en la mirada de Rina ya no estaba en la de Adriana. Además, la chica que tenía delante presentaba una arruga minúscula junto a la boca.

—¿Usted vive con sus padres en Vigàta?

—No. Mi presencia constituía un sufrimiento para ellos. En mí veían a mi hermana, que ya no estaba. Así que cuando me matriculé en la universidad (estudio Medicina) compré un apartamento en Palermo. Pero vengo muy a menudo, no me gusta dejarlos solos demasiado tiempo.

—¿Qué curso hace?

—Estoy en tercero.

Entró Fazio, que, a pesar de haber sido preparado por Catarella, abrió unos ojos como platos en cuanto la vio.

—Me llamo Fazio.

—Soy Adriana Morreale.

—Quizá sea mejor que cierres la puerta.

En cuestión de cinco minutos, en cuanto se corriera la voz sobre la belleza de la joven, el pasillo estaría tan concurrido como una vía pública en hora punta. Fazio cerró y se sentó en la otra silla que había delante del escritorio, pero de esa manera quedaba situado en línea con la chica. Prefirió adelantarse un poco hasta la parte lateral del escritorio, ligeramente desplazado hacia delante con respecto a Montalbano.

—Le pido disculpas por no haberle dejado ir a casa, comisario —dijo Adriana.

—¡Faltaría más! Lo comprendo muy bien.

—Gracias. Hágame todas las preguntas que crea conveniente.

—Fue a usted, tal como nos ha dicho el *dottor* Tommaseo, a quien correspondió la dolorosa tarea de reconocer el cadáver. Lo lamento muchísimo, créame, pero mi trabajo me obligará, y le pido perdón desde ya, a formularle unas preguntas que...

Fue entonces cuando Adriana hizo una cosa que ni Fazio ni Montalbano se esperaban. Incluyó la cabeza hacia atrás y se echó a reír.

—¡Dios mío, pero si hablan de la misma manera! ¡Usted y Tommaseo hablan de la misma manera! ¡Casi con las mismas palabras! Pero ¿es que los obligan a seguir un cursillo especial?

Montalbano se sintió simultáneamente ofendido y aliviado. Ofendido por ser comparado con Tommaseo y aliviado porque a la chica no le gustaban los formalismos, le daban risa.

—Le he dicho —añadió Adriana— que me haga todas las preguntas que considere conveniente. Hágalas sin que parezca que anda pisando huevos. Por otra parte, no me parece su estilo.

—Se lo agradezco.

Fazio también puso cara de alivio.

—Usted, a diferencia de sus padres, siempre imaginó que su hermana había muerto, ¿verdad? —Fue directamente al grano, tal como ella quería y como convenía a todos.

Adriana lo miró con admiración.

—Sí, pero no lo imaginé. Lo supe.

Fazio y Montalbano pegaron un ligero y simultáneo respingo en la silla.

—¿Cómo que lo supo? ¿Quién se lo dijo?

—Nadie.

—Pues entonces, ¿cómo?

—Me lo dijo mi cuerpo. Y he acostumbrado a mi cuerpo a no mentirme jamás.



## 13

Pero ¿qué quería decir?

—¿Podría explicarme cómo fue...?

—No es fácil. Se debe al hecho de que Rina y yo éramos hermanas monocigóticas. Es un fenómeno de difícil explicación que nos ocurría alguna vez. Una especie de confusa comunicación emotiva a distancia.

—¿Puede explicarse mejor?

—Por supuesto. Pero he de aclarar que no era esa clase de fenómeno que si una se despellejaba una rodilla, la otra, aunque estuviera lejos, sentía dolor en la misma rodilla. Nada de eso. Se trataba en todo caso de la transmisión de una fuerte emoción. El día en que murió la abuela, Rina estaba presente y yo me encontraba en Fela, jugando con unos primos. Pues bien, de repente me asaltó una tristeza tan grande que rompí a llorar sin motivo aparente. Rina me había transmitido la situación emotiva de aquel momento.

—¿Sucedió siempre?

—No siempre.

—¿Dónde estaba usted el día que su hermana no regresó a casa?

—Me había ido la mañana del doce de octubre a casa de mis tíos de Montelusa. Iba a quedarme con ellos dos o tres días, pero volví aquel mismo día ya muy entrada la noche, pues papá llamó a mis tíos para decirles que Rina había desaparecido.

—Dígame, la tarde o la noche del día doce... ¿hubo entre su hermana y usted... bueno, esa comunicación...?

Montalbano no conseguía formular bien la pregunta, pero Adriana lo entendió muy bien.

—Sí, la hubo. A las diecinueve treinta y ocho. Consulté instintivamente el reloj.

Montalbano y Fazio se miraron.

—¿Qué ocurrió?

—Yo tenía un cuartito en casa de mis tíos, y estaba sola eligiendo cómo vestirme porque por la noche estábamos invitados a cenar en casa de unos amigos... De repente experimenté, no una sensación como la de otras veces, sino algo de tipo físico. La estrangularon, ¿verdad?

Se había acercado mucho.

—No exactamente. ¿Qué le dijo el *dottor* Tommaseo?

—Nos dijo que la habían asesinado, pero no especificó cómo. Dijo también dónde la habían encontrado.

—Cuando usted fue al depósito de cadáveres para el reconocimiento...

—Pedí que me mostraran solo los pies. Eso me bastaría. Rina tenía el dedo gordo del pie derecho...

—Lo sé. Pero después, ¿no le preguntó usted a Tommaseo cómo había muerto?

—Mire, comisario, mi único interés después del reconocimiento era librarme cuanto antes del *dottor* Tommaseo. Empezó a consolarme dándome palmaditas en la espalda y después su mano empezó a resbalar demasiado hacia abajo. Por mi manera de ser, no suelo interpretar el papel de virgen intocable, al contrario... Pero ese hombre estaba empezando a molestarme de verdad. ¿Qué tendría que haberme dicho?

—Que a su hermana la habían degollado.

Adriana palideció y se llevó una mano al cuello.

—¡Dios mío! —murmuró.

—¿Puede decirme qué sintió?

—Un dolor muy intenso en la garganta. Durante casi un minuto, que a mí se me antojó eterno, no pude respirar. Pero en aquel momento no pensé que el dolor tuviera que ver con algo que le estaba ocurriendo a mi hermana.

—¿Con qué pensó que tenía que ver?

—Verá, señor comisario, Rina y yo éramos idénticas, pero solo físicamente. En cambio, éramos muy distintas en nuestra manera de pensar y comportarnos. Rina jamás habría cometido una transgresión por pequeña que fuera, incluso mínima. Yo sí. Ya entonces me gustaba transgredir las normas. Y por eso había empezado a fumar a escondidas. Aquella vez, con la ventana

del cuartito abierta, ya me había fumado tres cigarrillos seguidos, uno detrás de otro. Así, por el simple placer de hacerlo. Por eso me pareció natural pensar que el dolor me lo había provocado el humo.

—¿Y cuándo se dio cuenta de que se trataba de su hermana?

—Inmediatamente después.

—¿Por qué?

—Lo relacioné con otra cosa que me había ocurrido unos minutos antes.

—¿Puede contárnoslo?

—Preferiría no hacerlo.

—¿Les comentó después a sus padres ese... ese contacto con su hermana?

—No. Es la primera vez que hablo de ello.

—¿Por qué no les dijo nada?

—Porque era un secreto entre Rina y yo. Habíamos jurado no revelárselo a nadie.

—¿Entre usted y su hermana había confianza?

—No tenía más remedio que haberla.

—¿Se lo contaban todo?

—Todo.

Ahora venían las preguntas más difíciles.

—¿Quiere que mande subirle algo del bar?

—No, gracias. Podemos seguir.

—¿No tiene que regresar a casa? ¿Sus padres están solos?

—Gracias, no se preocupe. He llamado a una amiga que es enfermera. Están en buenas manos.

—¿Rina le dijo si había alguien que en los últimos tiempos la hubiera molestado?

Adriana hizo lo mismo de antes. Echó la cabeza atrás y soltó una risita.

—¿Me creerá usted, comisario? Desde los trece años no había hombre que no nos molestara, tal como usted dice. A mí la cosa me hacía gracia; Rina, en cambio, se ofendía o se enfadaba muchísimo.

—Ocurrió un hecho concreto que nos han comentado y acerca del cual quisiéramos saber algo más.

—Está hablando de Ralf.

—¿Lo conocía?

—¿Cómo no! Cuando estaban construyendo el chalet de su padrastro, se presentaba en nuestra casa de Pizzo día sí día no.

—¿Qué hacía?

—Bueno, pues llegaba y se escondía, a la espera de que nuestros padres se fueran al pueblo o bajaran a la playa. Después, cuando nosotras nos levantábamos, nos espiaba desde la ventana mientras desayunábamos. A mí me hacía gracia y algunas veces le arrojaba trozos de pan como si fuera un perro. A él le gustaba el juego. Rina no lo soportaba.

—¿Ralf andaba bien de la cabeza?

—¿Bromea usted? Estaba como un cencerro. Un día sucedió una cosa más grave. Yo estaba sola en casa. La ducha del primer piso no funcionaba y entonces fui a la del piso de abajo. Al salir, me lo encontré delante completamente desnudo.

—¿Cómo había entrado?

—Por la puerta. Yo creía que estaba cerrada, pero estaba solo entornada. Era la primera vez que Ralf entraba. Yo no llevaba ni siquiera una toalla. Él me miró con ojos de perro y me suplicó que le diera un beso.

—¿Qué le dijo exactamente?

—Por favor, ¿me das un beso?

—¿Y a usted no le dio miedo?

—No. Son otras las cosas que me dan miedo.

—¿Y cómo acabó?

—Pensé que la mejor solución era seguirle la corriente. Le di un beso. Muy suave, pero en la boca. Él me puso una mano en el pecho, me lo acarició y después inclinó la cabeza y se desplomó en una silla. Yo fui al piso de arriba, me vestí, y cuando volví a bajar él ya no estaba.

—¿No pensó que podría haberla violado?

—Ni por un instante.

—¿Por qué?

—Porque enseguida advertí que era impotente. Incluso por su manera de mirarme. Pude confirmarlo cuando lo besé y cuando él me acarició. No experimentó, ¿cómo diría?, ninguna reacción evidente.

El comisario oyó claramente dentro de sus oídos el ruido de todas sus suposiciones al romperse estrepitosamente en pedazos: cómo Ralf obliga a la chica a bajar al piso subterráneo, la viola, la mata y después se mata él o se ve obligado a matarse...

Intercambió una mirada de desolación con Fazio. Este también parecía sorprendido. Después miró con admiración a Adriana: ¿cuántas muchachas había conocido que supieran decir las cosas con la misma franqueza?

—¿Usted le contó esta historia a Rina?

—Por supuesto que sí.

—Pues entonces, ¿por qué ella echó a correr cuando Ralf intentó besarla? ¿No sabía que era inofensivo?

—Comisario, ya le he dicho que en ese sentido éramos distintas. Rina no se asustó, pero se sintió ofendida. Se fue corriendo por eso.

—Me han dicho que el aparejador Spitaleri...

—Sí, pasaba en aquel momento con su coche. Vio a Rina huyendo y a Ralf persiguiéndola desnudo. Se bajó del coche y le propinó a Ralf un buen puñetazo que lo tiró al suelo. Después se inclinó sobre él, sacó una navaja del bolsillo y le dijo que, como siguiera molestando a mi hermana, lo mataría.

—¿Y después?

—Invitó a Rina a subir a su coche y la acompañó a casa.

—¿Se quedó un rato?

—Rina me dijo que lo invitó a un café.

—¿Sabe si Spitaleri y su hermana se vieron otras veces?

—Sí.

En aquel momento sonó el teléfono fijo.

—¡Ah, *dottori, dottori!* El *signor jefe superior* quiere hablar con usted urgentísimamente personalmente en persona.

—Pero ¿por qué no le has dicho que todavía estaba en el dentista?

—Yo tenía la *tintación* de *dicirle* que estaba fuera, pero el *signor jefe superior mi* dijo que no le dijera que aún *istaba* en el *dintista* y entonces yo *li* dije que usía estaba *prisente* en *prisencia*.

—Pásame la llamada al despacho de Augello. —Se levantó—. Excúseme, Adriana. Terminaré lo antes que pueda. Fazio, ven conmigo.

En el despacho de Mimì, donde por la mañana caía el sol de lleno, casi no se podía respirar.

—¿Sí? Dígame, señor jefe superior.

—¡Montalbano! Pero ¿se da usted cuenta?

—¿De qué?

—¿Cómo? Pero ¿es que ni siquiera se da cuenta?

—¿De qué?

—¡No se ha dignado siquiera contestar!

—¿A qué?

—¡Al cuestionario!

—¿Acerca de qué?

Pronunciar alguna sílaba de más le resultaba difícil.

—¡Al cuestionario sobre la plantilla que le envié hace unos quince días!  
¡Era muy urgente!

—Lo envié cumplimentado.

—¡¿A mí?!

—Pues sí.

—¿Cuándo?

—Hace seis días. —Mentira descomunal.

—¿Hizo una copia?

—Así es.

—Si no encuentro sus respuestas, se lo digo y usted me envía de inmediato la copia.

—Muy bien.

Cuando colgó, ya tenía la camisa empapada.

—¿Tú sabes algo de un cuestionario sobre la plantilla que el jefe superior nos envió hace quince días?

—Sí, señor. Recuerdo que se lo entregué.

—¿Y dónde coño habrá ido a parar? Hay que encontrarlo y cumplimentarlo, que ese es capaz de llamar dentro de media hora. Vamos a buscarlo.

—Pero en su despacho está la chica.

—Tendré que enviarla a casa.

La joven se hallaba en la misma posición en que la habían dejado, parecía no haberse movido.

—Mire, Adriana, por desgracia ha surgido un contratiempo. ¿Podría volver esta tarde?

—He de estar en casa antes de las cinco porque la enfermera se va.

—¿Pues entonces mañana por la mañana?

—Tengo un compromiso.

—Ah, pues entonces no sé cómo...

—Les propongo una cosa: los invito a comer. De esa manera podremos seguir hablando. Si les parece bien...

—Yo se lo agradezco, pero tengo que regresar a casa, ¿sabe?, es quince de agosto —dijo Fazio.

—Yo, en cambio, acepto con mucho gusto. ¿Adónde me lleva?

—Donde usted quiera.

Montalbano no podía creerlo. Se citaron en Enzo a la una y media.

—Esta chica tiene agallas —murmuró Fazio mientras Adriana salía.

Cuando se quedaron solos, empezaron a buscar por todo el despacho con creciente desolación. El escritorio estaba cubierto de montones de papeles, los había también en el mueble donde estaba la botella de agua y el vaso, en el archivador e incluso en el pequeño sofá y los dos sillones reservados para las visitas de consideración.

Sudaron la gota gorda y tardaron media hora larga en encontrar el cuestionario. Pero aquello no fue nada: sudaron todavía más para cumplimentarlo.

Cuando terminaron, ya era más de la una. Fazio se despidió y se fue.

—¡Catarella!

—¡Aquí estoy!

—Hazme una fotocopia de estas cuatro páginas. Después, si por casualidad llama alguien de parte del jefe superior preguntando por un cuestionario, envíale la fotocopia que has hecho. ¡Pero que sea la fotocopia, por lo que más quieras!

—Pierda cuidado, *dottori*.

—Ve por la ropa que has puesto a secar y tráemela. Después ve a abrir la puerta de mi coche.

Se desnudó en el cuarto de baño y tuvo la impresión de que su piel apestaba. Sería por culpa de la maldita búsqueda del cuestionario. Se lavó como mejor pudo, se cambió, le entregó la ropa sudada a Catarella para que la tendiera en el patio y se dirigió al despacho de Augello. Sabía que Mimì guardaba en un cajón un frasquito de perfume. Lo encontró. Se llamaba Irresistibile. Quitó el tapón, pensando que disponía de cuentagotas, pero resultó que al final se derramó medio frasco sobre la camisa y los pantalones. Y ahora ¿qué hacer? ¿Volver a ponerse la ropa sucia? No; quizá el perfume se evaporara al aire libre. Después le entró una duda: ¿convendría llevar consigo el ventilador portátil o no? Decidió que no. Haría el ridículo en presencia de Adriana, dándose aire con el pequeño ventilador y perfumado como una puta.

A pesar de haber mandado a Catarella que abriera la puerta, subir al coche fue como entrar en un horno. Pero no se sentía con ánimos para ir a pie hasta Enzo y, además, ya se estaba retrasando.

Delante de la *trattoria* cerrada, bajo un sol que partía las piedras, estaba Adriana al lado de un Fiat Punto. Montalbano había olvidado que Enzo celebraba el 15 de agosto cerrando la *trattoria*.

—Sígueme —le dijo a la chica.

Cerca del bar de Marinella había una *trattoria* en que jamás había entrado, pero las mesitas al aire libre siempre estaban a la sombra, protegidas por un emparrado muy espeso. Llegaron en diez minutos. A pesar de ser día festivo, no había mucha gente y pudieron sentarse a una mesita un poco apartada de las demás.

—¿Se ha cambiado y perfumado por mí? —preguntó Adriana con picardía.

—No; por mí. Y en cuanto al perfume, es que se me ha derramado encima el frasquito —contestó él en tono abatido.

Quizá habría sido mejor dejarse encima el pestazo a sudor.



Permanecieron en silencio hasta que apareció el camarero y empezó a recitar su letanía.

—Tenemos espaguetis con tomate, espaguetis a la tinta de jibia, espaguetis con erizos, espaguetis con almejas, espaguetis...

—Para mí con almejas —lo interrumpió Montalbano—. ¿Y para usted, Adriana?

—Con erizos.

El camarero dio comienzo a una segunda letanía.

—Y de segundo tenemos salmonetes a la sal, dorada al horno, lubina con salsita, rodaballo a la brasa...

—Díganoslo después —lo cortó Montalbano.

El camarero pareció ofenderse. Regresó al poco rato con los cubiertos, las copas, el agua y el vino: blanco y helado.

—¿Quiere? —le preguntó Montalbano a la joven.

—Sí.

Le llenó la copa hasta la mitad e hizo lo mismo con la suya.

—Muy bueno —dijo ella.

—La verdad, ya no recuerdo dónde nos habíamos quedado.

—Me había preguntado si Spitaleri y Rina habían vuelto a verse otras veces y yo le había contestado que sí.

—Ah, sí. ¿Qué le dijo su hermana?

—Que Spitaleri, a partir de lo de Ralf, la agobiaba un poco.

—¿En qué sentido?

—Tenía la impresión de que la espiaba. Se tropezaba con él demasiado a menudo. Por ejemplo, si iba al pueblo en el autocar de línea, a la hora de la vuelta aparecía Spitaleri y se ofrecía para llevarla. Eso hasta una semana antes.

—¿Antes de qué?

—Del doce de octubre.

—¿Y Rina dejaba que la acompañara?

—Algunas veces.

—¿Spitaleri siempre se comportaba bien?

—Sí.

—¿Y qué ocurrió una semana antes de la desaparición de su hermana?

—Una cosa desagradable. Ya había oscurecido y Rina aceptó la invitación. Pero nada más entrar en el caminito de Pizzo, a la altura de la casucha donde vivía aquel campesino que después fue detenido, Spitaleri paró el coche y empezó a manosearla. Así, de repente, según me dijo Rina.

—¿Y qué hizo su hermana?

—Pegó tal grito que el campesino salió alarmado de la casucha; Rina aprovechó para refugiarse en su casa y Spitaleri tuvo que irse.

—¿Cómo regresó Rina a casa?

—A pie. El campesino la acompañó.

—¿Dice que lo detuvieron?

—Sí, pobre hombre. Cuando se iniciaron las investigaciones, la policía también estuvo en la casucha. Y, por desgracia, encontraron debajo de un mueble un pendiente de mi hermana. Rina pensaba que se le había caído en el coche de Spitaleri y, en cambio, lo había perdido allí. Entonces yo decidí contar lo ocurrido con Spitaleri. Pero no hubo manera, ya sabe usted cómo es la policía.

—Sí, lo sé.

—Al pobre hombre lo acosaron varios meses.

—¿Sabe si interrogaron a Spitaleri?

—Pues claro. Pero él explicó que la mañana del doce estaba de viaje con destino a Bangkok. No podía haber sido él.

Llegó el camarero con los espaguetis.

Adriana se llevó a la boca el primer bocado, lo saboreó y dijo:

—Están buenos. ¿Quiere probar?

—¿Por qué no?

Montalbano alargó la mano con el tenedor y enrolló unos espaguetis. No podían compararse con los de Enzo, pero eran aceptables.

—Pruebe los míos.

Adriana hizo como Montalbano y los probó.

No volvieron a hablar hasta que terminaron. De vez en cuando se miraban y sonreían.

Había sucedido una cosa muy rara. Puede que el gesto de introducir el propio tenedor en el plato del otro hubiera establecido entre ellos una especie de confianza, de intimidad que antes no había.

## 14

Ya hacía un ratito que habían terminado de comer, pero no hablaban; estaban bebiendo un *limoncello* digestivo y ahora Montalbano se sentía observado por Adriana, tal como había hecho él con ella en la comisaría.

Para conservar una actitud de cierta seriedad, porque era muy difícil comportarse como si nada teniendo encima aquellos ojos del mismo color del mar, se encendió un cigarrillo.

—¿Me da uno, comisario?

Montalbano le ofreció la cajetilla, ella tomó un cigarrillo, se lo colocó entre los labios y se levantó a medias, inclinándose hacia delante para encenderlo con el mechero que él sujetaba.

«¡Sigue pensando que puede ser tu hija!», se ordenó el comisario.

Lo que estaba viendo debido a la posición de la muchacha hizo que empezara a darle vueltas la cabeza. Y debajo del bigote, la piel se le empapó de sudor.

Adriana no podía ignorar que, colocándose de esa manera, él se vería obligado a fisgar en su escote. Así pues, ¿por qué lo había hecho? ¿Para provocarlo? No parecía la clase de chica capaz de montar semejantes números.

¿O quizá lo había hecho pensando que, a aquellas alturas, él había llegado a una edad en que uno ya no miraba tanto a las mujeres? Sí, debía de ser eso.

No había tenido tiempo de hundirse en la melancolía cuando la joven, tras dar un par de caladas, apoyó repentinamente una mano en la suya.

Puesto que Adriana no daba para nada la impresión de tener calor y más bien se la veía tan fresca como la clásica rosa, el comisario se sorprendió al experimentar un contacto tan ardiente. ¿Era la suma de los dos calores, el

suyo y el de ella, lo que aumentaba la temperatura? Y si no era eso, ¿a cuántos grados circulaba la sangre de aquella chica?

—La violaron, ¿verdad?

Era la pregunta que Montalbano esperaba de un momento a otro, temiéndola. Se había preparado una buena respuesta, pero ahora se le había ido por completo de la cabeza.

—No.

¿Por qué le dio aquella respuesta? ¿Para no ver apagarse de golpe la luz de la belleza?

—No me dice la verdad.

—Créame, Adriana, la autopsia estableció que...

—¿... era virgen?

—Sí.

—Peor.

—¿Por qué?

—Porque entonces la violencia fue todavía más terrible.

La presión de su mano, que ahora quemaba, se intensificó.

—¿Podemos tutearnos? —preguntó Adriana.

—Si quiere... si quieres...

—Querría confesarte una cosa.

Le soltó la mano, que de pronto se quedó fría, movió la silla para colocarla al lado de la de Montalbano y se sentó. Ahora podía hablar en voz baja, en susurros.

—Violada lo fue; estoy segura. Cuando estábamos en la comisaría, no he querido decirlo delante del otro oficial. Pero contigo es distinto.

—Has comentado que unos minutos antes de aquel dolor en la garganta habías sentido otra cosa.

—Sí. Una sensación de pánico absoluto y total. Una especie de angustia prácticamente existencial. Jamás me había ocurrido.

—Explícamelo mejor.

—De repente, de pie junto al armario, vi reflejada la imagen de mi hermana. Estaba trastornada, aterrorizada. Un instante después me sentí catapultada a una espantosa oscuridad total. Percibía a mi alrededor un ambiente sombrío, viscoso, sin aire, malévolos. Un lugar, mejor dicho, un no

lugar en que cualquier horror, cualquier infamia era posible. Quería gritar, pero mi voz carecía de sonido, igual que en las pesadillas. Durante unos segundos me quedé ciega, me tambaleé en el vacío con los brazos extendidos hacia delante, me fallaban las piernas, apoyé las manos en la pared para no caer. Y fue entonces cuando...

Se detuvo; Montalbano no abrió la boca, no se movió. Solo que ahora el sudor empezó a resbalarle por la frente.

—... fue entonces cuando me sentí robada.

—¿Cómo? —no pudo por menos que preguntar él.

—Robada a mí misma. Es difícil expresarlo con palabras. Con violencia, con brutalidad, alguien estaba poseyendo mi cuerpo separado de mí para ofenderlo, para humillarlo, para anularlo, para convertirlo en objeto, en una cosa... —La voz se le quebró.

—Ya basta —dijo Montalbano. Y le tomó las manos entre las suyas.

—¿Fue así?

—Creemos que sí.

Pero ¿cómo era posible que no llorara? Los ojos se le volvieron de un azul oscuro, la arruga junto a la boca se marcó más, pero no lloraba.

¿Qué era lo que le daba aquella fuerza, aquella dureza interior? Tal vez el haber tenido conocimiento de la muerte de Rina en el preciso instante en que esta moría, mientras sus padres seguían esperando que estuviera viva.

Y a lo largo de todos aquellos años de dolor, el llanto, las lágrimas se habían transformado en una especie de masa sólida, en un grumo rocoso que ya no podía disolverse en un gesto de compasión hacia Rina y hacia sí misma.

—Has dicho que viste la imagen de tu hermana reflejada en el espejo. ¿Eso qué significa?

Adriana esbozó una leve sonrisa.

—Empezó como un juego cuando teníamos cinco años. Estábamos delante de un espejo y nos pusimos a hablar. Pero no directamente: cada una se dirigía a la imagen reflejada de la otra. Después seguimos haciéndolo también de mayores. Cuando teníamos algo serio o secreto que contarnos, nos situábamos delante de un espejo.

Y entonces apoyó un instante la cabeza en el hombro de Montalbano. Y él comprendió que no era para buscar consuelo, sino para aliviar el profundo cansancio que debía de experimentar tras haber hablado con un extraño acerca de algo tan íntimo y secreto.

A continuación la joven se levantó con gesto decidido y consultó el reloj.

—Ya son las tres y media. ¿Nos vamos?

—Como quieras.

Pero ¿no había dicho que podía estar fuera hasta las cinco?

Montalbano se levantó un poco decepcionado y el camarero se acercó con la cuenta.

—Pago yo —dijo Adriana, y sacó el dinero que guardaba en el bolsillo de los vaqueros.

Pero al llegar a la explanada donde habían aparcado, ella no hizo ademán de abrir la puerta de su coche. Montalbano la miró perplejo.

—Vamos con el tuyo.

—¿Adónde?

—Si me has comprendido, has comprendido también adónde quiero ir, no hace falta que te lo diga.

Pues claro que lo había comprendido. Lo había comprendido muy bien. Pero se estaba comportando como el soldado que no desea ir a la guerra.

—¿Te parece oportuno?

Ella no contestó y se quedó mirándolo.

Y entonces Montalbano llegó a la conclusión de que, al final, no sabría decirle que no. El soldado iría a la guerra, no había más remedio. Además, el sol le estaba machacando la cabeza, era imposible permanecer allí un solo minuto más, discutiendo al aire libre.

—Muy bien. Sube.

Subir al coche fue como tumbarse encima de una parrilla.

Montalbano echó de menos el pequeño ventilador y Adriana abrió todas las ventanillas.

Durante todo el trayecto ella permaneció con la cabeza recostada contra el respaldo y los ojos cerrados.

El comisario, en cambio, se sentía traspasado por una pregunta: ¿no estaría haciendo una bobada monumental? ¿Por qué había accedido? ¿Solo

porque en la explanada el calor no permitía discutir? Pero esa era una excusa circunstancial. La verdad es que le encantaba ayudar a aquella chica que...

«... ¡puede ser tu hija!», lo interrumpió su conciencia.

«¡Tú no te entrometas! —replicó enfurecido—. Estaba pensando en una cosa muy distinta: esta pobre chica lleva encima, desde hace seis años, un peso enorme, la percepción exacta de lo que le ocurrió a su hermana, y ahora está encontrando la fuerza de hablar, de librarse de ello. Es justo ayudarla».

«Eres un hipócrita peor que Tommaseo», dijo la voz de su conciencia.

En cuanto giró para enfilarse el caminito de Pizzo, Adriana abrió los ojos. Cuando estaban a punto de pasar por delante de su casa, la joven dijo:

—Para.

No bajó; se quedó mirando desde la ventanilla.

—Desde entonces no hemos vuelto. Sé que papá envía de vez en cuando a una mujer para mantenerla limpia y ordenada, pero no hemos tenido el valor de venir en verano, tal como hacíamos antes. Ya podemos irnos.

Cuando Montalbano se detuvo delante del chalet, la muchacha ya estaba abriendo la puerta del vehículo.

—¿De veras tienes que hacerlo, Adriana?

—Sí.

El comisario dejó el coche abierto, con las llaves puestas. Total, no había ni un alma.

Pero nada más bajar, Adriana le tomó la mano, la levantó a la altura de su boca, posó un instante los labios en su dorso y siguió sujetándola con fuerza. Él la guio hacia el lado del chalet por donde se podía acceder al piso ilegal. Los de la Científica habían colocado dos tablones para facilitar la entrada. La ventana del cuarto de baño más pequeño estaba cubierta por tiras de papel coloreado, como las que se utilizan en las obras viarias. De una de las tiras colgaba una hoja de papel con timbres y firmas. Era el precinto. El comisario lo quitó todo y entró en primer lugar, diciéndole a la joven que esperara. Encendió la linterna que había llevado y recorrió todas las estancias. Le bastó aquel recorrido de pocos minutos para quedar empapado de sudor. Allí dentro se respiraba una humedad viscosa que producía una sensación de suciedad; el aire espeso y enrarecido quemaba los ojos y la garganta.

Después ayudó a Adriana a saltar por encima del alféizar.

En cuanto entró, ella le quitó la linterna y se dirigió sin el menor titubeo hacia el salón.

«Como si ya hubiera estado aquí», pensó él mientras la seguía.

Adriana se detuvo justo en el umbral del salón e iluminó con la linterna las paredes, los marcos envueltos en nailon y el baúl. Era como si se hubiera olvidado de Montalbano. No hablaba, pero respiraba afanosamente...

—Adriana...

La muchacha no lo oyó y prosiguió con su personal descenso a los infiernos.

Echó a andar, despacio y con incertidumbre. Se acercó al baúl desplazándose un poco a la izquierda, pero después se volvió hacia la derecha, avanzó tres pasos y se detuvo.

Y justo mientras efectuaba ese movimiento, Montalbano, que se encontraba situado casi delante de ella, se dio cuenta de que mantenía los ojos cerrados. La joven estaba buscando un lugar concreto, pero no con la vista, sino con otro sentido desconocido que solo ella debía de tener.

Al llegar a la izquierda de la puerta cristalera, apoyó las manos en la pared con los brazos extendidos.

—¡Virgen santa! —exclamó Montalbano, asustado.

¿Estaba asistiendo a una especie de recreación de lo que había ocurrido allí dentro? ¿Sería posible que Adriana estuviera en cierto modo poseída por Rina?

De repente la linterna cayó al suelo. Por suerte, no se apagó.

Adriana se encontraba exactamente en el lugar donde la Científica había localizado el charco de sangre, con el cuerpo sacudido por un incesante temblor.

«¡No es posible, no es posible!», se dijo Montalbano. Su razón se negaba a creer lo que estaba viendo.

De pronto oyó un sonido que lo dejó petrificado. No un llanto, sino un lamento. Un lamento de animal herido de muerte, largo, prolongado, bajo. Procedía de Adriana.

Montalbano pegó un brinco, recogió la linterna, agarró a la muchacha por las caderas y tiró de ella. Pero la joven oponía resistencia, era como si tuviese



las manos pegadas a la pared. Entonces el comisario se introdujo entre sus brazos y la pared y le iluminó el rostro, pero ella tenía los ojos cerrados.

De la boca torcida y entreabierta le seguía brotando un lamento y un hilillo de saliva. Trastornado, el comisario la abofeteó dos veces con la mano libre, del derecho y del revés.

Adriana abrió los ojos, lo miró, lo abrazó con fuerza, pegó su cuerpo al suyo, lo empujó contra la pared y lo besó, mordiéndole los labios. El beso se prolongó bastante, mientras Montalbano sentía que el suelo se hundía bajo sus pies y se agarraba a ella casi para no caer.

Después la chica lo soltó, se dio la vuelta, echó a correr hacia la ventana del cuarto de baño y saltó por encima del alféizar. Montalbano la siguió sin tiempo de colocar de nuevo los precintos.

Adriana llegó al coche del comisario, se sentó al volante y lo puso en marcha. Montalbano apenas había tenido tiempo de subir por el otro lado cuando el vehículo salió disparado.

Adriana se detuvo delante de su casa, bajó, fue corriendo a la puerta, buscó en su bolsillo, sacó la llave y entró, dejando la puerta abierta.

Cuando Montalbano entró también, ella ya no estaba.

¿Qué debía hacer? La oyó vomitar en algún sitio.

Entonces salió y rodeó lentamente la casa. El silencio era total; mejor dicho, aparte de los millares de cigarras, reinaba un silencio total. Antaño debía de haber en la parte trasera un campo de cultivo de trigo. Quedaba solo un almiar alto y estrecho.

Debajo de un matojo de hierba silvestre ya amarillenta, un gorrión rodaba por la hierba: era su manera de lavarse a falta de agua.

A Montalbano le entraron ganas de hacer lo mismo, necesitaba limpiarse también de toda la suciedad que se le había adherido a la piel en el apartamento subterráneo.

Entonces, sin apenas darse cuenta, hizo una cosa que solía hacer de pequeño: se quitó la camisa, los pantalones y los calzoncillos y, desnudo, restregó el cuerpo contra la paja.

Después extendió los brazos al máximo y lo abrazó, tratando de hundir en él la cabeza todo lo posible. Y entretanto se iba abriendo paso hacia el interior del almiar, empujando con todo el peso del cuerpo, moviéndolo de

derecha a izquierda y viceversa. Al final empezó a percibir un olor limpio y seco de paja abrasada; lo aspiró a fondo y volvió a aspirarlo hasta percibir también un aroma que probablemente solo existía en su imaginación, el de la brisa del mar que había conseguido penetrar hasta el compacto interior del almiar y había quedado aprisionado en él. Una brisa marina que tenía un regusto amargo, como quemado por los ardores de agosto.

De repente, medio pajar se le cayó encima y lo cubrió.

Y entonces se quedó así, inmóvil, sintiendo que lo limpiaban todas las briznas de hierba depositadas sobre su piel.

Una vez, siendo niño, había hecho lo mismo, y su tía, que no conseguía encontrarlo, se puso a llamarlo:

—¡Salvo! ¿Dónde estás, Salvo?

Pero aquella no era la voz de su tía; era Adriana que lo llamaba, ¡y desde muy cerca, por cierto!

¿Por qué había tenido aquella ocurrencia? ¿Acaso se había vuelto loco? ¿Era el calor lo que le hacía cometer todas esas bobadas? ¿Y ahora cómo iba a resolver la ridícula situación?

—¿Salvo? Pero ¿dónde estás, Sal...?

¡Seguro que había visto la ropa tirada por el suelo! Comprendió que se estaba acercando.

Lo había descubierto. ¡Virgen santa, menudo papelón! Montalbano cerró los ojos, confiando en volverse invisible. La oyó troncharse de risa, seguramente echando la cabeza atrás tal como había hecho en la comisaría. El corazón empezó a palparle cada vez más rápido. Bueno pues, ¿por qué ahora no le daba un buen infarto? Habría sido la solución ideal. Después notó, más fuerte que el olor de la paja abrasada, más fuerte que la brisa del mar, el aroma arrebatador de la piel de Adriana. Se había duchado. Ya debía de encontrarse a pocos centímetros de él.

—Si alargas la mano, te doy la ropa —dijo Adriana.

Montalbano obedeció.

—Ahora me pongo de espaldas; quédate tranquilo —añadió.

Solo que su risa siguió humillándolo mientras él, muerto de vergüenza, se vestía de nuevo.

—Se me ha hecho tarde —dijo Adriana cuando estaban a punto de subir al coche—. ¿Me dejas conducir?

La joven había comprendido que, en cuestión de pisar el acelerador, Montalbano no daba la talla.

Durante todo el trayecto, muy corto puesto que en un santiamén llegaron a la explanada que había delante de la *trattoria*, ella mantuvo la mano derecha apoyada en su rodilla, conduciendo solo con la izquierda. ¿Fue a causa de esa manera de conducir o bien a causa del bochorno por lo que el comisario acabó empapado de sudor?

—¿Estás casado?

—No.

—¿Tienes novia?

—Sí, pero no vive en Vigàta. —Pero ¿por qué se lo decía?

—¿Cómo se llama?

—Livia.

—¿Dónde vives?

—En Marinella.

—Dame el teléfono de tu casa.

Montalbano se lo dijo y ella lo repitió.

—Memorizado.

Habían llegado. El comisario abrió la puerta. Se quedaron mirándose a los ojos un momento. Adriana se inclinó y lo besó muy suavemente.

—Gracias.

El comisario la miró mientras se alejaba derrapando.

Decidió no pasar por la comisaría e irse directamente a Marinella. Ya eran casi las seis cuando, con el bañador puesto, abrió la puerta cristalera que daba a la galería. Y allí se encontró con dos muchachos y una chica; los tres veinteañeros se habían pasado claramente todo el día en la galería, habían comido y bebido, y se habían desnudado para bañarse. En la playa todavía quedaban decenas de personas disfrutando de los últimos rayos del sol.

Pero la arena estaba llena de papeles, restos de comida, cajas, botellas... en resumen, un auténtico vertedero. Y en un vertedero se había convertido

también la galería: en el suelo había todo un revoltijo de colillas de cigarrillo y porros, latas de cerveza y Coca-Cola.

—Antes de irnos, limpiadlo todo —dijo Montalbano, bajando por la escalerita para acercarse a la orilla.

—Sí, pero tú límpiate el culo —replicó uno de los jóvenes a su espalda.

El otro chico y la chica se echaron a reír.

Habría podido hacer la vista gorda, pero decidió dar media vuelta y regresar muy despacio.

—¿Quién ha hablado?

—Yo —contestó el más fornido y con más pinta de prepotente.

—Baja.

El chico miró a sus amigos.

—Le arreglo las cuentas al viejo y vuelvo.

Sonoras carcajadas.

El muchacho se le colocó delante con las piernas separadas, se preparó y le soltó un guantazo diciendo:

—Ve a bañarte, abuelo.

Montalbano lo paró y lanzó un izquierdazo que el otro esquivó, por lo que el rechazó, como era de prever, lo alcanzó en pleno rostro y lo hizo tambalearse hacia atrás, medio desmayado. No había sido un puñetazo sino un mazazo. Las carcajadas de los otros dos enmudecieron de golpe.

—Cuando regrese, tiene que estar todo limpio.

Hubo de adentrarse mucho para encontrar un poco de agua limpia, pues cerca de la orilla flotaba de todo, desde cigarros a vasos de plástico; una auténtica porquería.

Antes de regresar, anduvo por la playa buscando un lugar donde hubiera menos gente y donde el agua quizá no estuviera tan sucia. Pero eso lo obligó a caminar aproximadamente media hora por la orilla.

Cuando por fin llegó a su casa, los chicos ya se habían ido. Y la galería estaba limpia.

Bajo la ducha, que todavía estaba caliente, pensó en el puñetazo que le había propinado al chico. ¿Sería posible que tuviera todavía tanta fuerza? Después comprendió que no se había tratado tan solo de fuerza, sino también

de una descarga violenta de toda la tensión acumulada a lo largo de aquel 15 de agosto.

## 15

Bien entrado el anochecer, las familias con niños que lloraban o gritaban, las pandillas de borrachos pendencieros, las parejitas bien pegadas, los chicos solitarios con un móvil pegado a la oreja, otras parejitas con radio, CD y chismes sonoros a todo volumen, despejaron finalmente la playa.

Ellos se fueron, pero la suciedad se quedó.

«A estas alturas, la suciedad —pensó el comisario— se ha convertido en un signo seguro del paso del hombre. Hasta el Everest es ya un vertedero, e incluso el espacio se utiliza como lugar de descarga de desperdicios».

Dentro de diez mil años la única prueba de la existencia del hombre en la tierra será el descubrimiento de enormes cementerios de coches, el monumento superviviente de una civilización (?) perdida.

Cuando llevaba un rato sentado en la galería, empezó a notar que el aire apestaba: la basura que cubría la playa ya no se veía porque estaba oscuro, pero le llegaba el hedor de la rápida putrefacción causada por el excesivo calor.

No era cuestión de quedarse fuera. Pero tampoco se podía estar dentro con las ventanas cerradas para que no entrara el mal olor, pues el calor absorbido por las paredes jamás llegaría a desprenderse.

Entonces se vistió, cogió el coche y se fue a Pizzo. Al llegar al chalet, se dirigió a la escalera que llevaba a la playa.

Se sentó en el primer escalón y encendió un cigarrillo. Había acertado, allí estaba muy alto y no llegaba el olor de las porquerías que también debía de haber en la playa.

No quería pensar en Adriana, pero no lo consiguió.

Se pasó dos horas así, y cuando se levantó para regresar a Marinella, ya había llegado a la conclusión de que, cuanto menos viera a la joven, mejor.

—¿Qué le dijo ayer la señorita Adriana? —preguntó Fazio.

—Me dijo algo que no sabía, pero que imaginaba. ¿Recuerdas que Dipasquale nos contó, y Adriana lo confirmó, que Rina había sido atacada por Ralf y que Spitaleri la había salvado?

—Pues claro que lo recuerdo.

Entonces el comisario se lo contó todo, que a partir de aquel momento Spitaleri siempre había ido detrás de Rina, hasta que un día la manoseó en el coche y ella se salvó porque apareció un campesino. Y le contó también que el campesino las había pasado moradas por culpa de un pendiente de Rina que encontraron en su casa, pero que el pobre hombre no tenía nada que ver con el crimen.

No le mencionó que había acompañado a Adriana a Pizzo ni lo que había ocurrido allí.

—En resumen —dijo Fazio—, no tenemos nada de nada. Ralf no pudo haber sido porque era impotente, Spitaleri tampoco porque se había ido, Dipasquale tiene una coartada...

—La situación de Dipasquale es la más débil. La suya es una coartada que puede haberse fabricado.

—Cierto, pero vete tú a demostrarlo.

—*Dottori*, está el fiscal Dommaseo.

—Pásamelo.

—¿Montalbano? He tomado una decisión.

—Dígame.

—Lo hago.

¿Y quería contárselo a él?

—¿Qué?

—Una rueda de prensa.

—Pero ¿qué necesidad hay?

—¡La hay, Montalbano, la hay!

La verdadera necesidad era que Tommaseo se moría de ganas de exhibirse en la televisión.

—Los periodistas —añadió el fiscal— se han oído algo y empiezan a hacer preguntas. No querría correr el riesgo de que ofrecieran una imagen distorsionada del cuadro general.

Pero ¿qué cuadro general?

—Por supuesto que sería un grave riesgo.

—¿Está de acuerdo?

—¿Ya la ha convocado?

—Sí, para mañana a las once. ¿Vendrá?

—No. ¿Qué va a explicar usted?

—Hablaré del delito.

—¿Dirá que la violaron?

—Bueno, lo insinuaré.

¡Imagínate! ¡A los periodistas les bastaba mucho menos que una insinuación para lanzarse en tromba sobre un tema!

—¿Y si le preguntan si tiene alguna idea acerca del culpable?

—Bueno, ahí tendremos que ser muy hábiles.

—Tal como lo es usted.

—Modestamente... diré que estamos trabajando con dos pistas: una es el control de las coartadas de los albañiles y otra la de un obseso sexual de paso que obligó a la chica a acompañarlo al apartamento ilegal. ¿Está de acuerdo?

—Totalmente.

¡Un obseso sexual de paso! ¿Y cómo se las arreglaba un obseso sexual de paso para conocer la existencia de un apartamento ilegal si la obra estaba vallada?

—Para esta tarde he vuelto a convocar a Adriana Morreale —dijo Tommaseo—. Quiero vencer sus posibles reticencias, interrogarla a fondo, a fondo y largo rato, quiero dejarla al desnudo.

Le había cambiado la voz. Montalbano temió que empezara a suspirar y decir «aaaah, aaaah» como en una película porno.



Ahora ya se estaba convirtiendo en una costumbre. Antes de irse a la *trattoria* de Enzo, se cambió de ropa y le dio a Catarella las prendas sudadas. Después, al terminar de comer —poca cosa porque no tenía apetito—, experimentó una especie de desgana y se fue a Marinella.

¡Oh, milagro! ¡Cuatro basureros estaban terminando de limpiar la playa! Se puso el bañador y se metió en el agua en busca de frescor. A continuación se tumbó y se pasó una hora durmiendo.

A las cuatro ya estaba otra vez en la comisaría. Pero no le apetecía hacer nada.

—¡Catarella!

—Dígame, *dottori*.

—Que no entre nadie en mi despacho sin antes avisar, ¿está claro?

—Sí, señor.

—Ah, oye, ¿al final llamaron desde Montelusa por lo de aquel cuestionario?

—Sí, señor *dottori*, ya lo envié.

Cerró con llave la puerta del despacho, se quitó la ropa hasta quedarse tan solo en calzoncillos, arrojó al suelo los papeles que había encima de un sillón, lo acercó al pequeño ventilador, que orientó de tal manera que el aire le refrescara el torso, y se sentó confiando en sobrevivir.

Una hora después sonó el teléfono.

—*Dottori*, aquí hay uno que dice que es comandante de la Fiscal y que se llama Lacañà.

—Pásamelo.

—No si lo puedo pasar porque *il* susodicho se *incuentra* aquí personalmente en persona.

¡Oh, Dios mío, y él estaba prácticamente en cueros!

—Dile que estoy hablando por teléfono y hazlo pasar dentro de cinco minutos.

Volvió a vestirse a toda prisa. Parecía que acabaran de planchar la ropa: aún estaba impregnada de calor. Salió al encuentro de Laganà. Lo invitó a sentarse y cerró con llave la puerta de su despacho. Se avergonzó al ver a su visitante, vestido con un uniforme que parecía recién salido de la lavandería.

—¿Le apetece tomar algo, mi comandante?

—Nada, *dottore*, todo lo que tomo me hace sudar.

—¿Por qué se ha molestado? Podía haber llamado por teléfono...

—*Dottore*, ahora mismo no conviene decir las cosas por teléfono.

—Pues entonces, quizá mejor unos *pizzini* como los de Provenzano.

—Esas también se pueden interceptar. Lo único que se puede hacer es hablar directamente, a ser posible en lugar seguro.

—Este tendría que serlo.

—Esperemos. —Se metió una mano en el bolsillo, sacó una hoja doblada en cuatro y se la entregó a Montalbano—. ¿Es esto lo que le interesaba?

El comisario la examinó.

Era el resguardo de entrega de la empresa Ribaudó de unos tubos y unas mallas de protección con fecha del 27 de julio a la obra de Spitaleri en Montelusa. Firmado por Filiberto Attanasio, el vigilante.

—Se lo agradezco; esto es precisamente lo que estaba buscando. ¿Se han dado cuenta de algo?

—No creo. Esta semana hemos retirado de allí dos cajas de documentos. En cuanto encontré el resguardo de entrega, lo hice fotocopiar y se lo he traído.

—No sé cómo agradecerse.

En la entrada de la comisaría, mientras ambos se estrechaban la mano, Laganà dijo sonriendo:

—No hace falta que le ruegue que no diga a nadie cómo ha conseguido este documento.

—Me ofende usted, mi comandante.

Laganà vaciló un instante, puso una cara muy seria y después añadió en voz baja:

—Tenga mucho cuidado con Spitaleri.

—¿Federico? Soy Montalbano.

El comisario Lozupone pareció alegrarse sinceramente de oírlo.

—¡Salvo! ¡Pero qué alegría! ¿Cómo estás?

—Bien. ¿Y tú?

—Bien. ¿Necesitas algo?

—Quisiera hablar contigo.

—Pues habla.

—En persona.

—¿Es urgente?

—Bastante.

—Mira, seguramente estaré en el despacho hasta...

—Mejor fuera.

—Ah. Podríamos vernos en el café Marino a las...

—Mejor que no sea un lugar público.

—Me estás asustando. ¿Dónde?

—En tu casa o en la mía.

—Tengo una mujer muy curiosa.

—Pues entonces ve a mi casa de Marinella, que ya sabes dónde está. ¿Te va bien a las diez de esta noche?

A las ocho, cuando estaba saliendo del despacho, llamó Tommaseo. Había decepción en su voz.

—Quería pedirle una confirmación.

—Se lo confirmo.

—Perdone, Montalbano, pero ¿qué confirma?

—Ah, pues no sé, pero si usted me pide una confirmación, yo estoy dispuesto a dársela.

—¡Pero si no sabe qué tiene que confirmar!

—Comprendo, usted no quiere una confirmación genérica sino concreta.

—¡A ver!

De vez en cuando le gustaba tomarle el pelo a Tommaseo.

—Pues entonces, dígame.

—Esa chica, Adriana... hoy entre otras cosas estaba más guapa que nunca, no sé cómo lo hace, es como un concentrado de mujer, cualquier cosa que diga o haga, uno se queda extasiado... Bueno, dejémoslo correr, ¿qué le estaba diciendo?

—Que uno se queda extasiado.

—No, Dios mío; eso era un inciso. Ah, sí, Adriana me ha dicho que su hermana había sido atacada, sin consecuencias que lamentar, por un joven alemán que posteriormente murió en un accidente ferroviario en Alemania. Lo diré en la rueda de prensa.

¿Accidente ferroviario? Pero ¿qué demonios había comprendido Tommaseo?

—Pero, por más que he insistido, no ha sabido o querido decirme nada más, señalando que de nada servía que siguiera interrogándola porque ella no mantenía ninguna relación de confianza con su hermana y, además, ella y Rina se peleaban a menudo con tal violencia que los padres hacían todo lo posible por mantenerlas separadas. Tanto es así que el día que Rina fue asesinada, ella no estaba en Vigàta. Y ahora yo le pregunto, puesto que la chica me ha dicho que ayer por la mañana usted la interrogó, si a usted también le dijo que ella y su hermana no mantenían muy buenas relaciones.

—¡Cómo no! Me dijo que llegaban a las manos prácticamente dos o tres veces al día.

—Por consiguiente, ¿es inútil que la convoque de nuevo?

—Creo con toda sinceridad que es inútil.

Al parecer, Adriana estaba hasta las narices de Tommaseo y se había inventado esa mentira contando con su complicidad.

Adriana lo llamó a Marinella cuando ya eran casi las nueve.

—¿Puedo pasar por tu casa dentro de una hora?

—Lo siento, pero tengo un compromiso. —Y si no lo hubiera tenido, ¿qué le habría contestado?

—Bien, qué remedio. Quería aprovechar que han llegado unos tíos de Milán, ya te hablé de ellos, los que estaban en Montelusa.

—Sí, me acuerdo.

—Han venido para el entierro.

Él lo había olvidado por completo.

—¿Cuándo es?

—Mañana por la mañana. Mis tíos se irán inmediatamente después. Para mañana por la noche no aceptes ningún compromiso; espero que mi amiga la enfermera pueda venir.

—Adriana, yo tengo un trabajo que...

—Procura hacer todo lo posible. Ah, hoy me ha convocado a su despacho Tommaseo. Se le caía la baba mirándome las tetas. Y pensar que, para la ocasión, me había puesto un sujetador blindado... Le he contado una mentira para quitármelo de encima de una vez por todas.

—Sé lo que le has contado, me llamó para preguntarme si era verdad que tú y Rina no os soportabais.

—¿Y qué le dijiste?

—Se lo confirmé.

—No dudaba de ello. Te quiero. Hasta mañana.

Montalbano corrió a ducharse antes de que llegara Lozupone. Aquellas dos palabras, «te quiero», le habían producido un sudor instantáneo.

Lozupone tenía cinco años menos que Montalbano, era un hombre macizo y de palabras medidas. Acerca de él no circulaban chismes, era honrado y siempre había cumplido con su deber. Por consiguiente, Montalbano tenía que hablar utilizando las palabras adecuadas. Le ofreció un *whisky* y lo invitó a sentarse en la galería. Por suerte, soplaba un poco de aire.

—Adelante, Salvo. ¿Qué tienes que decirme?

—Es una cuestión muy delicada y, antes de actuar, quiero hablar contigo.

—Aquí me tienes.

—Estos días me estoy encargando del homicidio de una chica...

—He oído algo al respecto.

—Y he tenido ocasión de interrogar a un especulador inmobiliario, Spitaleri, al que tú también conoces.

Lozupone pareció ponerse en guardia y reaccionó con cierta aspereza.

—¿Qué significa que lo conozco? Lo conozco tan solo porque me encargué de las investigaciones sobre la muerte accidental de un albañil en una obra suya de Montelusa.

—Precisamente. Y yo quería saber algo acerca de tu investigación. ¿A qué conclusión llegaste?

—Creo que ya te la he dicho: muerte accidental. La obra, cuando yo llegué, estaba en regla. Permití reanudar los trabajos después de cinco días de cierre.

—¿Cuándo te llamaron?

—El lunes por la mañana, cuando descubrieron el cuerpo del albañil. Y te lo repito, todas las medidas de seguridad eran correctas. La única conclusión posible era que el árabe, que había bebido unas copas de más, saltó por encima de la barandilla de protección y cayó. La autopsia estableció, entre otras cosas, que dentro tenía más vino que sangre.

Montalbano se sorprendió, pero no lo dio a entender. Sin embargo, si las cosas habían ocurrido tal como decía Lozupone y como afirmaba Spitaleri, ¿por qué Filiberto había contado otra historia? Por otra parte, ¿no había un resguardo de entrega de la empresa Ribaudó que demostraba que el vigilante había dicho la verdad? ¿No era mejor coger a Lozupone por los cuernos y decirle que él, Montalbano, opinaba otra cosa al respecto?

—Federì, ¿no se te pasó por la cabeza la posibilidad de que, cuando cayó el albañil, no hubiera en la obra ninguna protección y que la colocaran a lo largo del domingo? ¿Para que cuando tú llegaras el lunes por la mañana lo encontraras todo en regla?

Lozupone volvió a llenarse el vaso de *whisky*.

—Pues claro que se me pasó por la cabeza.

—¿Y qué hiciste?

—Lo mismo que habrías hecho tú.

—¿O sea?

—Le pregunté a Spitaleri qué empresa le servía el material para los andamios. Y él me contestó que la Ribaudó. Se lo dije a Laurentano, pues quería que convocara, o me autorizara a mí a convocar, a los de la Ribaudó. Y él dijo que no, dijo que para él la investigación terminaba allí.

—La prueba que tú querías buscar en Ribaudó la he conseguido yo. Spitaleri hizo que le enviaran el material al amanecer del domingo y lo instaló con la ayuda del maestro de obras Dipasquale y el vigilante Attanasio.

—¿Y qué quieres hacer con esa prueba?

—Entregártela a ti o al fiscal Laurentano.

—Déjame ver.

Montalbano le entregó el resguardo. Lozupone lo miró y se lo devolvió.

—No demuestra nada.

—Pero ¿has visto la fecha? ¡El veintisiete de julio era domingo!

—¿Sabes qué puede contestar Laurentano? Primero, que dada la frecuente relación profesional entre Spitaleri y Ribaudó, no era la primera vez que Ribaudó facilitaba material a Spitaleri a pesar de ser día festivo. Segundo, que el material se necesitaba porque el lunes por la mañana tenían que empezar a levantar los demás pisos del edificio. Tercero, ¿el *dottor* Montalbano querría explicarme cómo ha llegado a sus manos este documento? En resumen, Spitaleri se salva, y tú y quien te haya dado el documento os vais a tomar por culo.

—Pero ¿Laurentano es un corrupto?

—¡¿Laurentano?! ¿Qué dices? Laurentano es uno que quiere hacer carrera. Y para hacer carrera, la primera regla es no molestar al perro dormido.

Montalbano estaba tan furioso que se le escapó:

—¿Y tu suegro qué piensa?

—¿Lattes? No te pases, Salvo. No mees fuera del tiesto. Mi suegro tiene ciertos intereses políticos, es verdad, pero sobre esta historia de Spitaleri nunca me ha dicho nada.

A saber por qué, Montalbano se alegró de la respuesta.

—¿Entonces te rindes?

—¿Qué tendría que hacer a tu juicio? ¿Ponerme a luchar como Don Quijote contra los molinos de viento?

—Spitaleri no es un molino de viento.

—Montalbà, hablemos claro. ¿Sabes por qué Laurentano no quiere que yo siga adelante? Porque en su balanza personal ha colocado de un lado a Spitaleri con sus protecciones políticas y del otro el cadáver de un anónimo

inmigrante árabe. ¿Hacia dónde se inclina la balanza? Solo un periódico dedicó tres líneas a la muerte del árabe. ¿Qué piensas que ocurrirá si la cosa alcanza a Spitaleri? Un revuelo de televisiones, radios, periódicos, interpelaciones parlamentarias, presiones, incluso chantajes... Y yo te pregunto: ¿cuánta gente, entre nosotros y entre los jueces, tiene en su despacho la misma balanza que Laurentano?



## 16

Estaba tan furioso que se quedó en la galería a terminarse la botella de *whisky* con la clara intención, si no de emborracharse, por lo menos de alcanzar un estado de somnolencia que le permitiera irse a dormir.

Bien mirada la cuestión, con la mente fría, sin fáciles entusiasmos y sin ninguna necesidad de salir disparado, Lozupone tenía razón; jamás conseguirían joder a Spitaleri con esa prueba que a Montalbano le había parecido tan importante.

Y después, suponiendo que Laurentano tuviera el valor de seguir adelante y suponiendo que un inconsciente compañero suyo lo enviara a juicio, durante el proceso, cualquier abogado habría desmontado la prueba en un abrir y cerrar de ojos. Pero ¿era precisamente porque la prueba carecía de importancia, a pesar de ser indudablemente una prueba, por lo que Spitaleri no sería condenado?

¿O bien porque en la Italia actual, gracias a la aprobación de leyes cada vez más permisivas en favor del culpable, faltaba por encima de todo la firme voluntad de enviar a la cárcel al autor de un delito?

Pero ¿por qué había tenido, y seguía teniendo, tantas ganas de perjudicar al aparejador?

¿Porque había cometido un delito urbanístico? Anda ya, en tal caso habría tenido que tomarla con la mitad de los sicilianos, pues poco faltaba para que las obras ilegales superaran a las legales en la isla.

¿Porque había habido un muerto en una de sus obras?

Pero ¿cuántos presuntos accidentes laborales había que nada tenían de accidentes sino que eran auténticos crímenes por parte del empresario?

No; el motivo era otro.

Habían sido las palabras de Fazio, cuando le informó que a Spitaleri le gustaban las menores de edad y entonces él pensó que también debía de ser un turista sexual, las que le habían provocado aquella especie de violenta aversión.

No soportaba a esos personajes que se desplazaban en avión de un continente a otro para aprovecharse de la pobreza y la miseria material y moral de la manera más indigna.

Quien es así, aunque en su país viva en un palacio de lujo, aunque viaje en primera clase, se aloje en hoteles de diez estrellas y acuda a restaurantes donde un huevo frito cuesta cien mil euros, sigue siendo en su fuero interno un miserable, más miserable que el que roba las limosnas de una iglesia o la merienda de un chiquillo no por hambre, sino por el simple placer de hacerlo.

Y los hombres de esa calaña son ciertamente capaces de cometer las más repugnantes y abyectas acciones.

Al final, al cabo de unas dos horas, se le empezaron a cerrar los ojos. En el vaso quedaba el último dedo de *whisky*. Se lo bebió y se atragantó. Mientras tosía, recordó algo que le había dicho Lozupone.

Lo de que la autopsia había confirmado que el árabe había bebido mucho y que por eso se había caído.

Pero se podía formular otra hipótesis: que el árabe no hubiera muerto de inmediato tras la caída. Se encontraba en estado agonizante y, por consiguiente, en condiciones de tragar. Y entonces Spitaleri, Dipasquale y Filiberto aprovecharon la ocasión para obligarlo a beber vino a lo bestia. Y después lo dejaron morir solo.

Fueron capaces de hacerlo y la idea debió de ocurrírsele al más audaz de ellos, Spitaleri. Y si la situación era la que se estaba imaginando, el derrotado no era solo él, Montalbano, sino la propia justicia, mejor dicho, la idea misma de la justicia.

Pasó toda la noche sin pegar ojo. La rabia que tenía en el cuerpo duplicaba el calor. Sudó tanto que sobre las cuatro de la madrugada se levantó y cambió las sábanas. Pero todo fue inútil: al cabo de media hora estaban tan mojadas como las que acababa de retirar.

A las ocho ya no pudo permanecer tumbado. No aguantaba la impaciencia, los nervios, el calor.

Le acudió a la mente Livia, que en un barco en alta mar debía de estar pasándolo mucho mejor que él. Entonces la llamó al móvil. Una voz femenina le comunicó que el teléfono al que llamaba estaba apagado y que, si quería, podía probar a llamar más tarde.

¡Claro, a esa hora la señorita debía de estar durmiendo o ayudando a su querido primo Massimiliano a gobernar el barco! Experimentó un ataque de picor y empezó a rascarse hasta hacerse sangre.

Para remediarlo, bajó de la galería a la playa. La arena ya quemaba. Se dio un buen chapuzón; mar adentro el agua todavía estaba fresca. Pero el refrigerio fue muy breve: justo el tiempo de volver y ya estaba seco. «¿Por qué tengo que ir a la comisaría?», se preguntó.

No tenía muchas cosas que hacer, mejor dicho, no tenía ninguna. Tommaseo estaba ocupado con la rueda de prensa, Adriana tenía el entierro de su hermana, el jefe superior de policía quizá estaba demasiado ocupado examinando las respuestas a los cuestionarios que había enviado a las distintas comisarías. Y a él solo le apetecía pasear sin rumbo fijo, pero fuera de casa.

—¿Catarella?

—A sus órdenes, *dottori*.

—Pásame a Fazio.

—Ahora mismo.

—¿Fazio? Esta mañana no voy a la comisaría.

—¿No se encuentra bien?

—Me encuentro perfectamente. Pero estoy convencido de que, si voy, me encontraré mal enseguida.

—Razón que le sobra, *dottore*. Aquí hace un calor que ahoga, nos falta el aire a todos.

—Iré por la tarde, sobre las seis.

—De acuerdo. Ah, *dottore*, ¿me presta su ventilador?

—Cuidado no me lo rompas.

Media hora después, en el camino de Pizzo, paró delante de la casucha del campesino. La puerta estaba abierta. Llamó.

—¡Ah de la casa!

A la ventana alta que había encima de la puerta se asomó el hombre a quien Gallo había roto una tinaja con el coche. Por la manera en que lo miró, Montalbano comprendió que no lo reconocía.

—¿Qué quiere? —preguntó el campesino.

Como le dijese que era policía, igual no lo dejaba entrar.

Acudieron en su ayuda las desangeladas voces de unas cuantas gallinas, procedentes del fondo de la casa. Probó a adivinar.

—¿Tiene huevos frescos?

—¿Cuántos quiere?

No debía de ser un gallinero muy grande.

—Con media docena me arreglo.

—Entre.

Montalbano lo hizo.

Un cuarto vacío que debía de servir para todo. Una mesa, dos sillas, un aparador. Junto a una pared, un hornillo de gas con la bombona, y a su lado una repisa de mármol con unos cubiertos, vasos y platos, una sartén, una olla... utensilios baratos desgastados por el uso y el tiempo. En una pared colgaba un fusil de caza.

El campesino apareció por una escalera de madera que debía de llevar a la habitación de arriba, que sería el dormitorio.

—Voy a buscárselos.

Salió. El comisario se sentó en una silla.

El hombre regresó con tres huevos en cada mano. Avanzó dos pasos en dirección a la mesita y se detuvo en seco, mirando fijamente a Montalbano. Se le demudó la cara.

—¿Qué le pasa? —preguntó el comisario levantándose.

—¡Aaaaah! —rugió el campesino.

Y le arrojó a la cabeza los tres huevos que tenía en la mano derecha. Pese a haber sido pillado por sorpresa, Montalbano consiguió esquivar dos mientras que el tercero le dio en el hombro izquierdo y le chorreó por la camisa.

—¡Ahora te conozco, policía asqueroso!

—Pero oiga...

—¿Todavía con la misma historia? ¡¿Todavía?!

—Pero yo solo he venido para...

Los otros huevos le dieron uno en la frente y dos en el pecho.

Montalbano se quedó ciego. Se llevó el pañuelo a los ojos para limpiárselos, y cuando estuvo en condiciones de ver de nuevo entre los pegajosos párpados, descubrió que el campesino lo estaba apuntando directamente con el fusil de caza.

—¡Fuera de mi casa, policía de mierda!

Montalbano salió corriendo.

¡Sus compañeros se las habrían hecho pasar moradas a aquel desgraciado! Las manchas de la camisa eran tan grandes que por delante la prenda parecía de un color y por detrás de otro. Tuvo que regresar a Marinella para cambiarse. Y allí encontró a Adelina, fregando el suelo.

—*Dutturi*, ¿con huevos le han dado?

—Sí, un pobre hombre. Voy a cambiarme.

Se lavó con el agua caliente que salía de la cañería y se puso una camisa limpia.

—Me marchó, *Adelì*.

—*Dottori*, *li* quería decir que mañana no podré *vinir*.

—¿Por qué?

—Voy a ver a mi hijo mayor, que *istá* en la cárcel de Montelusa.

—¿Y el pequeño?

—Ese también *istá* en la cárcel, pero en *Palermu*.

Adelina tenía dos hijos, ambos delincuentes que se pasaban la vida entrando y saliendo de la cárcel.

Montalbano también los había puesto a la sombra algunas veces. Pero los chicos siempre le habían mostrado aprecio. Incluso era padrino del hijo de uno de ellos.

—Dale recuerdos.

—De su parte. *Li* quería decir que, como no vengo, *li* prepararé más cosas para comer.

—Hazme cosas frías, que así duran más.

Regresó a Pizzo, esta vez con el bañador.

Pasó a gran velocidad por delante de la casucha del campesino, temiendo que este le pegara un tiro, pasó por delante de la casa de Adriana, que tenía la puerta y las ventanas cerradas, y llegó al chalet.

Como tenía la llave, entró, se quitó la ropa, se puso el traje de baño, salió, bajó por la escalera de piedra y llegó a la playa. A esa hora había muy pocos bañistas, en su mayoría extranjeros. Los sicilianos, pasado el 15 de agosto, consideran terminada la temporada estival aunque haga más calor que antes.

De la primera vez que se bañó en aquellas aguas cuando estuvo allí con Callara, le había quedado el recuerdo de una sensación de placer y limpieza. Se adentró en el mar y comenzó a nadar. Permaneció en el agua hasta que se le arrugaron los dedos, señal de que era hora de salir.

Tenía intención de ducharse con agua fría y regresar a Marinella para comerse la exquisitez preparada por Adelina.

Pero la subida por la escalera bajo un sol de justicia lo debilitó y le hizo perder las fuerzas. Nada más entrar en el chalet, fue a tumbarse en la cama de matrimonio.

Eran las dos y media cuando se tumbó y eran casi las cinco cuando despertó. El colchón conservaba incluso el perfil de su cuerpo desnudo, un perfil húmedo.

Permaneció tanto rato bajo la ducha que gastó toda el agua del depósito, pero aquella no era su casa, estaba deshabitada y podía permitírsele sin sentir remordimientos.

Cuando salió para irse a la comisaría, descubrió que delante del chalet había otro automóvil que ya le parecía haber visto en otro sitio, aunque no recordaba dónde. No había gente por los alrededores. A lo mejor habían bajado a la playa.

Después observó que en la toma de corriente situada junto a la puerta, alguien había enchufado un cable que doblaba la esquina de la casa. Seguramente para proporcionar luz al piso ilegal.

¿Quiénes podían ser? Los de la Científica seguro que no. Entonces tuvo la sospecha de que algún periodista había ido a escondidas a fotografiar el

«lugar del atroz delito», y se sintió dominado por un arrebato de rabia.

Pero ¿cómo se atrevía aquella hiena?

Corrió al coche, sacó la pistola de la guantera y se la remitió en la cintura de los pantalones. El cable eléctrico, tras doblar la esquina de la casa, seguía a lo largo de la pared, pasaba por encima de los tablones y se perdía en el interior de la ventana del apartamento ilegal que servía de entrada.

Montalbano saltó en silencio por el alféizar y se encontró en el cuarto de baño pequeño. Asomando cautelosamente la cabeza, vio el salón iluminado.

¡Aquel cabrón seguro que estaba fotografiando el baúl donde se ocultaba el cadáver para conseguir una exclusiva!

«¡La exclusiva te la voy a dar yo!», pensó el comisario. E hizo dos cosas simultáneamente.

La primera fue echar a correr hacia el salón, gritando:

—¡Manos arriba!

Y la segunda, sacar el revólver y efectuar un disparo al aire.

Pero ya fuera porque las habitaciones carecían de muebles y los ruidos retumbaban o porque todo el apartamento estaba revestido de nailon y este no permitía la dispersión de los sonidos, el caso fue que el disparo sonó con un estruendo impresionante, casi tan fuerte como la explosión de una bomba.

El primero que se pegó un susto fue el propio Montalbano, quien tuvo la sensación de que el revólver le había estallado en la mano. Totalmente aturdido por el retumbo, irrumpió en el salón.

El aterrorizado fotógrafo había soltado la cámara y, temblando de pies a cabeza, se había arrodillado con las manos extendidas y la frente contra el suelo. Parecía un musulmán rezando.

—¡Queda detenido! ¡Soy el comisario Montalbano!

—Po... po... —pio el hombre alzando ligeramente la cabeza.

—¿Por qué? ¿Quiere saber por qué? ¡Porque ha roto los precintos para entrar aquí!

—Pero... es que no... pero... es que no...

—¡Pero es que no había ningún precinto! —dijo una trémula voz que no se sabía de dónde salía.

Montalbano miró alrededor y no vio a nadie.

—¿Quién ha hablado?

—Yo.

Y desde detrás de los marcos envueltos asomó la cabeza del señor Callara.

—Señor comisario, debe creernos: ¡no había ningún precinto! —repitió.

Y entonces Montalbano recordó que, en su prisa por seguir a Adriana, no había tenido tiempo de volver a colocarlos.

—Los habrá quitado algún gamberro —dijo.

En el salón, el calor de la bombilla de gran potencia se añadía al del aire, por lo cual allí no se podía ni hablar, la garganta enseguida se abrasaba.

—Salgamos de aquí.

Todos fueron al piso de arriba, bebieron unos grandes vasos de agua mineral y se sentaron en el salón con la puerta cristalera abierta de par en par.

—Por poco me da un ataque del susto que me he pegado —afirmó el hombre a quien Montalbano había confundido con un fotógrafo.

—A mí también —coincidió Callara—. ¡Cada vez que vengo a este maldito chalet me ocurre algo!

—Soy el aparejador Palladino —se presentó el hombre de la cámara.

—Pero ¿qué han venido a hacer aquí?

Tomó la palabra Callara.

—Comisario, como falta poco para que venza la moratoria para la regularización y puesto que precisamente esta mañana he recibido por medio de un servicio de mensajería los papeles de la señora Gudrun, le he pedido al aparejador Palladino que empezara a hacer todo lo necesario...

—... y lo primero es sin duda la documentación gráfica de la construcción ilegal —intervino Palladino—. Unas fotografías que habrá que adjuntar a las planimetrías.

—¿Ha terminado de hacerlas?

—Me faltan todavía tres o cuatro del salón.

—Pues vamos.

Montalbano salió con ellos y los acompañó hasta la ventana, pero no entró. En su lugar, se detuvo a recoger las cintas y los precintos, que habían ido a parar debajo de los dos tablones, y los dejó a un lado.

—¡Yo los espero arriba!



Se fumó dos cigarrillos sentado en una parte del murete de la terraza donde ya hacía un buen rato que no tocaba el sol.

Poco después apareció Callara.

—Ya hemos acabado.

—¿Y Palladino?

—Ha ido a llevar el equipo al coche. Ahora viene a despedirse.

—Si necesita volver aquí, dígame primero.

—Gracias. Por cierto, quería preguntarle una cosa, *dottore*.

—Dígame.

—¿Cuándo van a quitar los precintos?

—¿Tiene prisa?

—Cierta prisa sí tengo. Quisiera concretar la fecha de la retirada de la tierra y la restauración con Spitaleri. Si no hago la reserva con tiempo, con la de cosas que él tiene que hacer...

—Si Spitaleri no puede, búsquese a otro.

Regresó Palladino.

—Ya podemos irnos.

—No puedo buscarme a otro —dijo Callara.

—¿Cómo que no puede?

—Hay un compromiso por escrito que yo desconocía. Lo he visto entre los papeles que recibí esta mañana desde Alemania.

—A ver si lo entiendo.

—Es un compromiso en regla —aseguró Palladino—. Callara me lo ha enseñado.

—¿En qué consiste?

Esta vez habló Callara.

—En él se dice que el señor Angelo Speciale se compromete formalmente a encargar las obras de retirada de la tierra y restauración de las paredes del apartamento ilegal a la empresa del aparejador Spitaleri en cuanto se formalice la solicitud de regularización. Y se compromete también a no recurrir a otras empresas en caso de que Spitaleri esté ocupado en ese momento con otras obras y a esperar a que esté disponible.

—Un contrato privado.

—Sí, pero completamente legal y con firma por duplicado. Y si alguien no lo cumpliera, sobre todo tratándose de un personaje como Spitaleri, comprenderá que podría haber graves problemas —señaló Palladino.

—Disculpe, aparejador, pero ¿le ha ocurrido otras veces?

—Es la primera vez; jamás había visto un pacto escrito con tanta antelación. Y no consigo entenderlo, pues, para alguien como Spitaleri, ¿qué importancia puede tener una obra como esta, una cosa de cuatro perras?

—Seguro que fue Speciale quien quiso firmar ese contrato —dijo Callara—. Sabía que podía fiarse de Spitaleri y que, de esta manera, no sería necesario que él estuviera presente en el momento de comenzar las obras.

—¿Se ha fijado en la fecha del contrato?

—Sí, veintisiete de octubre del noventa y nueve. La víspera de la partida de Angelo Speciale a Alemania.

—Señor Callara, me encargaré de que se retiren los precintos lo antes posible.

De momento, fue a colocarlos otra vez en su sitio. Después subió al coche y se fue. Pero frenó unos metros más allá.

La puerta y las dos ventanas de la casa de Adriana estaban abiertas. ¿Sería posible que la joven hubiera ido allí en busca de un poco de paz después del sufrimiento del entierro? Tenía un corazón de asno y otro de león. ¿Ir a reunirse con ella o seguir su camino?

Después vio a una anciana, sin duda una criada, que cerraba las dos ventanas. Esperó un poco. La mujer apareció en la puerta y cerró con llave.

Montalbano se puso nuevamente en marcha y regresó a la comisaría, en parte decepcionado y en parte contento.

—Esta mañana he ido al entierro —dijo Fazio.

—¿Había gente?

—*Dottore* de mi alma, había mucha y con la emoción a flor de piel. Mujeres que se desmayaban, mujeres que lloraban, las antiguas compañeras del colegio con flores blancas... En resumen, el numerito de siempre. Tanto es así que cuando el féretro salió de la iglesia, todo el mundo se puso a aplaudir. ¿Podría usted explicarme por qué aplauden a los muertos?

—Quizá porque han hecho bien en morir.

—Pero, *dottore*, ¿está de guasa?

—No. ¿Cuándo aplaude la gente? Cuando algo le ha gustado. Siguiendo la misma lógica, tendría que significar: me encanta que finalmente hayas dejado de tocar los cojones. ¿Quién había de la familia?

—El padre, al que sostenían un hombre y una mujer que debían de ser parientes suyos. La señorita Adriana no estaba, seguro que se quedó en casa para atender a su madre.

—Tengo que decirte una cosa que no te gustará.

Y le habló de su reunión con Lozupone. Al término de su relato, Fazio no se mostró sorprendido.

—¿No dices nada?

—¿Qué quiere que le diga, *dottore*? Me lo esperaba. De la manera que sea, Spitaleri saldrá bien librado ahora y siempre e *in secula seculorum*.

—Amén. Hablando de Spitaleri, tendrías que hacerme un favor: llámalo, que a mí no me apetece nada hablar con él.

—¿Qué tengo que preguntarle?

—Si cuando se fue a Bangkok el doce de octubre, recuerda qué día regresó.

—Voy ahora mismo.

Regresó al cabo de unos diez minutos.

—Lo he buscado en el móvil, pero lo tenía apagado. Luego lo he llamado al despacho y no estaba. Pero entonces la secretaria ha consultado una agenda antigua y me ha dicho que Spitaleri regresó el veintiséis por la tarde. También me ha dicho que recordaba muy bien aquel día.

—¿Te ha dicho por qué?

—*Dottore* de mi alma, esa es tan charlatana que, como no le pares los pies, es capaz de pasarse todo un día hablando. Me ha dicho que el veintiséis de octubre es su cumpleaños y que aquel en concreto pensaba que su jefe se habría olvidado, pero, en cambio, Spitaleri no solo le regaló la orquídea que la Thai, la línea aérea, entrega a todos los pasajeros, sino también una caja de bombones. Y eso es todo. ¿Por qué quería saberlo?

—Verás, es que hoy he ido a darme un chapuzón a Pizzo. Al salir del chalet... —Y le contó la historia—. Lo cual significa —terminó— que al día siguiente de su regreso, quizá porque sabía que Angelo Speciale estaba a punto de volver a Alemania, Spitaleri hizo ese contrato privado.

—Yo no le veo nada de extraño —dijo Fazio—. Y seguro que el que exigió el contrato fue Speciale, tal como dice Callara. A esas alturas, el hombre confiaba en Spitaleri.

Pero Montalbano no parecía muy convencido.

—Hay algo que no me cuadra.

Sonó el teléfono. Era Catarella, muerto de miedo.

—¡Virgen santa, Virgen santa, Virgen santa!

—¿Qué ocurre, Catarè?

—¡Virgen santa, Virgen Santa, Virgen Santa! ¡Está *il signor* jefe *supirior* al *tilífono*!

—¿Y bien?

—¡Loco parece, *dottori*!

—Pásamelo y vete a tomar un coñacito que te cure el susto.

Pulsó la tecla de altavoz e hizo señas a Fazio de que prestara atención.

—Buenos días, señor jefe superior.

—¡Buenos días un cuerno!

Que Montalbano recordara, jamás había oído pronunciar una palabrota a Bonetti-Alderighi. Por consiguiente, el asunto tenía que ser muy grave.

—Señor jefe superior, no comprendo por qué...

—¡El cuestionario!

Montalbano lanzó un suspiro de alivio. ¿Solo eso? Esbozó una sonrisita.

—Pero, señor jefe superior, el cuestionario en cuestión ya no es una cuestión. —¡Ah, qué bonito era seguir de vez en cuando las enseñanzas del gran maestro Catarella!

—Pero ¿qué dice?

—¡Ya me encargué de enviárselo!

—¡Vaya si se encargó! ¡Se encargó y de qué manera!

Pues entonces, ¿por qué le tocaba los cojones? ¿Por qué le comía la oreja? Tradujo las preguntas:

—Pues entonces, ¿dónde está la cuestión?

—Montalbano, ¿usted se ha propuesto atacarme los nervios por narices?

Por culpa de aquel «por narices» el comisario abandonó de repente el tono jovial y pasó al contraataque.

—Pero ¿qué coño está diciendo? ¡Usted delira!

El jefe superior hizo un esfuerzo por calmarse.

—Oiga, Montalbano, yo soy muy bueno y amable, pero si usted quiere darme por culo, sepa que...

¡Encima «bueno y amable»! ¿Es que quería dejarlo ciego de rabia?

—Dígame qué he hecho y no me amenace.

—¿Qué ha hecho? Ha vuelto a enviarme el cuestionario del año pasado, ¡eso es lo que ha hecho!

—¡Hay que ver cómo pasa el tiempo!

Pero el jefe superior estaba demasiado fuera de sí y ni siquiera lo oyó.

—Le doy dos horas, Montalbano. Busque el nuevo cuestionario, responda a las preguntas y envíemelo por fax dentro de dos horas. ¿Ha entendido? ¡Dos horas!

Colgó.

Montalbano contempló con desconsuelo el mar de papeles que tendría que volver a atravesar.

—Fazio, ¿me haces un favor?

—A sus órdenes, *dottore*.

—¿Me pegas un tiro?

Tardaron tres horas en total, dos para encontrar el cuestionario y una para cumplimentarlo. En determinado momento se dieron cuenta de que era exactamente igual al del año anterior, las mismas preguntas en el mismo orden, solo cambiaba la fecha del encabezamiento. No hicieron ningún comentario, a esas alturas ya no les quedaban fuerzas para decir lo que pensaban de la burocracia.

—¡Catarella!

—Aquí estoy.

—Envía este fax enseguida y dile al *signor jefe superior* que se lo meta donde ya sabe.

Catarella palideció.

—No *mi* atrevo, *dottori*.

—Es una orden, Catarè.

—*Dottori*, si usía dice que es una orden...

Dio media vuelta resignado, dispuesto a retirarse. ¿Sería capaz de hacerlo?

—No; mira, envía el fax sin decirle nada.

Pero ¿cuántas toneladas de polvo hay entre los papeles de un despacho? En Marinella se pasó media hora debajo de la ducha y se cambió la ropa, que apestaba a sudor.

Se estaba dirigiendo en calzoncillos al frigorífico para ver qué le había preparado Adelina cuando sonó el teléfono.

Era Adriana. Ni siquiera saludó, ni siquiera le preguntó cómo estaba, fue directamente al grano de lo que le interesaba.

—No podré ir a tu casa esta noche. Mi amiga la enfermera no ha podido librarse de sus obligaciones. Vendrá a casa mañana por la mañana. Pero tú por la mañana trabajas, ¿verdad?

—Sí.

—Tengo ganas de verte.

«Calla, Montalbano, calla. Córtate la lengua, Salvo, pero no digas ese “yo también a ti” que ya se te estaba escapando».

Las palabras de la joven, pronunciadas casi en un susurro, le sacaron una ligera capa de sudor.

—Es que tengo muchas ganas de verte —remarcó ella.

La capa de sudor empezó a evaporarse y convertirse en un tenue vapor acuoso porque, a pesar de que ya eran las nueve de la noche, todavía hacía un calor que tumbaba.

—¿Sabes una cosa? —preguntó Adriana, cambiando de tono.

—Dime.

—¿Recuerdas que mis tíos tenían que regresar a Milán a primera hora de esta tarde?

—Sí. —No podrían acusarlo de malgastar las palabras.

—Bueno, pues salieron de aquí, pero al llegar al aeropuerto se enteraron de que su vuelo se había cancelado como muchos otros por culpa de una huelga inesperada.

—¿Y qué hicieron?

—Se fueron en tren, los pobres. Con el calor que hace, ¡imagínate el viajecito que les espera! Dime qué estabas haciendo.

—¿Quién, yo? —preguntó, sorprendido por aquel repentino cambio de tema.

—¿El comisario *dottor* Salvo Montalbano es tan amable de decir qué estaba haciendo en el momento de recibir una llamada de la estudiante Adriana Morreale?

—Iba a abrir el frigorífico para sacar algo de cenar.

—¿Dónde pones la mesa, en la cocina, como acostumbran los que comen solos?

—No me gusta comer en la cocina.

—¿Pues dónde te gusta?

—En la galería.

—¿Tienes una galería? ¡Dios mío, qué maravilla! Hazme un favor, pon la mesa para dos.

—¿Por qué?

—Porque yo también quiero estar ahí.

—¿Pero si me has dicho que no podías venir!

—Espiritualmente, bobo. Quiero que tomes un bocado de mi plato y que yo tome uno del tuyo.

A Montalbano empezó a darle vueltas la cabeza.

—De... de acuerdo.

—Adiós. Buenas noches. Te llamo mañana. Te quiero.

—Y yo ta...

—¿Qué has dicho?

—Idiota. He dicho idiota. A una mosca muy pesada que se me pasea por la nariz. —Salvado por los pelos.

—Ah, oye. Se me ha ocurrido una idea. ¿Por qué no me convocas mañana por la mañana en comisaría y me haces un interrogatorio en privado tal como querría hacérmelo Tommaseo?

Y colgó entre risas.

¡Qué frigorífico ni qué pamplinas! ¡Qué comida! Lo que tenía que hacer de inmediato era arrojarse al mar y darse un prolongado chapuzón que le enfriara la cabeza y le bajara la temperatura de la sangre, que en esos momentos debía de estar a punto de ebullición. Pero ¿es que Adriana también estaba contribuyendo a aumentar la intensidad de los ardores de agosto?

Justo mientras estaba nadando en medio de la oscuridad se inició el tormento. Una sensación que conocía muy bien. Se puso a hacer el muerto contemplando las estrellas.

La sensación era la de una *virrina*, un taladro de mano que empezó a traspasarle poco a poco el cerebro. Y a cada vuelta que daba, emitía el clásico ruido de los taladros: *rrr... rrr... rrr...*

Un latazo tremendo que significaba —y la cosa ya no le sorprendía porque hacía años que le ocurría— que, a lo largo del día, había oído algo muy importante, algo que podía ser decisivo para la investigación pero a lo que no había prestado atención en su momento.

Pero ¿cuándo lo había oído? ¿Quién lo había dicho?

*rrr... rrr... rrr...*



Una especie de carcoma que lo estaba poniendo muy nervioso.

Dando lentas y amplias brazadas regresó a la orilla.

Entró en casa y comprobó que ya no tenía apetito. Entonces cogió una botella de *whisky* por estrenar, un vaso y un paquete de cigarrillos, y se sentó en la galería mojado tal como estaba, sin quitarse siquiera el bañador.

Piensa que te piensa, no conseguía recordarlo.

Se rindió al cabo de una hora. Oscuridad total. «Antes —pensó—, me bastaba un poco de concentración para que me volviera a la memoria lo que se me había escapado. Pero ¿antes cuándo? —se preguntó—. Cuando eras más joven, Montalbà», fue la inevitable respuesta.

Decidió comer algo. Y recordó que Adriana le había dicho que pusiera un plato también para ella... Estuvo tentado de hacerlo, pero se sintió ridículo.

Preparó la mesa solo para él, fue a la cocina, posó la mano en la manija del frigorífico pensando todavía en Adriana, y experimentó una fugaz sacudida.

¿Cómo era posible? Estaba claro que el frigorífico no funcionaba bien, era peligroso, había que comprar otro.

Pero ¿cómo? ¿Tenía todavía la mano sobre la manija y ya no experimentaba la sacudida? Entonces ¿no había sido una sacudida eléctrica sino algo que tenía dentro, un cortocircuito en la cabeza?

¡La sacudida había ocurrido mientras pensaba en Adriana! ¡Era por algo que había dicho ella!

Regresó a la galería.

Y de pronto acudieron a su mente las palabras de Adriana. Se levantó de un salto, cogió los cigarrillos, bajó a la playa y empezó a pasear por la orilla del mar.

Tres horas después ya se había terminado el tabaco y las piernas le dolían de tanto caminar. Regresó a casa y miró el reloj. Eran las tres de la madrugada. Se lavó, se afeitó, se puso de punta en blanco y se bebió una buena taza de café. A las cuatro menos cuarto se marchó en el coche.

A aquella hora circularía muy fresco. Y a su velocidad habitual, sin necesidad de hacer carreras a lo Gallo.

Iba al encuentro de una esperanza. Tan sutil, tan etérea, que habría bastado un soplo para que se desvaneciera por completo. Digamos mejor: iba al encuentro de una idea insensata.

Llegó a Punta Raisi cuando ya eran casi las ocho de la mañana. Había invertido el mismo tiempo que tardaba un conductor normal en un trayecto de ida y vuelta. Pero había sido un viaje tranquilo, no había pasado calor y no había tenido ocasión de pelearse con otros automovilistas.

Aparcó y bajó. Se respiraba mejor que en Vigàta. Lo primero que hizo fue dirigirse al bar: un *espresso* doble corto. Después se presentó en la comisaría del aeropuerto.

—Soy el comisario Montalbano. ¿Está el *dottor* Capuano?

Cada vez que iba allí para recibir o despedir a Livia, le hacía una visita a Capuano.

—Acaba de llegar. Puede entrar, si quiere.

Llamó con los nudillos y entró.

—¡Montalbano! ¿Esperas a tu novia?

—No; he venido para pedirte que me eches una mano.

—A tu disposición. Dime.

Montalbano se lo explicó.

—Eso exigirá un poco de tiempo. Pero tengo a la persona apropiada. —Y llamó—: ¡Cammarota!

Era un treintañero muy moreno, con unos ojos que le brillaban de inteligencia.

—Ponte a disposición del *dottor* Montalbano, que es amigo mío. Podéis quedaros aquí y utilizar mi ordenador; total, yo tengo que irme a presentar un informe al jefe superior.

Permanecieron encerrados en el despacho de Capuano hasta el mediodía, consumiendo dos cafés y dos cervezas por barba. Cammarota resultó muy hábil y competente, se puso en contacto con los ministerios, aeropuertos y compañías aéreas. Al final, el comisario supo todo lo que quería saber.

Cuando volvió al coche, empezó a estornudar, efecto retardado del aire acondicionado.

A medio camino vio una *trattoria* delante de la cual había aparcados tres camiones, señal inequívoca de que allí se comía bien. Tras pedir, fue a hacer una llamada.

—¿Adriana? Soy Montalbano.

—¡Oh, qué bien! ¿Has decidido someterme a un tercer grado?

—Tengo que verte.

—¿Cuándo?

—Esta noche sobre las nueve en Marinella. Cenamos en mi casa.

—Espero conseguir organizarme. ¿Hay alguna novedad?

¿Cómo lo había adivinado?

—Creo que sí.

—Te quiero.

—No le digas a nadie que vas a mi casa.

—¡Está claro!

Inmediatamente después llamó a comisaría y pidió que le pasaran a Fazio.

—*Dottore*, pero ¿dónde está? Esta mañana he estado buscándolo porque...

—Ya me lo dirás después. Yo estoy regresando de Palermo y tengo que hablar contigo. Nos reuniremos en la comisaría a las cinco. Líbrate de todos los compromisos, por lo que más quieras.

La *trattoria* tenía un enorme ventilador de techo que fue un gran alivio y le permitió permanecer sentado sin que la camisa y los calzoncillos se le pegaran. Tal como esperaba, comió muy bien.

Al subir de nuevo al coche pensó que si a la ida la esperanza era tan tenue como un hilo de telaraña, ahora a la vuelta ya era tan gruesa como una cuerda. Una cuerda de ahorcado.

Se puso a cantar, desentonando de mala manera, el *O Lola* de la ópera *Caballería rusticana*.

Al llegar a Marinella se duchó, se cambió de ropa y salió enseguida para dirigirse a la comisaría. Se notaba febril, ansioso, cualquier cosa lo molestaba.

—¡*Dottori*, ah, *dottori*! *Tilifonió*...

—Me importa un carajo quién haya telefoneado. Mándame enseguida a Fazio.

Encendió el pequeño ventilador. Fazio se presentó en un santiamén, devorado por la curiosidad.

—Entra, cierra la puerta y siéntate.

Fazio obedeció y se sentó en el borde de la silla, con los ojos clavados en el comisario como un perro de caza.

—¿Sabes que ayer hubo una huelga en Punta Raisi que obligó a cancelar muchos vuelos?

—No lo sabía, *dottore*.

—Yo me enteré por el telediario regional —mintió; no quería decirle que se lo había contado Adriana.

—Vale, *dottore*. ¿Y quién no hace una huelga? Pero ¿eso qué tiene que ver con nosotros?

—Tiene que ver, vaya si tiene que ver.

—Comprendo. Usía se está alargando porque quiere que me cueza a fuego lento.

—¿Y tú cuántas veces haces lo mismo conmigo?

—Bien, señor, pero ahora que ya se ha tomado la revancha, dígame.

—Bueno, pues me enteré de esa huelga pero no presté atención. Sin embargo, al cabo de un rato, cierta suposición comenzó a adquirir forma en mi cabeza. Empecé a pensarlo, y de pronto lo vi todo muy claro. Con una claridad meridiana. Y entonces, a primera hora de la mañana decidí desplazarme a Punta Raisi. Quería comprobar si la suposición inicial se confirmaba.

—¿Y se confirmó?

—Totalmente.

—¿Y entonces?

—Entonces significa que conozco el nombre del asesino de Rina.

—Spitaleri —dijo Fazio con toda tranquilidad.

## 18

—¡Pues no! —exclamó Montalbano irritado—. ¡Tú no puedes joderme el efecto! ¡Así no vale! ¡El nombre debía decirlo yo! ¡Has de tenerle un poco más de respeto a un superior!

—Ya no diré nada más —prometió Fazio.

Montalbano se calmó, pero Fazio no supo si se había enfadado en broma o en serio.

—¿Cómo has llegado a esa conclusión?

—*Dottore*, usía ha ido a Punta Raisi en busca de una confirmación. Hasta que se demuestre lo contrario, Punta Raisi es un aeropuerto. Bueno, entre los presuntos sospechosos, ¿quién tomó un avión? Spitaleri. En cambio, Angelo Speciale y su hijastro Ralf se fueron en tren. ¿Es así?

—Es así. Entonces, al enterarme de esa huelga, me dije que nosotros siempre habíamos dado por buena la coartada de Spitaleri. Y después supe que, en su momento, los compañeros de Fiacca que se encargaban de la desaparición presionaron mucho a Spitaleri y este salió del apuro con la historia del viaje a Bangkok. Yo creía que lo habían comprobado. Por eso nosotros jamás le pedimos que nos diera una prueba de que aquel día en concreto había emprendido efectivamente un viaje con destino a Bangkok.

—Pero una confirmación indirecta sí la hay, *dottore*: Dipasquale y la secretaria recibieron una llamada suya efectuada desde una escala intermedia. Y yo estoy convencido de que dicha llamada existió.

—¿Y quién te dice que la hizo desde una escala? Si tú me llamas mediante telefonía automática desde un teléfono público o desde un móvil, a mí no me consta desde dónde llamas. Puedes decirme que estás en la discoteca Ambaradam de Milán o en el Círculo Polar Ártico y yo no tengo más remedio que creerte.

—Es verdad.

—Por eso me fui a la comisaría de Punta Raisi. Han sido amabilísimos. Hemos tardado cuatro horas, pero he dado en el blanco. Aquel doce de octubre caía en miércoles. El vuelo de la Thai despegaba de Roma Fiumicino a las catorce y quince. Spitaleri se dirige a Punta Raisi para tomar un vuelo de Palermo a Roma y llegar con tiempo para el otro avión. Pero ya en Punta Raisi se entera de que el aparato que tiene que llevarlo a Roma saldrá con dos horas de retraso por causas técnicas. Por consiguiente, no podrá tomar el vuelo con destino a Bangkok. De esta manera, se queda bloqueado en Punta Raisi. Consigue que le cambien el billete para el día siguiente. El perjuicio no es grave, pues el vuelo de la Thai del jueves sale a las catorce cuarenta y cinco. Hasta aquí, vamos sobre seguro.

—¿En qué sentido?

—En el sentido de que podemos documentar lo que te he dicho. Ahora hago una suposición: Spitaleri, no teniendo nada que hacer en Palermo, regresa a Vigàta. Creo que tomó la carretera de Trapani, que para llegar aquí lo obliga a pasar primero por Montereale. Entonces decide ir a comprobar si en Pizzo ya han terminado los trabajos. Ten en cuenta que la decisión de cubrir definitivamente el apartamento ilegal al día siguiente la toma Dipasquale, y por eso Spitaleri no sabía nada al respecto. Cuando llega, ya no encuentra a nadie, ni a los albañiles ni a Speciale con Ralf. Pero observa que el apartamento ilegal no se ha cubierto y todavía se puede acceder a su interior. En este punto, y es la suposición más atrevida que hago, ocurre que ve a Rina en las inmediaciones. Y se le pasa por la cabeza la idea de que él, allí y en ese momento, no existe.

—¿Cómo que no existe?

—Piensa un poco. A esa hora Spitaleri no podía estar en Pizzo. Para todo el mundo, se encontraba en pleno vuelo rumbo a Bangkok, y a Vigàta aún no había llegado. ¿Qué mejor ocasión? Entonces llama al despacho con el móvil. Y de esta manera confirma su coartada. Le parece que todo está en regla, pero comete un error de bulto.

—¿Cuál?

—Precisamente la llamada. Se ve que Spitaleri no iba a Bangkok desde hacía por lo menos tres meses, porque a partir de julio los vuelos de la Thai

eran directos y ya no hacían escalas.

—¿Y después qué sucedió según usted?

—Recuerda en todo momento que me muevo en el campo de las hipótesis. Sabiendo que se encuentra a salvo, aborda a Rina, y al ver que la chica no está por la labor, saca la navaja que siempre lleva consigo y con la cual ya amenazó a Ralf, tal como nos ha dicho Adriana, y la obliga a bajar al apartamento subterráneo. El resto ya puedes imaginártelo.

—No. No quiero imaginártelo.

—Y eso explica también el contrato.

—¿El de Speciale?

—Exactamente. El que firma con Speciale para restaurar el chalet después de la regularización. Había algo que no me convencía, eso de que Speciale no pudiera recurrir a ninguna otra empresa. Significaba que Spitaleri quería estar más que seguro de que sería él quien desenterrara el apartamento ilegal, puesto que así tendría ocasión de deshacerse del baúl con el cadáver. Es una idea que se le ocurre durante su permanencia en el extranjero, y por eso, nada más llegar, corre a ver a Speciale, confiando en que este se encuentre todavía en Vigàta. ¿Te cuadra?

—Me cuadra.

—A tu juicio, ¿qué tengo que hacer?

—¿Cómo que qué tiene que hacer? Mañana por la mañana va a ver al *dottor* Tommaseo, le cuenta toda la historia y...

—... me dan por culo.

—¿Por qué?

—Porque, tratándose de alguien tan vinculado a Spitaleri, Tommaseo actuará como si pisara uva. Más aún: tropezará con abogados que se lo comerán crudo. Tocar a Spitaleri significa tocarle los cojones a demasiada gente, mafiosos, honorables diputados y alcaldes. A su alrededor hay muchos intereses.

—*Dottore*, a Tommaseo puede que lo pierdan las mujeres, pero en cuanto a honradez...

—¡A Tommaseo se lo pasan por la piedra! Si quieres, te adelanto la línea de defensa de Spitaleri:

»—Pero la mañana del doce de octubre mi cliente salió de Punta Raisi a bordo de un aparato anterior al que sufrió la avería.

»—Sin embargo, ¿entre los nombres de los pasajeros de los vuelos anteriores no figura el de Spitaleri!

»—¡Pero sí figura el de Rossi!

»—¿Y quién es ese Rossi?

»—Un pasajero que renunció al vuelo, lo que permitió que Spitaleri saliera con antelación y tomara el avión con destino a Bangkok.

—¿Me permite que yo interprete el papel de Tommaseo, *dottore*?

—Pues claro.

—¿Y cómo explica la llamada telefónica desde la escala que no existía?

—Fazio formuló la pregunta y miró al comisario con aire triunfal.

Montalbano sonrió.

—¿Sabes cómo te contesta el abogado? Así: «¡Pero si mi cliente llamó desde Roma! ¡Aquel día el vuelo de la Thai despegó a las dieciocho treinta y no a las catorce quince!».

—¿Es cierto que salió a esa hora?

—Lo es. Solo que Spitaleri ignoraba que se iba a producir ese retraso. Él ya se imaginaba el avión volando con destino a Bangkok.

Fazio adoptó una expresión dubitativa.

—Claro que si planteamos la cosa de esta manera...

—¿Ves como tengo razón? Corremos el riesgo de volver a meter la pata después de lo del albañil árabe.

—Pues entonces, ¿qué propone usted que hagamos?

—Es imprescindible conseguir una confesión.

—¡Se dice pronto!

—Tampoco está claro que con la confesión consigamos enviarlo a la cárcel. Dirá que se la hemos arrancado por medio de torturas y palizas. La confesión es lo mínimo para poder llevarlo ante un tribunal.

—Sí, pero ¿cómo lo hacemos?

—Una media idea sí tengo.

—¿De verdad?!

—Sí. Pero aquí no quiero hablar. ¿Podemos vernos esta noche en Marinella sobre las diez y media?



Llegó a Marinella a las ocho. Lo primero que hizo fue salir a la galería.

No soplabla la menor brisa, el aire semejaba un pesado manto arrojado sobre la tierra. El calor absorbido por la arena a lo largo del día empezaba a evaporarse, acrecentando la sensación de bochorno y humedad. El mar parecía muerto, la espuma blanca de la resaca era una especie de baba.

El nerviosismo provocado por la visita de Adriana y por lo que tendría que preguntarle lo estaba haciendo sudar como en una sauna.

Se desnudó y se dirigió en calzoncillos al frigorífico. Se quedó pasmado. Recordó que no miraba dentro desde que Adelina le dijera que le prepararía comida para dos días.

Aquello no era un frigorífico sino un rincón del mercado de la Vucciria de Palermo. Aspiró el aroma de un plato tras otro, todo todavía tan fresco como recién hecho.

Puso la mesa en la galería. Llevó a la mesa aceitunas, apio, queso *caciocavallo* y seis platos: anchoas, chipirones, pulpitos, jibias, atún y caracoles de mar, cada uno aliñado de una manera distinta. En la nevera aún quedaron cosas para comer.

Después se duchó, se cambió y decidió llamar a Livia; sentía la necesidad de oír por lo menos su voz. ¿Tal vez para blindarse con vistas a la llegada de Adriana? Le contestó la habitual voz femenina grabada, diciéndole que el teléfono al que llamaba podía estar apagado o no disponible.

¡No disponible! ¿Qué coño quería decir?

Pero ¿por qué Livia se le negaba precisamente cuando él más la necesitaba? ¿Sería posible que no captara el SOS que le estaba enviando? ¿Quizá la señorita se hallaba entretenida con las distracciones, mejor dicho, las diversiones que le ofrecía el primo Massimiliano?

Mientras se iba enfureciendo por momentos sin saber si por un ataque de celos o por el orgullo herido, llamaron a la puerta. No logró moverse. Segundo timbrazo, más prolongado.

Finalmente fue a abrir, con unos andares a medio camino entre los del condenado a muerte conducido a la silla eléctrica y los del quinceañero en su primera cita amorosa, empapado de sudor.

Adriana, vestida con vaqueros y camiseta, lo besó suavemente en la boca, casi como si entre ambos reinara una confianza de mucho tiempo, y entró en la casa rozándole el cuerpo.

Pero ¿cómo era posible que con el bochorno que hacía aquella chica siempre irradiara frescor?

—¡Me ha costado, pero he conseguido venir! ¿Sabes que estoy un poco emocionada? Déjame ver.

—¿Qué?

—Tu casa.

La recorrió detenidamente, habitación por habitación, como si tuviera que comprarla.

—¿Tú en qué lado duermes? —le preguntó delante de la cama.

—En ese. ¿Por qué?

—Nada. Simple curiosidad. ¿Cómo se llamaba tu novia?

—Livia.

—¿De dónde es?

—De Génova.

—Enséñame una foto.

—¿De quién?

—De tu novia, ¿no?

—No tengo.

—Vamos, no me lo creo.

—Es verdad, no tengo ninguna.

—¿Y eso por qué?

—Pues no sé.

—¿Dónde está ahora?

—No está disponible —se le escapó.

Adriana lo miró perpleja.

—Está navegando en un barco con unos amigos —explicó. ¿Por qué no le decía la verdad?—. He preparado la mesa en la galería, ven —dijo para distraer su atención de aquel delicado tema.

Al ver la mesita puesta, Adriana se sorprendió.

—Me gusta comer, pero tantas cosas... ¡Dios mío, qué bonito es todo esto!

—Siéntate tú primero.

Adriana se sentó en el banco, pero se desplazó tan poco que Montalbano, para colocarse a su lado, tuvo que pegarse prácticamente a ella.

—No me gusta —dijo Adriana.

—¿Qué?

—Estar así.

—Tienes razón, estamos demasiado estrechos. Pero si te desplazas un poco más hacia...

—No me has entendido. No me gusta comer sin mirarte.

Montalbano fue por una silla y se sentó delante de ella.

Él también se sentía más a gusto a cierta distancia.

Pero ¿cómo era posible que tan entrada la noche hiciese todavía tanto calor?

—¿Me sirves un poco de vino?

Era un blanco fuerte y helado. Te bajaba por la garganta que era un gusto. En el frigorífico tenía otras dos botellas.

—Antes de empezar, he de preguntarte una cosa que me interesa saber —dijo el comisario.

—No tengo novio. Y ahora mismo no salgo con nadie.

Él la miró perplejo.

—No era eso lo que... no pretendía... ¿Tú conoces personalmente a Spitaleri?

—¿Al constructor? ¿Al que salvó a Rina del ataque de Ralf? No, jamás lo conocí.

—¿Y eso? Tú y tu hermana vivíais a pocos metros de su obra.

—Es verdad. Pero, mira, en aquella época yo estaba más con mis tíos de Montelusa que con mis padres en Pizzo. No, jamás lo conocí.

—¿Estás segura?

—Sí.

—¿Y después? ¿Durante las operaciones de búsqueda de Rina?

—Mis tíos me llevaron casi inmediatamente a Montelusa. Mis padres estaban demasiado ocupados con la búsqueda, ya no dormían, ya no comían.

Mis tíos quisieron apartarme de aquella atmósfera tan agobiante.

—¿Y más recientemente?

—No creo. No fui al entierro, he evitado las entrevistas en la televisión, solo un periódico escribió que Rina tenía una hermana, pero no especificó que éramos gemelas.

—¿Empezamos a comer?

—Claro. ¿Por qué me has preguntado por Spitaleri?

—Después te lo digo.

—Me habías dicho que había novedades.

—De eso también hablaremos después.

Estaban comiendo en silencio y mirándose de vez en cuando a los ojos cuando, de repente, Montalbano sintió que Adriana recostaba una rodilla contra las suyas. Las separó un poco y la pierna de la joven se introdujo de inmediato entre ellas. Y con la otra, le apresó una pierna y la apretó con fuerza.

Fue un milagro que al comisario no se le atragantara el vino. Pero sintió que se ruborizaba y se enfadó consigo mismo.

Después Adriana señaló los caracoles de mar.

—¿Cómo se comen?

—Hay que sacarlos con esa especie de pincho que te he puesto entre los cubiertos.

Adriana probó, pero no lo consiguió.

—Dámelo tú.

Montalbano tomó el pincho, y ella abrió la boca y se dejó alimentar.

—Muy bueno. Más.

Cada vez que ella abría los labios esperando el caracol, a Montalbano casi le daba un ataque. La botella de vino se acabó en un abrir y cerrar de ojos.

—Voy por otra.

—No —dijo Adriana, apretándole más la pierna prisionera. Pero enseguida debió de percatarse de la turbación de Montalbano y de su inquietud—. Bueno, ve —aceptó, soltándolo.

Al regresar con la botella abierta, él no se sentó en su silla sino al lado de Adriana.

Terminaron de comer y Montalbano quitó la mesa, dejando tan solo la botella y las copas. Cuando volvió a sentarse, la joven lo tomó del brazo y apoyó la cabeza en su hombro.

—¿Por qué te escapabas?

¿Había llegado el momento de una conversación en serio? Quizá fuera mejor coger el toro por los cuernos.

—Adriana, créeme, te aseguro que no tendría el menor deseo de escapar. Me gustas como raras veces me ha ocurrido. Pero ¿te das cuenta de que entre nosotros hay una diferencia de treinta y tres años?

—Cualquiera diría que quiero casarme contigo.

—Bueno, da lo mismo. Yo ya empiezo a ser una pieza de anticuario y la verdad es que no me parece que... Alguien con una edad adecuada, en cambio...

—¿Y cuál sería el hombre con la edad adecuada? ¿Uno de veinticinco? ¿Uno de treinta? Pero ¿los has visto? ¿Los has oído hablar? ¿Sabes cómo se comportan? ¡Esos ni siquiera saben cómo está hecha una mujer!

—Mira; yo para ti soy un deseo pasajero, mientras que tú para mí... existe el riesgo de que te conviertas en algo muy distinto. A mi edad...

—Ya basta con esa historia de la edad. Y no creas que me apetece como podría apeterme un cucurucho de helado. Por cierto, ¿tienes?

—¿Helado? Sí.

Lo sacó del congelador, pero no consiguió cortarlo de lo duro que estaba.

—Nata y chocolate. ¿Te vale? —preguntó Montalbano, sentándose como antes.

Y como antes, ella lo tomó del brazo y apoyó la cabeza en su hombro.

Bastaron cinco minutos para que el helado se pudiera servir. Y Adriana se lo comió en silencio sin cambiar de posición.

Después, al retirarle el plato que tenía delante, Montalbano reparó en que la joven estaba llorando. Sintió que se le encogía el corazón. Trató de hacerle apartar la cabeza de su hombro para mirarla a la cara, pero ella opuso resistencia.

—Hay otra cosa que debes tener en cuenta, Adriana. Que hace años que estoy con una mujer a la que amo. Y que siempre he intentado serle fiel a Livia, que no está...

—Disponible —dijo ella, levantando la cabeza y mirándolo a los ojos.

Debía de ocurrir lo mismo en los castillos sitiados de las guerras de antaño. Resistían mucho tiempo soportando el hambre y la sed, rechazaban a los que se encaramaban por las murallas arrojándoles aceite hirviendo, y parecían inexpugnables. Pero después, un solo golpe de catapulta lanzado con muy buena puntería derribaba de repente la puerta de hierro, y los sitiadores irrumpían en la fortaleza sin tropezar con la menor resistencia.

No disponible, la palabra clave utilizada por Adriana. ¿Qué habría percibido la muchacha en esa palabra cuando él la pronunció? ¿Su rabia? ¿Sus celos? ¿Su debilidad? ¿Su soledad?

Montalbano la abrazó y la besó. Los labios de la joven sabían a nata y chocolate.

Y fue como hundirse en los grandes ardores de agosto.

Después Adriana dijo:

—Vamos dentro.

Se levantaron abrazados, y justo en ese momento alguien llamó a la puerta.

—¿Quién puede ser? —preguntó Adriana.

—Es... Fazio. Le había dicho que viniera. Lo había olvidado.

Sin una palabra, la joven fue a encerrarse en el cuarto de baño.

Nada más salir a la galería, al ver las dos copas y los dos platitos manchados de helado, Fazio preguntó:

—¿Hay otra persona?

—Sí. Adriana.

—Ah. ¿Y ahora se irá?

—No.

—Ah.

—¿Quieres una copa de vino?

—No, señor, gracias.

—¿Un poco de helado?

—No, señor, gracias.

Ciertamente, la presencia de la chica lo incomodaba.

## 19

Llevaban casi una hora sentados en la galería. Pero la noche ya muy avanzada no aportaba ningún frescor. Es más, parecía que el bochorno fuera cada vez más intenso, como si en el cielo, en lugar de un gajo de luna, brillara un sol de justicia.

Cuando terminó de hablar, Montalbano miró con expresión inquisitiva a Fazio.

—¿A ti qué te parece?

—Usía querría convocar a Spitaleri a la comisaría, someterlo a un interrogatorio de esos que duran un día y una noche, y cuando ya esté hecho una piltrafa, ponerle delante de repente a la señorita Adriana, a la que él jamás ha visto. ¿Es así?

—Más o menos.

—¿Y usía cree que ese, al verse de pronto cara a cara con la hermana gemela de la chica a la que mató, se derrumbará y confesará?

—Eso espero.

Fazio torció la boca en una mueca.

—¿No te convence?

—*Dottore*, ese tipo es más listo que el hambre. En cuanto usía lo mande llamar a la comisaría, se pondrá en guardia, se blindará, porque de usted se espera cualquier cosa. Sí, es posible que al ver a la señorita se pegue un susto de muerte, pero no lo manifestará.

—¿O sea, que tú crees que el factor sorpresa del encuentro sería inútil?

—No, señor; el encuentro puede ser útil, pero considero un error que se produzca en la comisaría.

Adriana, que hasta entonces había guardado silencio, habló.

—Estoy de acuerdo con Fazio. El lugar es lo que no encaja.



—¿Y cuál sería el más adecuado a tu juicio?

—El otro día caí de pronto en que, después de la regularización urbanística, en el chalet se instalarán otras personas. Y no me pareció justo. Que en el salón donde degollaron a Rina la gente pueda estar, ¿cómo diría?, cantando, bromeando...

Emitió una especie de sollozo. Instintivamente, Montalbano apoyó una mano en la suya. Fazio se dio cuenta, pero no mostró sorpresa. Adriana se recuperó.

—He decidido hablar con papá.

—¿Qué quieres hacer?

—Quiero proponerle la venta de nuestra casa de Pizzo y la compra del chalet. De esta manera nadie vivirá en el apartamento ilegal y este quedará libre en memoria de mi hermana.

—¿Y adónde quieres ir a parar con eso?

—Acabas de hablar del contrato exclusivo con Spitaleri para la reforma del chalet. Bueno, pues mañana voy a la agencia y le digo al señor... ¿Cómo se llama?

—Callara.

—Le digo a Callara que queremos comprar el chalet, antes incluso de que se conceda la regularización. De todos los trámites y gastos de la legalización nos encargaremos nosotros, correrán de nuestra cuenta. Le explicaré nuestros motivos y que estamos dispuestos a pagar bien. Lo convenceré, estoy segura. Luego le pido que me entregue las llaves del apartamento de arriba y que me recomiende a alguien para la reforma del apartamento ilegal. Al llegar a este punto, Callara no tendrá más remedio que facilitarme el nombre de Spitaleri. Le pido que me dé su número de teléfono y...

—Espera un momento. ¿Y si Callara quiere acompañarte?

—No lo hará si no le digo exactamente cuándo voy a ir. No puede estar dos días a mi disposición. Además, creo que juega a nuestro favor el hecho de que nosotros tengamos una casa a pocos metros del chalet.

—¿Y después?

—Después llamo a Spitaleri y lo convoco en Pizzo. Si consigo que se reúna conmigo abajo, en el salón donde mató a Rina, y él me ve allí por primera vez...

—¡Pero tú no puedes permanecer a solas con Spitaleri!

—No estaré sola si tú te escondes detrás de los marcos de ventana...

—¿Y usted cómo sabe que en el salón hay unos marcos? —preguntó rápidamente Fazio, que no dejaba de ser un buen policía ni aun estando en una casa amiga.

—Se lo dije yo —cortó Montalbano.

Se hizo el silencio.

—Tomando todas las precauciones —dijo al cabo el comisario—, la cosa quizá sea factible...

—*Dottore*, ¿puedo hablar con entera libertad? —preguntó Fazio.

—Pues claro.

—La propuesta, con todo mi respeto hacia la señorita, no me gusta.

—¿Por qué? —preguntó Adriana.

—Es muy peligrosa, señorita. Spitaleri se mueve siempre con una navaja en el bolsillo y es un hombre capaz de cualquier cosa.

—Pero si Salvo también está allí, creo que...

Fazio tampoco se sorprendió de aquel «Salvo».

—Sigue sin gustarme. No es justo que la pongamos en peligro.

Pasaron media hora más discutiendo. Al final, quien tomó la decisión fue Montalbano.

—Haremos lo que propone Adriana. Para más seguridad, tú estarás también en las intermediaciones, Fazio, puede que con otro de los nuestros.

—Como quiera usía —se rindió el agente.

Luego se levantó, se despidió de Adriana y se encaminó hacia la puerta seguido por Montalbano. Pero antes de salir, miró a los ojos al comisario.

—*Dottore*, piénselo bien antes de decir definitivamente que sí.

—Siéntate —le dijo Adriana a Montalbano cuando lo vio regresar.

—Estoy un poco cansado.

Algo había cambiado y ella lo comprendió.

En su lecho solitario, con la sábana empapada de sudor, Montalbano pasó una noche infame, sintiéndose a ratos un cabrón y a ratos exactamente igual que san Luis Gonzaga o san Alfonso María de Ligorio; bueno, uno de esos.

La primera llamada de Adriana la recibió en la comisaría a las cinco de la tarde del día siguiente.

—Callara me ha dado las llaves. Está entusiasmado con la idea de vender enseguida. Debe de ser muy tacaño porque, al decirle que nosotros correríamos con todos los gastos de la regularización, poco ha faltado para que hiciera una reverencia hasta el suelo.

—¿Te ha hablado de Spitaleri?

—Hasta me ha enseñado el contrato suscrito con Speciale. También me ha dado el número del móvil de Spitaleri.

—¿Lo has llamado?

—Sí. He hablado directamente con él. Nos hemos citado para mañana a las siete de la tarde. ¿Y nosotros cómo quedamos?

—Nos vemos en el chalet sobre las cinco, así nos da tiempo a organizarlo todo.

La segunda llamada la recibió, en cambio, en Marinella, cuando ya eran las diez de la noche.

—Acaba de llegar la enfermera. Se quedará toda la noche aquí. ¿Puedo ir a verte a tu casa?

¿Qué significaba aquello? ¿Que quería pasar la noche con él en Marinella? ¿Estaba de guasa? Ya no podría volver a interpretar el papel de san Antonio tentado por el demonio.

—Es que, verás, Adriana, yo no...

—Estoy muy nerviosa y necesito compañía.

—Te comprendo muy bien, pero yo también estoy nervioso.

—Solo iría para darme un chapuzón nocturno. Venga.

—¿Por qué no te vas a dormir? Mañana será un día muy duro.

Risita de ella.

—Tranquilo, me llevo el traje de baño.

—Pues vale.

¿Por qué había accedido? ¿Por cansancio? ¿Por culpa del calor que anulaba la voluntad? ¿O simplemente porque le apetecía, y mucho, volver a

verla?

La chica nadaba como un delfín. Y Montalbano experimentó un nuevo placer que lo embriagaba, sintiendo aquel cuerpo joven al lado del suyo, haciendo exactamente los mismos movimientos, como si ambos estuvieran acostumbrados desde hacía mucho tiempo a nadar juntos.

Por si fuera poco, Adriana tenía una resistencia tan grande que habría podido llegar hasta Malta. En determinado momento, Montalbano ya no pudo más y se puso a hacer el muerto. Ella volvió atrás y se quedó flotando a su lado.

—¿Dónde aprendiste a nadar?

—De pequeña recibí muchas lecciones. Cuando estoy aquí en verano me paso todo el día en el agua. En Palermo voy a la piscina dos días a la semana.

—¿Practicas mucho deporte?

—Voy al gimnasio. Y también sé disparar.

—No me digas.

—Sí, tuve un... bueno, digamos un novio que era casi un maniático. Me llevaba a un polígono.

Una ligerísima punzada. No de celos, sino de envidia hacia aquel muchacho ex digamos novio que había podido disfrutar de ella sin problemas a una edad adecuada.

—¿Volvemos? —dijo Adriana.

Regresaron tomándose con calma. Ninguno de los dos deseaba acabar con aquella especie de magia de sus cuerpos, que no podían verse en la oscuridad de la noche y que por esa razón se percibían más intensamente a través de la respiración y de algún contacto ocasional.

Y fue a pocos metros de la orilla, donde el agua llegaba a la cintura, cuando Adriana, que caminaba cogida de la mano de Montalbano, tropezó con una especie de tenaza de hierro que algún hijo de puta había arrojado al mar y cayó hacia delante. Montalbano la sujetó instintivamente, pero, quizá porque había perdido el equilibrio, acabó cayendo encima de ella.

Emergieron entrelazados casi como en una lucha, respirando afanosamente como si se hubieran pasado largo rato conteniendo la

respiración. Adriana volvió a resbalar y ambos cayeron de nuevo abrazados bajo el agua. Salieron a la superficie más fuertemente enlazados que antes y después se ahogaron definitivamente en otro mar.

Cuando, mucho más tarde, Adriana se fue, empezó para Montalbano otra noche asquerosa, dando vueltas y más vueltas de un lado para otro en medio del ardor que lo dominaba.

El calor, naturalmente. La sensación de culpa, con toda seguridad. Un poquito de vergüenza también. Cierta desprecio por sí mismo. Y pongámosle también una pizca de remordimiento. Pero, sobre todo, una tristeza muy grande por culpa de una pregunta que lo había pillado a traición: si no tuviera cincuenta y cinco años, ¿habría sabido decir que no? ¿No a Adriana, sino a él mismo? Y la respuesta solo podía ser una: sí, habría sabido decir que no. Por otra parte, ya había ocurrido antes.

Pues entonces, ¿por qué has cedido a esa parte de ti mismo que siempre habías conseguido mantener en su sitio?

Porque ya no soy tan fuerte como antes. Y lo sabía.

Por tanto, ¿ha sido precisamente la conciencia de tu inminente vejez la que te ha hecho débil en presencia de la juventud y la belleza de Adriana?

Y también esa vez la amarga respuesta fue sí.

—*Dottori*, ¿*qué* li ha pasado?

—¿Por qué?

—¡Tiene una cara! ¿*Si incuentra* mal?

—No he dormido, Catarè. Envíame a Fazio.

Fazio tampoco tenía muy buena cara.

—*Dottore*, esta noche no he pegado ojo. ¿Está seguro de lo que vamos a hacer?

—No estoy seguro de nada. Pero es lo único que nos queda.

Fazio extendió los brazos con impotencia.

—Pon ya desde ahora a alguien que monte guardia en el chalet. No querría que algún imbécil entrara en el apartamento ilegal y se fuera todo al carajo. Que se vaya a las cinco porque, a esa hora, nosotros ya estaremos allí. Que te hagan un alargador eléctrico de unos veinte metros con una base de

tres enchufes. Compra tres lámparas de garaje, de esas que llevan la bombilla protegida por una rejilla.

—Sí, señor. Pero ¿para qué quiere todo ese material?

—Tomaremos la electricidad del enchufe que hay al lado de la puerta del chalet y la llevaremos hasta el apartamento ilegal, tal como hizo Callara cuando fue allí con el aparejador. Conectaremos a la base las tres lámparas de garaje, dos de las cuales irán al salón. Por lo menos, habrá un poco de luz.

—Pero con todo ese jaleo, ¿Spitaleri no se pondrá sobre aviso?

—Adriana puede decirle que se lo ha aconsejado Callara. ¿A quién te llevas?

—A Galluzzo.

No estuvo en condiciones de hacer nada, no aceptó ninguna llamada, no firmó ni un solo papel. Se quedó todo el rato con la cabeza casi pegada al ventilador portátil. A ratos acudían a su mente imágenes del chapuzón que se había dado la víspera con Adriana e inmediatamente las borraba. Quería concentrarse en lo que podría ocurrirle a Spitaleri, pero no lo lograba. Por si fuera poco, aquel día el calor del sol habría podido asar una lagartija. Era como fuegos artificiales en los que, al final, se disparan al cielo los cohetes más vistosos y estallan las tracas más fuertes: de esa misma manera, agosto en sus últimos días disparaba sus jornadas más ardientes y abrasadoras. Al cabo de no sabía cuánto rato, entró Fazio y le dijo que ya tenía todo el material.

—*Dottori*, fuera se muere uno de calor.

Acordaron reunirse a las cinco en el chalet. A Montalbano no le apetecía salir del despacho para ir a comer. Por otra parte, ni siquiera tenía apetito.

—Catarella, no me pases llamadas y no dejes que entre nadie en mi despacho.

Como la otra vez, cerró la puerta con llave, se quitó la ropa, orientó el pequeño ventilador portátil hacia el sillón que había acercado al escritorio y se sentó. Al poco rato se quedó dormido.

Despertó a las cuatro. Se dirigió al cuarto de baño, se desnudó, se lavó con un agua tan caliente que parecía orina, volvió a vestirse, salió, subió al

coche y se fue a Pizzo.

Delante del chalet estaban aparcados los automóviles de Fazio y Adriana. Antes de bajar, abrió la guantera, sacó la pistola y se la introdujo en el bolsillo trasero de los pantalones.

Estaban todos en el salón. Adriana le sonrió y le dio la mano, esa vez helada, un alivio.

Formal, ¿quizá por la presencia de Galluzzo?

—Fazio, ¿has traído todo el material?

—Sí, señor *dottore*.

—Haced enseguida la conexión de la corriente.

Fazio y Galluzzo se retiraron. Antes de que llegaran a la puerta Adriana ya estaba abrazando a Montalbano.

—Te quiero todavía más.

Y lo besó. Él consiguió resistir y la apartó un poco.

—Adriana, trata de comprenderlo, he de tener la mente muy despejada.

Un poco decepcionada, la joven se fue a la terraza. Él corrió a la cocina; por suerte en el frigorífico había una botella de agua fría. Para evitar complicaciones, no se movió de allí. Al poco rato oyó que lo llamaba Galluzzo.

—*Dottore*, ¿quiere venir a ver?

Montalbano salió a la terraza.

—Ven conmigo —le dijo a Adriana.

Fazio había instalado una lámpara justo en la parte exterior del cuarto de baño más pequeño y las otras dos en el salón. Pero la luz solo servía para ver dónde ponía uno los pies; los rostros semejaban máscaras espantosas, los ojos desaparecían, las bocas eran agujeros oscuros, las sombras en la parte superior de las paredes eran gigantescas. La típica escenografía de una película de terror. Allí abajo se asfixiaba uno de calor, faltaba el aire, era como estar en el interior de un submarino hundido hacía años.

—Muy bien —dijo Montalbano—. Salgamos.

Y una vez fuera indicó:

—Hay que quitar estos coches de aquí delante. Solo tiene que estar el de la señorita. Adriana, dame las llaves de tu casa.

Las tomó y se las entregó a Fazio. Después sacó las de su automóvil y se las dio a Galluzzo.

—Tú lleva el mío. Aparcadlos en la parte de atrás de la casa de la señorita para que no se vean desde la carretera. Después entrad en la casa y colocaos en dos ventanas distintas para ver cuándo llega Spitaleri. En cuanto aparezca, tú, Fazio, me avisas llamándome al móvil. ¿Está claro? Cuando Spitaleri baje al apartamento ilegal, vosotros ya tenéis que haber llegado aquí corriendo, y os situaréis de tal manera que, pase lo que pase, él no pueda escapar. ¿Está claro?

—Clarísimo —respondió Fazio.

Montalbano y Adriana pasaron media hora abrazados en el sofá sin decir palabra. No porque no tuvieran nada que decirse, sino porque pensaban que era mejor así. En determinado momento, el comisario consultó el reloj.

—Faltan diez minutos. Quizá sea mejor que bajemos.

Adriana cogió el bolso en que llevaba los documentos del chalet y se lo colgó del hombro.

Cuando estuvieron en el salón, Montalbano fue a probar cómo se ocultaría detrás de los marcos. Había poco espacio, pues estaban demasiado pegados a la pared. Sudando y soltando maldiciones, los desplazó inclinándolos un poco más. Probó otra vez y ya entraba mejor, podía moverse sin dificultad.

—¿Se me ve? —le preguntó a Adriana.

No hubo respuesta. Montalbano asomó la cabeza y vio a la chica en el centro del salón, tambaleándose adelante y atrás. Comprendió que en el último momento le había dado un ataque de pánico. Se le acercó a toda prisa y ella lo abrazó temblando.

—Tengo miedo, mucho miedo.

Estaba trastornada. Montalbano se dijo a sí mismo que era un imbécil, no se le había ocurrido hasta qué extremo influiría en los nervios de la joven el hecho de estar allí dentro.

—Dejémoslo correr y vámonos.



—No —contestó ella—. Espera. —Estaba haciendo un enorme esfuerzo por dominarse, y se veía—. Dame... dame tu pistola.

—¿Para qué?

—La guardo yo. Me sentiré más segura. La pongo aquí en el bolso.

Montalbano sacó el arma pero no se la dio, indeciso.

—Adriana, comprende que...

Y en ese momento oyeron muy cerca la voz de Spitaleri:

—Señorita Morreale, ¿está aquí?

Debía de estar llamando desde la ventana del cuarto de baño más pequeño. ¿Cómo era posible que el móvil no hubiera sonado? ¿Allí abajo no había cobertura? Con un rápido gesto, Adriana le arrebató la pistola a Montalbano y se la guardó en el bolso.

—Estoy aquí, señor Spitaleri —dijo repentinamente calmada, con una voz que parecía casi jovial.

Montalbano apenas tuvo tiempo de esconderse. Oyó las pisadas del aparejador entrando en el salón. Y una vez más la voz de Adriana, pero distinta, cantarina, como la de la adolescente que había sido:

—Ven, Michele.

¿Cómo se las había arreglado para averiguar el nombre de pila de Spitaleri? ¿Lo habría leído en los documentos que le había entregado Callara? ¿Y por qué le hablaba de tú?

Y después, silencio. ¿Qué estaba ocurriendo? De pronto oyó una risita, pero quebrada, como formada por una serie de fragmentos de cristal que cayeran al suelo. ¿Era Adriana quien reía de aquella manera? Y a continuación, finalmente, la voz de Spitaleri:

—Tú... tú no eres...

—Quieres volver a probar conmigo, ¿eh? Prueba, Michele. Mira. ¿Cómo me ves?

Oyó un ruido como de ropa desgarrada. Virgen Santa, pero ¿qué estaba haciendo Adriana? Y entonces se oyó el grito de Spitaleri.

—¡Es que yo te mato a ti también! ¡Putá! ¡Eres una guarra peor que tu hermana!

Montalbano pegó un brinco y salió de su escondrijo. Adriana se había desgarrado la camiseta y tenía los pechos al aire. Spitaleri sujetaba un

cuchillo y se estaba acercando a ella. Caminaba con rigidez, como una marioneta mecánica.

—¡Quieto! —ordenó el comisario.

Pero Spitaleri ni siquiera lo oyó y dio otro paso. Entonces Adriana efectuó un disparo. Solo uno. Al corazón, tal como había aprendido a hacer en el polígono de tiro. Mientras Spitaleri se desplomaba sobre el baúl, Montalbano corrió hasta Adriana y le arrebató el arma. Ambos se miraron, muy cerca el uno del otro. Y entonces el comisario, sintiendo que la tierra se hundía bajo sus pies, lo comprendió.

Fazio y Galluzzo entraron corriendo con las armas en la mano y se detuvieron en seco.

—Lo ha intentado también con ella —dijo Montalbano mientras Adriana trataba de cubrirse el pecho con la camiseta rasgada—. Y he tenido que disparar. Mirad, aún tiene el cuchillo en la mano.

Arrojó la pistola al suelo, abandonó el salón y, en cuanto salió del apartamento ilegal, echó a correr como si estuvieran persiguiéndolo. Bajó de dos en dos los escalones que llevaban a la playa, y al llegar a la arena se desnudó, se quedó en pelotas sin preocuparse por la presencia de una pareja que lo miraba alarmada, y se arrojó al agua.

Nadaba y lloraba. De rabia, de humillación, de vergüenza, de decepción, de orgullo herido.

Por haber comprendido que Adriana lo había utilizado para conseguir su propósito, que no era otro que el de matar con sus propias manos a la persona que había degollado a su hermana.

Con su fingido te quiero, con su fingida pasión, con su fingido temor, había ido conduciéndolo paso a paso hasta donde ella quería llegar. Había sido un títere en sus manos.

Todo una comedia, todo una ficción.

Y él, viejo, deslumbrado por la belleza, perdido detrás de aquella juventud que lo embriagaba, había caído como un chiquillo a sus cincuenta y cinco años cumplidos.

Nadaba y lloraba.

Última revisión por UMDN: 03 de agosto de 2021

